

ediciones
al arco



D

PERONISMO Y DEPORTE

La historia completa (1945-2015)

OSVALDO ALBERTO JARA

Prólogo: Norberto Galasso

Contratapa: Carlos *Chapa* Retegui

Ilustración de contratapa: Daniel Santoro

PERONISMO Y DEPORTE
La historia completa (1945-2015)

Oswaldo Alberto Jara

ediciones
al arco

Jara, Osvaldo

Peronismo y deporte : la historia completa 1945-2015 / Osvaldo Jara. -
1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Alarco Ediciones, 2017.
196 p. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-987-1367-66-5

1. Historia Política Argentina. I. Título.
CDD 320.982

Foto de tapa: Archivo General de la Nación.

Ilustraciones de interior: Gustavo Damiani

gustavodamiani68@gmail.com

<http://tavodamiani3.wix.com/tavo>

Diseño de tapa e interior: Ana Paoletti

anapaoletti@yahoo.com

“Deseo para mi patria un pueblo de deportistas, educada su alma y fortalecido su cuerpo. Deseo para la Nación una comunidad de hombres sabios y prudentes. Todo ello está en marcha, depende de los argentinos el alcanzarlo y de los poderes públicos el apoyar e impulsar por todos los medios los esfuerzos para llevarlo a cabo.”

Juan Domingo Perón

Agradecimientos

A Norberto Galasso por la generosidad de prologar este libro, por sus recomendaciones, por sus obras. A Gustavo Damiani, por las geniales ilustraciones, Al compañero Daniel Santoro, por la ilustración. A Carlos *Chapa* Retegui por la contratapa. A Claudio Morresi, Marcelo Chames, Víctor Lupo y Jorge Aníbal Becerra, por sus conocimientos y convicciones. A todos los deportistas que fueron entrevistados para hacer realidad este proyecto. A Julio Boccalatte y Marcos González Cezer, por abrirme la puerta de Ediciones Al Arco. A Ana Paoletti, por su creatividad y profesionalismo. A Andrea Spangaro, por sus correcciones y útiles consejos.

Dedicatoria

A mi familia, a mis seres queridos.
A la Facultad de Periodismo y Comunicación Social (UNLP),
a la educación pública.
A Néstor. A Cristina.
A todos los que militan por una patria para todos...

PRÓLOGO

No obstante su juventud, Osvaldo Jara hace ya unos cuantos años que está sumergido en la investigación sobre el deporte en la Argentina y lo hace con una rigurosidad envidiable. Ya tiempo atrás ha venido aportando artículos sesudos y profundos sobre esta cuestión e inclusive ha publicado *Cultura Deportiva Argentina*. Pero a su pasión por el deporte, Osvaldo agrega su compromiso con los sucesos políticos de la época que le ha tocado vivir. Ello no mella en modo alguno la seriedad y base científica de sus ensayos, como en este caso, sino precisamente los enriquece porque explica la causa de los avatares deportivos ligándola con la historia política de su tiempo. En este caso, bucea profundamente en los primeros pasos que dan los distintos deportes en la Argentina y como se fue produciendo su desarrollo, generalmente, al principio, debido a la acción de las clases ricas que por su ocio podían disponer del tiempo, además del dinero que les permitía viajar y conocer experiencias deportivas en países más desarrollados. Y luego va siguiendo sus trayectorias, estrechamente ligadas a los sucesivos gobiernos que tuvo la Argentina y el enriquecimiento que desde aquí aportamos.

Viene a mi memoria un artículo de José Gabriel, infaltable a las tribunas futboleras, quien sostenía que los ingleses habían importado el fútbol a la Argentina pero que los altibajos de sus terrenos lo habían llevado inicialmente al juego de pases largos mientras que nuestras planicies favorecieron el surgimiento —en Argentina y Uruguay— de la gambeta rioplatenses, solo posible en terrenos planos. Así decía Gabriel que había que hacer con la cultura: traer todo lo valioso de lo extranjero pero no subordinarse a ello, sino darle un perfil propio, nacional, adecuado a nuestras realidades. Por esta razón, Osvaldo encuentra originalidades enriquecedoras en esta trayectoria deportiva.

Por ejemplo, mucho se ha dicho de los campeonatos infantiles "Evita" pero no se ha indagado en la razón social profunda: el campeonato infantil organizado como lo quería Evita y lo asesoraba el gran sanitarista Ramón Carrillo, exigía al chiquilín futbolero con ansias de crack, la revisión médica y la consiguiente libreta sanitaria en condiciones de plena salud así como su curación en casos de deficiencias. Es decir llegaba a la cancha a convertir el gol después de pasar por el odontólogo, el cardiólogo, el neumonólogo, es decir, por aquellos que le curaban sus dolencias. No sólo el pibe salía del potrero a la cancha donde brillaban sus ídolos, sino que recibía gratuitamente el tratamiento sanitario que necesitaba.

Jara recorre así el desarrollo de los distintos deportes en la primera parte del libro, pero en la segunda se detiene a analizar el revanchismo oligárquico desenfrenado a partir de 1955, cuando todos aquellos que aprovecharon el apoyo del Estado Peronista fueron discriminados, como en el caso del equipo de básquet brillante campeón del 50 que fue suspendido o la persecución increíble a la mejor tenista argentina de todos los tiempos, Mary Terán de Weis, a quien se prohibió practicar ese deporte después del 55 hundiéndola en una depresión que años después la condujo al suicidio. Así ocurrió con muchos a quienes todavía no se ha hecho justicia como Osvaldo Suarez y en algunos casos, la popularidad lograda había sido tan tremenda que no obstante su prohibición permanecieron vivos en el recuerdo de los argentinos y cuya muerte, años después, provocó una manifestación popular de grandes dimensiones, como en el caso de José María Gatica.

El lector se irá informando con este libro de todos aquellos a quienes quisieron borrar de la historia por deportistas consustanciados con su pueblo. Asimismo, en las últimas páginas, Jara reivindica la política de deportes llevada a cabo durante el kirchnerismo y los avances logrados con la recuperación de tantos clubes de barrio, que fueron despreciados por las elites del 55, como también perseguidos por la dictadura genocida del 76 y que sufren también ahora —en el

2016— la falta de apoyo del gobierno, acosados por tarifas desmesuradas como si fueran negocios o especulación financiera.

Por todas estas razones, el libro de Jara constituye un aporte fundamental no sólo a la historia del deporte en la Argentina, sino a la relación que este ha establecido con gobiernos de signos antagónicos, incorporándose así también a la historia popular, que es la historia grande de la Argentina. Se lo agradecemos y lo comprometemos a continuar con sus investigaciones para que las verdades sirvan de guía a las nuevas generaciones.

Norberto Galasso

Parte I. CAPÍTULO I



Un niño llamado Juan

“La ley de los niños es precisamente transpirar, correr todo el día, porque es la naturaleza (...), aunque nos rompa algún vidrio y aunque algún día se pegue un golpe. ¡Se va a pegar tantos en la vida!”

Juan Domingo Perón, mayo de 1974

El trayecto biográfico de Juan Domingo Perón comienza en Roque Pérez, provincia de Buenos Aires, la mañana del 7 de octubre de 1893. Juana Sosa fue su madre, mujer de fuerte personalidad y acostumbrada a los avatares de la vida campesina. Mario Perón, su padre, hombre de férrea conducta y buena preparación intelectual, había sido juez de paz en la ciudad de La Plata y se había trasladado a Lobos para cumplir la misma función. Tiempo después decidió renunciar a

su cargo para dedicarse a las tareas de campo; al igual que doña Juana, era un apasionado por este modo de vida. Ambos concibieron a Mario Avelino, el primero de sus hijos.

Lobos era un pueblo rural de estancieros y peones dedicados a la tierra, de domadores de fuerte componente épico, de reseros que arriaban vacunos para la explotación ganadera, una de las principales actividades de la zona. Este escenario le permitió al pequeño Juan explorar la geografía de sus primeras vivencias. Allí conoció el sacrificio del trabajo, la nobleza del peón, la dignidad humana.

Muy influenciado por don Mario, aprendió a discernir con criterio y humildad las situaciones que lo rodeaban. Para entender y concebir su figura es necesario remontarse a su infancia y su adolescencia. Su lectura del mundo fue el aprendizaje que lo convirtió en un hombre preparado para afrontar con gallardía su destino.

Cierta vez, cuando aún era pequeño, en una de sus tantas excursiones exploratorias, cayó en un pozo, una hendidura de reducidas proporciones, resbaladiza y con peligro de desmoronamiento. Al ver que no regresaba, sus padres iniciaron una intensa búsqueda que incluyó la ayuda de perros ovejeros. Cuenta Enrique Pavón Pereyra que luego de cinco horas lograron encontrarlo.

El niño permanecía como alelado, sin poder articular palabra.

—Estás temblando de miedo —observó el padre.

—No es cierto —arguyó el frustrado explorador—; tiemblo de frío.

El carácter y la personalidad de Juan se formaron a partir de una constelación de conductas, valores y circunstancias. La crisis de 1899 fue una de ellas, ya que hizo estragos en las proyecciones de su padre, quien tenía campos en Roque Pérez, Saladillo y 25 de Mayo. Don Mario decidió, entonces, probar suerte en la provincia de Santa Cruz. Fue hacia allí en soledad y con la esperanza de que su esposa e hijos lo alcanzaran posteriormente, tal como sucedió un año más tarde.

El lugar elegido fue Chaok-Aike; allí buscaba el éxito comercial mediante la explotación del ganado ovino y sus derivados. Debido a las

condiciones adversas del tiempo y las pocas posibilidades de prosperidad, la familia tuvo que trasladarse a la provincia de Chubut. “Corría el año 1904 y nos asentábamos en lo que podríamos denominar el corazón geográfico de la Patagonia: ‘Sierra Cuadrada’. Allí, en su imponente aislamiento, estaba enclavada La Porteña, establecimiento ganadero propiedad de mi padre, conformado por alrededor de cuatro leguas de campos áridos. Fue una dura prueba para todos”, contaba Juan. Se trataba de una zona en donde el frío era una constante, además de la poca vegetación y la escasez de agua. Aquí tampoco les resultó sencilla la convivencia, tanto con el clima como con la geografía. Sin embargo, Juan tuvo la posibilidad de aprender provechosas experiencias. Comenzó a tomar contacto con el aire libre y la naturaleza.

En ese mismo 1904 Juan Domingo se dirigió a Buenos Aires para emprender sus estudios, alejándose de sus afectos. Vivió en un primer momento en la casa de su abuela paterna, Dominga Dutey, en Ramos Mejía. Más tarde se alojó en la casa-habitación de la escuela de la Parroquia Catedral al Norte. Una de sus tías, Vicenta Martiarena, fue la directora de este establecimiento durante casi veinte años.

Juan tomó la escuela como su ámbito familiar. Allí aprendió sus primeras lecciones escolares y asistió junto con sus dos primos, Julio y Amelia Perón. Estas vivencias también se encontraron atravesadas por la práctica deportiva. Muy cerca de la casa de su abuela había una cancha de fútbol en donde los jóvenes siempre se las arreglaban para conseguir una pelota. Es entonces cuando toma contacto con un deporte aún en proceso de crecimiento.

En 1906 se inscribió en el Colegio Internacional de Olivos. En esta etapa de su vida sus experiencias recreativas se incrementaron ya que en esta institución practicó yachting y remo. Posteriormente ingresó al Colegio Internacional Politécnico, lugar a donde asistían los hijos de las familias con cierta holgura económica: hacendados y estancieros, en especial. Allí permaneció durante tres años.

Hacia 1910 la situación económica de don Mario era crítica, por lo que la permanencia en Buenos Aires se hizo problemática. Mario

Avelino se había instalado en la ciudad tiempo antes. Ambos hermanos habían planificado concretar un trayecto académico. Ante la crudeza de la realidad familiar, una posibilidad era volverse al campo para colaborar con sus padres. En vista de tales circunstancias, Juan decidió ingresar al Colegio Militar, iniciando su carrera el 1 de marzo de 1911. De esa manera, llega a la adolescencia con la responsabilidad de encarar una carrera que no estará exenta de sacrificios y sinsabores, pero que, a la vez, le posibilitará desarrollarse personalmente sirviendo a lo que él consideraba una cuestión de orgullo. “A los 15 años mis padres me entregaron a la Patria”.

Un adolescente, un hombre

Bajo la influencia de la élite se fue definiendo un proyecto agropastoril, engendrado en un concepto europeizante. Gran parte de la dirigencia política adhirió a la condición que el imperialismo inglés le había reservado a nuestro país: ser el granero del mundo. Los acuerdos comerciales con los británicos trajeron como consecuencia el latifundio y la subordinación al capital extranjero. Esta idea de sustentar la economía en las exportaciones (e importaciones de productos manufacturados) fue de la mano con una política de empréstitos que culminó en la cesación de pagos.

Dicho modelo se había iniciado con Bernardino Rivadavia, proseguido con Bartolomé Mitre y consolidado con Manuel Quintana. La Oligarquía porteña, afianzada precisamente durante el mitrismo, fue la arquitecta del país semicolonial, extranjerizado y endeudado.

Como contrapartida estaba la clase trabajadora, conformada por nativos e inmigrantes provenientes de las distintas oleadas inmigratorias. Este último componente representaba para la intelectualidad y el circuito gobernante el lado indeseable de la extranjerización. Los inmigrados no sólo traían consigo su fuerza de trabajo, sino que también eran portadores de ideologías venidas de Europa.

La principal preocupación hacía epicentro en el anarquismo. El incipiente movimiento de trabajadores comenzó a crearse bajo este ascendiente, y en 1902 impulsó una huelga general. Con la creación

de la Federación Obrera Regional Argentina (FORA) se produjo el aglutinamiento de sindicatos, llegando a contar con treinta y tres mil adeptos. Las autoridades conservadoras y oligárquicas respondieron a los reclamos laborales con la Ley de Residencia y la represión. Además, diversas circunstancias condujeron a que el Parlamento sancionara la prohibición del anarquismo y de la entrada al país de sus militantes, así como la pena de muerte en caso de que cometieran ciertos delitos. En lo estrictamente político estos años (primera década del Siglo XX) estuvieron marcados por el fraude y la venalidad.

Las decisiones a nivel directivo generaron condiciones miserables para los trabajadores. Las grandes urbes crecieron sin pausa. En la ciudad de Buenos Aires predominaban los conventillos, cuyas características principales eran el hacinamiento y las malas condiciones de vida de sus habitantes. Estas circunstancias fueron un aditamento de importancia para dar cauce a un nuevo contexto. Hasta la década del diez el régimen eleccionario se había reducido a artilugios para obtener los votos que el conservadurismo necesitaba para afianzarse en el poder. La oligarquía sabía que la continuidad de sus beneficios dependía de los resultados que se obtuvieran en el plano electoral. La implementación de la Ley Sáenz Peña –voto secreto y obligatorio– complicó la situación de los sectores privilegiados; a partir de entonces nada estaba asegurado.

En 1912 el radical Manuel Menchaca es electo como gobernador en Santa Fe, demostrando las reales posibilidades de cambio.

Juan Perón ingresó al Colegio Militar en este contexto. Para él fueron tiempos de duro sacrificio, y un gran esfuerzo físico y mental. La institución militar, caracterizada por su nivel de exigencia, sometía a sus miembros a situaciones desgastantes. Por otra parte, Juan provenía de una familia cuyos tíos (don Alberto y Conrado Perón) eran militares. En algún punto esto significaba una presión extra; si bien sus calificaciones no fueron las mejores de la promoción, pudo sostener una regularidad en todas las disciplinas. Haber concurrido al Colegio Politécnico le sirvió para mantener un buen nivel en materias relacionadas con las ciencias duras.

Al egresar como subteniente —tenía 18 años— tomó contacto con las problemáticas del acontecer cotidiano. Eran años de un clima social convulsionado, producto de una crisis económica que afectaba exclusivamente al sector trabajador. El sueldo del obrero se depreciaba gravemente, provocando numerosas huelgas, muchas de ellas de gran conflictividad. En este escenario se hicieron evidentes los efectos de una economía dependiente.

El primer destino de Juan Perón fue el Regimiento 12 de Infantería, en Paraná, en donde inició su labor el 16 de diciembre de 1913. Allí comprobó que su tropa estaba conformada por hombres que no estaban bien alimentados. Este hecho le significó una profunda preocupación; en adelante, procuraría garantizarles las provisiones necesarias.

En 1916 se trasladó a Santa Fe con tropas a su cargo, lo que le permitió palpar en caliente las vicisitudes cotidianas de los sectores empobrecidos. Los trabajadores estaban expuestos a condiciones laborales inaceptables, y esto condujo al estallido del conflicto entre los obreros de La Forestal y sus patrones. Cinco mil asalariados paralizaron las actividades por completo. Después de un mes de huelga ya no disponían de existencias para alimentarse y los dueños de la fábrica habían ordenado cortar el suministro de agua y el cierre del almacén. Como mecanismo de autodefensa los trabajadores se armaron, a la espera de que la policía intentara reprimirlos. Perón intercedió en el conflicto y ordenó de inmediato poner en funcionamiento las bombas de agua y abrir nuevamente el almacén. Tiempo después se referiría al conflicto otorgándole crédito a la lucha de los damnificados. “Si yo hubiera sido uno de esos obreros y me cortan el agua, los víveres y cuanto resulta indispensable para la subsistencia de mi familia y la de mis compañeros, no hubiera aguantado tanto como los trabajadores de Villa Guillermina. Hubiese asaltado el almacén y hecho funcionar el agua por mi cuenta”.

Del mismo modo le tocó interceder en conflictos de similares características. Es en esta etapa cuando empieza a desplegar su concepción de vida en la práctica concreta. Observa con indignación la pobreza, el hambre y el sufrimiento. El teniente reniega de medidas represivas hacia las luchas sociales. Prefiere, en cambio, mediar en-

tre las partes, tendiendo a favorecer los reclamos de los asalariados. Aquí ya se puede observar su vocación política para resolver situaciones conflictivas bajo una impronta personal: su afabilidad, su apertura al diálogo, su carisma.

El deportista

Además de su carrera profesional, Juan Perón supo darle continuidad a la práctica deportiva. Uno de sus deportes favoritos fue la esgrima, que cultivó como un hábito esencial e imprescindible para su formación.

Esta actividad, de arraigada tradición en nuestro país, fue durante décadas realizada casi con exclusividad por ciertos sectores sociales privilegiados, una expresión de la elite que con frecuencia adoptaba la forma de enfrentamiento en duelo. Si bien éste tiene valores y objetivos distintos a los de la práctica deportiva, es posible considerarlo como manifestación corporal y conductual de similar significancia. Desde el inicio de su carrera militar Perón fue introducido en el conocimiento de la esgrima gracias a las enseñanzas de su instructor en el Ejército, José Luchetti. Por las mañanas solía entrenar con el maestro en el Regimiento de Campo de Mayo y por las tardes frecuentaba el Círculo Militar. “Alto, de físico fuerte y brazos cortos, esto le daba una potencia mayor para los envolvimientos que se utilizan en la espada. Por su práctica del deporte llegó a la sala de armas de mi padre (Félix Galimi –p-) a realizar esgrima de duelos, arte en la que mi padre era conocido como preparador de duelos a primera sangre, incluso en una sola y desvelada noche”.

Indudablemente, las condiciones que poseía le otorgaban sobradas credenciales para asistir a los Juegos de 1924, competencia en la que hasta entonces no había participado ninguna delegación argentina. Juan Perón había sido campeón militar y nacional de espada durante diez años, llegando a destacarse en el circuito. Sin dudas era uno de los candidatos a integrar el equipo de esgrimistas argentinos. Pero, a pesar de estas circunstancias, se vio impedido de participar de este evento sin quedar clara la razón. Se suele afirmar que fue el ministro de Guerra, Agustín P. Justo, quien no permitió su partida, aduciendo

que ya existían muchos militares argentinos estudiando en Europa. Sin embargo, otra versión dice que Juan no aceptó participar porque el capitán del equipo iba a ser Pedro Nazar Anchorena; el hecho de que éste fuera un civil lo habría incomodado. No obstante esta decepción, siguió practicando la esgrima como parte de su entrenamiento.

Luego de ser trasladado a Santa Fe en 1920, Perón se incorporó como teniente primero a la Escuela de Suboficiales. Se le encomendó la 1ª Compañía de Infantería. Su máxima preocupación fue hacer hincapié en la parte moral, intelectual y atlética del ser humano. Intentó formar a sus hombres inculcándoles la cultura física como hábito esencial. Dictó clases de atletismo y fue el jefe de un pelotón atlético integrado por los mejores hombres de la escuela. También organizó distintas competencias con el ánimo de hacer participar a todos los aspirantes: boxeo, básquet, fútbol, atletismo.

La actividad deportiva fue esencial para Juan Perón, que la consideraba parte fundamental en la constitución de un individuo equilibrado en cuerpo, mente y alma. Esta filosofía no la adoptará solamente para su vida; la implementará como herramienta educativa para formar a los hombres y mujeres en cualquiera de los ámbitos donde se desarrollaría.

Crisis, infamia y cambio

El 12 de marzo de 1926 el capitán Perón se incorpora en la Escuela Superior de Guerra. Ese mismo año conoce a Aurelia Tizón, una joven estudiante de dibujo y concertista con la que establecerá una estrecha relación. Ambos contraerán matrimonio el 3 de enero de 1929; con seguridad mucho habrá influido la tradición militar de “no prolongar demasiado la soltería”. Potota, tal como la llamaban sus amigos, será su acompañante y compinche. Ambos emprenderán un camino a la par, hasta que imprevistamente el destino los separe.

A finales de la década de los veinte el mundo asiste a la crisis mundial más resonante del siglo XX. La caída de la Bolsa de Nueva York es el símbolo de una serie de hechos (caída en la producción industrial, reducción de los precios internacionales de las materias primas, especulación salvaje) que confluyen en la comprensión de las

economías. Las bancas de todo el mundo quiebran, a la vez que la desocupación y la hambruna se generalizan. En Buenos Aires, ingentes masas de aspirantes se ven imposibilitadas de obtener empleo.

El gobierno de Hipólito Yrigoyen era hostigado por parte del arco político y militar. Una de las principales críticas hacia su gestión era el crecimiento del “gasto” público. Desde la asunción de su segundo mandato los sectores conservadores vieron esta situación como una mala señal. El golpe del 6 de septiembre de 1930 tuvo como protagonistas a actores políticos, civiles y militares que conspiraron para derrocar al gobierno elegido por el pueblo. En este cuadro de situación existía una cuestión crucial para las corporaciones: la política petrolera.

El gobierno militar suspendió el Parlamento y formó un gabinete provisional con la anuencia de los partidos, a excepción del radicalismo, que estaba proscrito. El carácter de la gestión tuvo un pronunciado tono conservador. El grupo de José F. Uriburu estaba integrado en su mayoría por nacionalistas oligárquicos cercanos al imperialismo norteamericano; cuatro de sus ministros estaban vinculados a petroleras estadounidenses. En la otra línea estaba Agustín P. Justo, cuya base la formaban sectores militares y políticos contrarios al caudillo radical.

En el momento de precipitarse los acontecimientos Perón se había convencido de que el intento golpista no era oportuno. Cierta es que en determinado lapso estuvo comprometido con sectores cercanos a Uriburu. Sin embargo, una charla con el coronel Bartolomé Descalzo lo persuadió de que dicho cambio no tomaría un rumbo próspero. El círculo gobernante, advertido de esta situación, procuró marginarlo junto a otros que representaban un obstáculo. Es así como Descalzo es designado para ir a Formosa y al teniente coronel José María Sarobe se lo envía al Japón. Más temprano que tarde le tocará a Perón, quien será destinado al Norte.

Una formación imprescindible

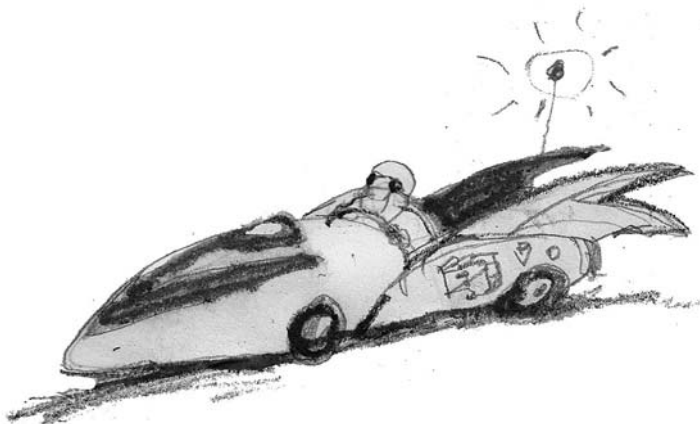
En 1936 Juan Perón es enviado a Chile como agregado militar. El país trasandino estaba gobernado por Arturo Alessandri, quien cumplía su segundo mandato presidencial. Perón llegó en medio de una

situación compleja, debida al conflicto por el Canal de Beagle. Eran momentos en los que lo que ocurría en Europa repercutía fuertemente en otros países del mundo. La formación de los frentes populares, fenómeno extendido con una celeridad asombrosa, era la respuesta al avance del nazismo. En Chile el Frente Popular agrupó a radicales, comunistas, socialistas y demócratas.

Juan Perón tuvo la oportunidad de recorrer el territorio chileno, y muchas de las situaciones que pudo observar lo ayudarán a comprender la realidad social y política. Sus experiencias estuvieron dadas por diferentes actividades, aunque predominó su función militar, oportunidad que aprovechó para estrechar relaciones con sus pares. Algunas bibliografías lo han acusado de haber utilizado su tiempo en aquel país para hacer espionaje. Sin embargo, la relación con las autoridades trasandinas fue muy buena, como lo contara años después: “Yo, un poco sin saberlo, comenzaba a delinear lo que llegó a ser con posterioridad mi proyecto de unidad latinoamericana. En Santiago pude relacionarme con destacados políticos, entre los cuales se contaban Carlos Ibáñez del Campo, Arturo Alessandri y María de la Cruz. Con ellos reflexionamos largamente la mejor estrategia para lograr la confraternidad de nuestra América Latina, esquivando los mezquinos intereses que desde siempre se habían opuesto a aquel ansiado proyecto”. Cuando le tocó asumir la primera magistratura, mantuvo lazos estrechos con ese país. Junto con el Brasil se intentó conformar el pacto ABC (Argentina, Brasil y Chile).

En Chile permaneció durante un año y el 31 de diciembre de 1937 fue ascendido a teniente coronel.

La vida de Juan Perón sufrirá un duro golpe a su regreso a Buenos Aires. Su esposa Aurelia Tizón comenzó a experimentar en ese entonces una desmejora general de su salud, producto de una dolorosa enfermedad que llevó a que a mediados de 1938 tuviera que ser operada de urgencia. Sin embargo, los esfuerzos por salvarla resultaron infructuosos. Falleció el 10 de septiembre a la edad de 30 años. Será un profunda tristeza para Perón, quien durante mucho tiempo sentirá inmensamente esta pérdida; entonces sintió “el sabor de lo irreme-



diable, la desesperación de quien tiene las manos atadas”.

En medio de su pena prosiguió con su carrera militar y luego de realizar un viaje por la Patagonia es enviado a Europa para estudiar la situación de conflicto. En el aire persistía la sensación de que los militares descontentos con la cúpula eran destinados a lugares lejanos. El ministro de Guerra, Carlos Márquez, le otorgó la facultad para elegir destino. En razón de su conocimiento del idioma, Perón prefirió instalarse en Italia, donde se le encomendó el Regimiento de Alpinos; más tarde se incorporó al Estado Mayor de Alpinos.

Al igual que en otras etapas de su vida militar, dividió el tiempo entre la realización de cursos, las reuniones entre camaradas y la ejercitación de los deportes. Con respecto a esto último tendrá ocasión de practicar espada con los más eximios esgrimistas militares. También hizo alpinismo en el Valle de Aosta y esquí en Merano e Ivrea; de manos del Príncipe de Saboya recibió el título de “maestro esquiador”. Además realizó dos cursos de montaña para profundizar sus conocimientos sobre esta cuestión, que para los italianos era parte de su entrenamiento militar. El pacto firmado entre Adolf Hitler y Benito Mussolini se concretaría poco antes del estallido de la guerra. En vista de la inminencia del conflicto bélico, las autoridades decidieron en 1939 que el contingente argentino volviera al país.

De esta manera Juan Perón arribó nuevamente a la Argentina,

preparado para proseguir su carrera militar.

Un punto de quiebre

En enero de 1944 se produjo el terremoto en la provincia de San Juan. Esta catástrofe, de grandes proporciones, dejó como saldo miles de muertos, con enormes pérdidas económicas y edilicias. De manera inmediata se intentó organizar la ayuda para los damnificados, apelando a la solidaridad del pueblo argentino. El coronel Juan Perón se transformó en uno de los más decididos organizadores. El 24 de ese mismo mes se realizó un festival en el Luna Park para recaudar fondos. Allí también estaba una joven actriz que comenzaba a destacarse en radioteatro. Era Eva María Duarte. A partir de ese momento nacería una relación que sería trascendental para la historia argentina.

La figura de Juan Perón ya tiene relevancia a la luz de su obra, fundamentalmente a través de su acercamiento con los trabajadores. Desde la secretaría de Guerra desplegó una política apuntada a resolver conflictos laborales. El 27 de noviembre de 1944 asumió la dirección del Departamento Nacional de Trabajo que, meses más tarde, se convertirá en la Secretaría de Trabajo y Previsión Social. Desde esta área impulsa el avance de las conquistas sociales, haciendo que las incipientes masas de trabajadores comenzaran a tener un innegable protagonismo. Tanto la oligarquía vernácula como sectores de la industria lanzaron sus críticas contra estas políticas sociales.

En mayo de 1945 aparece una figura decisiva en los acontecimientos futuros, Spruille Braden. Este embajador estadounidense no tardó en vociferar públicamente su disgusto con la política llevada adelante por Perón, gestándose un movimiento para destituir al gobierno de Edelmiro Farrell y llamar a elecciones. Es así como organizó un frente integrado por comunistas, socialistas, conservadores y radicales alvearistas.

El general Ávalos encabezó una tendencia contraria a Perón, asumiendo la voz cantante de los amotinados, y le exige a Farrell la renuncia de su vicepresidente. Es así como Juan Domingo Perón es desplazado de todos sus cargos.

El 13 de octubre es detenido y llevado en la cañonera Independencia para ser confinado a la Isla Martín García. El gobierno, urgido por la situación, se apuró a decir que el Estado no debía cumplir un rol de importancia en los conflictos obrero-patronales.

Mientras la crisis política generó desavenencias entre dirigentes políticos y militares, desde las barriadas el clima comenzó a caldearse. Los días previos a la masiva marcha hacia Plaza de Mayo se produjeron movilizaciones en distintos puntos de la Argentina. Trabajadores de los ingenios azucareros en el interior del país comenzaron una huelga por tiempo indeterminado. En Berisso, empleados de frigoríficos de firmas extranjeras recorrieron las calles de La Plata exigiendo la liberación de su líder. Lo mismo ocurría en zonas industriales del conurbano como Avellaneda, Lanús, Puente Alsina.

Las manifestaciones espontáneas se adelantaban al sindicalismo. Desde las bases la clase trabajadora empujaba a la central cege-tista a declarar la huelga. En tanto, expresiones de izquierda, como la comunista Unión Obrera Local, abogaron para que los trabajadores continuaran con sus tareas laborales.

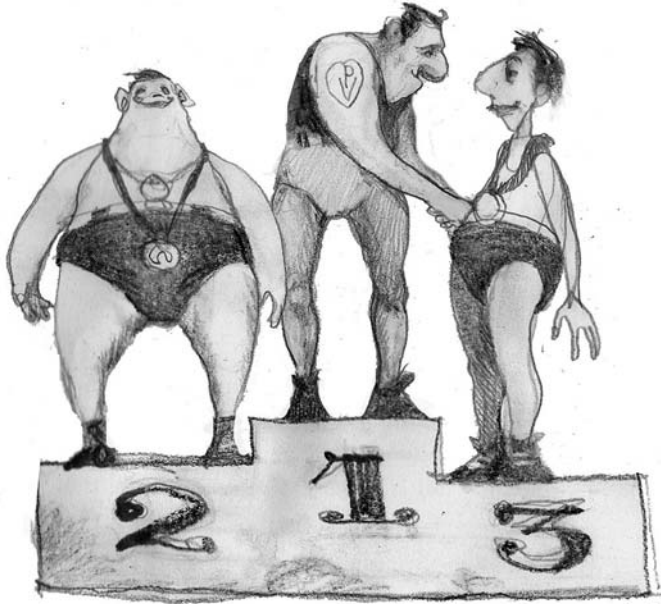
Ante la compleja situación el presidente Farrell, enterado del deterioro en la salud de Perón, ordenó su traslado a la Capital. Más allá de esta situación las cartas estaban echadas. Miles de personas se dirigieron en la mañana del 17 de octubre a Plaza de Mayo para pedir la liberación del coronel Perón. Trabajadores del sur del conurbano salieron de las fábricas para cruzar el Puente Pueyrredón. La clase media que había salido semanas antes para defender “sus valores democráticos” será testigo de la muchedumbre que se apoderaba de las calles de la ciudad céntrica.

Los acontecimientos marcaban que la situación se había volcado netamente hacia Perón. A la tarde el presidente se dirigió al Hospital Militar para dialogar con el coronel. Las calles estaban inundadas de obreros que pedían la su vuelta.

Cerca de la medianoche Edelmiro Farrell y Juan Perón van hacia la Casa Rosada, en la Plaza de Mayo una cifra incalculable de personas lo esperaban para saludarlo. Desde ese día, tanto la embajada

norteamericana como los representantes de los partidos de la “democracia” se convencieron de que el peligro de confirmar el rumbo que había comenzado en 1943 era realmente cierto.

CAPÍTULO II



Hacia una cultura deportiva

“Los deportes, a través de los cuales se reafirma la identidad de pueblo, tuvieron en general un origen británico. Estudiar el nacimiento de los juegos de moda entre fines del siglo XIX y comienzos del XX implica observar las influencias –en un aspecto de la vida cotidiana– del imperialismo y las consecuencias en la vida social y cotidiana de Buenos Aires de la aplicación ‘exitosa’ del modelo agroexportador, que entre otras cosas llevó a que varios empresarios y capitalista británicos se afincaran en la ciudad”

Mario Rapoport y María Seoane.

El 1 de julio de 1896 el cochero de Leandro Nicéforo Alem recorría los últimos metros del trayecto que lo separaba del Club del Pro-

greso, cuando oyó un disparo que pareció estallar en sus tímpanos. El viejo caudillo, sobre un charco de sangre, yacía en el habitáculo. Entre sus ropas se encontró un escrito cuyas líneas podrían ser consideradas su testamento político. A su parecer, había concluido su tarea política, prefiriendo dejar sus convicciones como camino a seguir: “¡Sí, que se rompa pero que no se doble! ¡Adelante los que quedan!”. Tras la Batalla de Caseros la oligarquía porteña (incluidos muchos ro-sistas reciclados) hizo suya la convicción de defender sus intereses sobre cualquier condición. Con el fin de “unificar a las familias porteñas” se funda el 1º de mayo de 1852 el Club del Progreso, institución que recorrería de punta a punta la historia argentina. Allí supieron reunirse las principales figuras de la política nacional, para tramar alianzas, acuerdos, conspiraciones. Una minuciosa investigación de Lucía Gálvez describe cabalmente la importancia que tuvo el Club a lo largo de las décadas. Sin temor a equivocaciones, se puede decir que buena parte del proyecto de país posterior a Caseros se forjó en aquellas instalaciones. “Ha sido el Club del Progreso”, dirá Diego de Alvear, “donde yo inicié el proyecto de una Bolsa Bursátil [sic]... Fueron miembros del Club los que han presentado al Gobierno proyectos de ferrocarriles y muelles que solo espera la prosperidad y riqueza. Ha sido en nuestro Club donde se ha formado y organizado la más brillante sociedad filantrópica que haya existido en nuestro país”.

El acceso a esta institución era restringido; en sus primeros años los asociados no llegaban a trescientos. Por sus salones transitaban Julio Argentino Roca, Bartolomé Mitre, Domingo Faustino Sarmiento, Dalmacio Vélez Sarsfield, Adolfo Alsina, Carlos Pellegrini, Roque Sáenz Peña, Luis Sáenz Peña, Leandro N. Alem, Hipólito Yrigoyen, entre otras figuras de relevancia. Aquel era el lugar de reuniones, agasajos, tertulias, interminables bailes; pero también de otras actividades, entre las cuales se encontraba el juego de ajedrez.

El licenciado Alfredo Aguirre sostiene que la formación de los clubes puede entenderse a partir de tres vertientes, cada una, procedente de un estrato social determinado, con sus particularidades y características. Por un lado, estaban las instituciones creadas por la elite

porteña, que se diferenciaban por ser poseedoras de prestigio social, influencia política y poder económico. En segundo lugar, las entidades británicas y de origen europeo, provenientes de una cultura propulsora de la práctica de los deportes; al igual que la anterior, tenían la intención de diferenciarse de otros sectores. Por último, las capas más bajas de la sociedad también fueron creando a su modo sus propios clubes. En principio, se trataba de equipos que se organizaban para disputar desafíos futbolísticos. Tiempo más tarde se convertirían en instituciones propiamente dichas.

Según esta clasificación, se observa que el Club del Progreso responde al conjunto de instituciones creadas por la clase alta porteña. Este grupo tuvo una decidida influencia en distintos aspectos de la vida social de la época. De alguna manera, definió claramente el derrotero que seguirían entidades culturales de este tipo, algunas con menor incidencia que otras, pero determinantes al fin. Posteriormente nacieron otras instituciones de similares características, como el Club Gimnasia y Esgrima de Buenos Aires (1880), el Jockey Club (1882) y el Círculo de Armas (1885).

La elite criolla tenía sus reductos exclusivos, cuestión que no se agotaba en la diferenciación con respecto a otras clases sociales, sino que también originaba una producción simbólica y cultural coincidente con predominio político y económico.

En la segunda línea se encontraban las instituciones conformadas por la comunidad británica o de origen europeo. Sus integrantes ingresaban al país para desempeñarse en empresas y firmas comerciales. En su mayoría eran empleados de compañías ferroviarias, funcionarios bancarios y comerciantes. Traían consigo, además de la fuerza de trabajo, parte de su cultura. Como producto de estos valores idiosincráticos surgieron instituciones dedicadas a la práctica deportiva, como, por ejemplo, Buenos Aires Cricket Club, Buenos Aires Athletic Society, Buenos Aires Athletic Association y Buenos Aires Rowing Club. A su vez, la instalación de los ferrocarriles originó un aporte de relevancia en este sentido. A medida que se fueron extendiendo las vías férreas y levantando las estaciones, se crearon entidades

deportivas bajo el impulso de sus trabajadores. La influencia europea no sólo tenía que ver con la presencia física de sus hombres; era un concepto filosófico el que había ingresado, de la misma forma que su imperio económico, político y diplomático.

La tercera corriente viene dada por los equipos que se gestaron entre elementos de las clases bajas, muchos de los cuales se transformarían posteriormente en instituciones señeras del fútbol argentino. Nacidos a principios de siglo XX, se consolidaron para ocupar un sitio preponderante en la vida nacional.

Mientras el país parecía constituirse a imagen y semejanza de la oligarquía, nacía a sus espaldas una realidad que se configuraba desde los suburbios. Los hábitos de las clases relegadas fueron moldeando nuevas formas que resultaron ser las bases esenciales de la cultura popular argentina. En los potreros confluyeron nativos e inmigrantes, todos amalgamados en la misma estética que ofrecía la pobreza. Fueron el laboratorio cultural por excelencia, junto a algunos otros espacios como el café, el conventillo o el prostíbulo. Se convirtieron así en un lugar de encuentro de hábitos y costumbres, de modos de entender la vida.

La vertiente institucional-educativa

De modo paralelo a este fenómeno, las instituciones educativas británicas introdujeron la práctica física y deportiva entre sus asignaturas.

Los colegios británicos se conformaron como lógica consecuencia de las sucesivas oleadas venidas a nuestro país desde las invasiones inglesas. Hacia la segunda mitad del siglo XIX comenzaron a instalarse los primeros establecimientos anglosajones. Algunos de ellos no tardaron en incluir la práctica física entre sus disciplinas. En 1870, por ejemplo, el Flores Collegiate School implementó los juegos atléticos como manera de fomentar esta actividad entre sus estudiantes. Otros colegios lo emularon, iniciando el largo camino que llevaría a la inclusión de la cuestión físico-deportiva en la educación académica.

El escocés Alejandro Watson Hutton se había alejado del Saint Andrew's disconforme, ya que las autoridades no estaban dispuestas

a invertir en espacios verdes para que sus estudiantes desarrollaran actividades. Entonces decidió fundar, en 1884, la Buenos Aires English High School, casa de estudios que tuvo entre sus principales asignaturas la práctica física. En sus instalaciones procuró tener un campo deportivo, y contrató a un profesor de educación física para enseñar el juego que, unos años más tarde, se convertiría en el más popular de la Argentina: el fútbol. De esa manera, este deporte dio los primeros pasos hacia su institucionalización. Precisamente, muchos equipos provenientes de estos colegios formarán parte de la primera competencia oficial (1891). De más está decir que el fútbol se había convertido en una actividad practicada de manera entusiasta por los estudiantes. En este marco aparece el equipo de la English High School, que más tarde se convertiría en Alumni. El lento aprendizaje que se impartía en precarias canchitas prosperó hacia la segunda década del siglo, cuando se cumple el ciclo del equipo estudiantil. Se puede decir que este conjunto representó una suerte de pasaje al fútbol eminentemente criollo. Es decir, combinaba cierto estilo europeo con el talento que en adelante distinguiría al jugador argentino. Lo sucedió el Racing Club de Avellaneda, que, en virtud del preciosismo y la efectividad de su juego fue apodado *La Academia*. Este acriollamiento tuvo fundamental implicancia en lo social, contribuyendo a la masificación del deporte. Supo erradicar flagelos vigentes en aquella época, como lo que Juan Agustín García llamó “el culto nacional del coraje”. “La admiración por el guapo, cuya fama se basaba en su coraje para ir hacia la muerte de los otros o hacia la suya propia, se trocó en admiración por el futbolista hábil y valiente, quien enseñó, sin proponérselo, que la vida emociona”.

Esta popularización del fútbol no se extendería a otros deportes. La participación en otras disciplinas deportivas se daba casi invariablemente entre las capas más altas de la sociedad. En el transcurrir de estos años las familias acomodadas fueron partícipes casi de manera exclusiva de disciplinas como el automovilismo, por ejemplo. Este surgió a principios del siglo XX, cuando la elite realizó competencias con los primeros automóviles llegados al país. Fueron personajes de parti-

cipación influyente en la vida social y política del país como Aarón de Anchorena, los hermanos De Marchi, Marcelo T. de Alvear, conspicuos corredores y protagonistas de las primeras justas deportivas.

La aviación fue otra actividad de intenso desarrollo, tal como lo demuestra la creación en aquellos años de la Escuela Argentina de Palomar y la Escuela de Aviación Militar. En 1908 se fundó el Aero Club Argentino, siendo los hermanos Newbery sus más entusiastas practicantes. Jorge tuvo una intensa actividad, tanto en este como en otros deportes. Ese mismo año la Sociedad Hípica Argentina formó parte de un Consejo Superior integrado por representantes gubernamentales y de las universidades nacionales. Su objetivo era la aprobación de los programas y reglamentos que se impulsaban desde dicha entidad, que fue la encargada de organizar las Primeras Olimpiadas Sudamericanas con motivo del Centenario de la Revolución de Mayo.

Entre la dirigencia política y deportiva existían fuertes lazos, dado el entrecruzamiento de intereses e ideologías. Estos Juegos del Centenario buscaban mostrar al mundo occidental una sociedad próspera que no tenía nada que envidiarle a Europa, siendo su “sólida economía” una base esencial. Se quiso realizar esta competencia a la manera de un acontecimiento deportivo de trascendencia internacional. Eran momentos en los que arribaban al país personalidades extranjeras como la Infanta Isabel de Borbón o el político francés George Clemencéau. Sin embargo, la enorme conflictividad social subyacente era un motivo de preocupación para los organizadores. Elementos de la burguesía se encargaron de perseguir a activistas obreros que querían opacar el certamen atlético y denunciar el estado de la situación.

Social, deportivo y cultural

El crecimiento del deporte argentino puede observarse desde distintas perspectivas. Por un lado, se evidenció con la aparición de deportistas de nivel óptimo para competir en los circuitos de trascendencia. Tanto es así que muchos comenzaron a destacarse a nivel internacional. Indudablemente, la actitud enérgica de estos atletas hizo posible esta trascendencia. Sin embargo, dicha evolución también puede ser

vista como la etapa en la que florecen los clubes de barrio. Este proceso, que venía desde los años veinte, experimenta una explosión en la década posterior, con el surgimiento de instituciones conformadas por sujetos de diferentes procedencias, hábitos y costumbres.

En estos espacios de socialización se conformó una trama relacional que moldeó una identidad propia. Los clubes promovieron actividades de todo tipo, tanto deportivas como culturales. Los recordados bailes de carnaval, por ejemplo, constituyen un hito en la memoria popular de los barrios. Es aquí donde confluyen las experiencias colectivas surgidas de ese encuentro, excediendo largamente el plano de lo festivo.

A la par de este fenómeno se sancionaron leyes sociales de gran importancia y que fueron vitales para la conformación y el asentamiento de estas instituciones. Estamos hablando, por ejemplo, de normas como la de la jornada laboral de ocho horas y el descanso obligatorio. Estas y otras del mismo tenor promovieron el aprovechamiento del tiempo libre en actividades recreativas. Como dice Víctor Lupo, “aparecieron los denominados clubes de barrio, que eran culturales, sociales y deportivos, y que en las décadas de 1920 y 1930 recibían ya en su seno a una inmensa parte de la población, especialmente en las grandes ciudades, lo que motivó que los deportes se fueran acriollando”. El avance en los derechos sociales de los asalariados contribuyó a generar ámbitos de distracción y expresividad.

Desde sus orígenes los clubes fueron sociales, deportivos y culturales. Se trató de una práctica autoorganizada, que partió, no de la iniciativa estatal sino de la voluntad comunitaria y actuó como vaso comunicante con otras esferas civiles. El club se convirtió, tal como lo afirman Mario Rapoport y María Seoane en el libro *Buenos Aires, historia de una ciudad*, en una institución básica: “además de contribuir a llenar el vacío sabatino, la proliferación de los clubes de barrio fue una derivación de lo que se llamó ‘hacer esquina’. Algunas asociaciones voluntarias de ‘muchachos del barrio’, que solían reunirse en las esquinas, llegaron a tener su propia sede. El procedimiento era más sencillo que complicado: un grupo de antiguos vecinos, que ha-

cían las veces de guías de los jóvenes, lograba alquilar una sala a la calle o arrendar o comprar una vieja casa de la zona. El reducto entonces comenzaba a jugar una doble función. Por un lado, se convertía en un club de fútbol o de básquet del barrio. Por otro, pasaba a ser refugio o segundo hogar para los solitarios, que acudían en busca de compañía”.

Otras instituciones que se constituyeron en esta época son los clubes gremiales. Una gran cantidad de migrantes del interior del país a la capital y a los suburbios de la provincia de Buenos Aires vino a incorporarse al enorme caudal de obreros que hicieron posible el proceso de industrialización. El crecimiento del gremialismo se produjo a la par del rol que le tocó tener al movimiento trabajador en el escenario planteado luego de la crisis mundial de 1929. En este sentido, el nuevo sindicalismo cristalizó las inquietudes de una clase con nuevas aspiraciones, inquietudes que no se centraban en la lucha de clases o el boicot hacia el régimen político, sino que tenían más que ver con reivindicaciones inmediatas, de tipo laboral y salarial. En estas circunstancias, no puede sorprendernos la aparición de clubes que nacieron a partir del impulso de los nuevos cuadros trabajadores. Estos se sumaron a los que se fundaron en los primeros años del Siglo XX. Entre los clubes gremiales más importantes podemos mencionar a Correos y Telégrafos –Comunicaciones–, el Club Obras Sanitarias de la Nación o el Club Municipalidad de Buenos Aires, entre otros. Por lo general, estas entidades nacían con la finalidad de agrupar exclusivamente a los trabajadores de una determinada agremiación. Tanto es así que en las actas fundacionales quedaba estipulado expresamente este objetivo. Con el tiempo la mayoría de estos clubes fue flexibilizando la normativa. Agruparse y colectivizarse era una manera de adquirir pertenencia, y la creación de estas instituciones dio cuenta de dicha necesidad.

Sistema Argentino de Educación Física

La institucionalización de la educación física ha tenido en nuestro país un largo y sinuoso recorrido. Desde finales del siglo XIX la con-

cepción acerca de este tema estuvo dividida en dos tendencias. Una de ellas se centraba en la ponderación del higienismo, la salud y la fisiología, entre sus principales aspectos. La otra línea tenía un claro tono militarista, y era conducida por sectores del ejército con fuerte influencia en ámbitos de gobierno. La tensión entre ambas concepciones atravesó durante décadas el sistema educativo nacional. “Se podría definir esta situación dicotómica como la resolución del enfrentamiento entre la corriente de pensamiento positivista y el antipositivismo, quedando esta última postura [...] en la orientación que va a prevalecer durante las primeras décadas del siglo XX”, dice Mario Mamonde en el documento *Educación Física militarizada en Argentina*.

La Ley 1420 de Educación Común, Gratuita y Obligatoria, sancionada en 1884, estableció la instrucción obligatoria de ejercicios gimnásticos; en el caso de los varones se especificaban los ejercicios militares básicos. Algunos establecimientos educativos ya habían introducido los ejercicios atléticos y la práctica deportiva en sus programas. Durante el gobierno de Manuel Quintana se establece la enseñanza obligatoria de esta asignatura en las escuelas primarias, secundarias, normales y especiales.

En este contexto aparece Enrique Romero Brest, figura fundamental para entender los orígenes de la educación física en nuestro país. Su inquietud al respecto lo llevó a estudiar, ejercer la docencia e investigar en profundidad la materia. No sólo ejerció como profesor, sino también como académico; su tesis doctoral en Medicina tuvo como tema el ejercicio físico en la escuela desde el punto de vista higienista. Redactó junto con Pablo Pizzurno la ley 1420. En 1891 fue director del Curso de Educación Física de Verano, con la finalidad de suplir la falta de docentes idóneos para dictar clases. También se desempeñó como inspector de Escuelas Primarias y participó en congresos internacionales.

Romero Brest fue el creador del Sistema Argentino de Educación Física. Convencido de las falencias expuestas en las escuelas francesa, sueca e inglesa, consideró la necesidad de conformar una propuesta superadora. Para salvar los errores conceptuales y metodoló-

gicos de las escuelas antedichas, propuso un modelo que tuviera en cuenta lo mejor de cada una, pero con una impronta original. “El Sistema Argentino, a diferencia de los anteriores, es ecléctico en sus procedimientos, persigue el entrenamiento por sobre la hipertrofia muscular, actúa sobre el pulmón y el tórax para mejorar la capacidad respiratoria, usa al mismo cuerpo como aparato gimnástico para desarrollar las masas musculares y evita la fatiga. Entre sus bases psicológicas, considera al movimiento dependiente de la mente, procurando aumentar la destreza, la precisión, la atención voluntaria y la emoción deportiva. Socialmente el Sistema Argentino despierta actitudes sociales positivas de solidaridad y respeto a las leyes”, se afirma en el documento *Enrique Romero Brest y los inicios de la educación física escolar*.

Romero Brest apuntaba al desarrollo armónico del cuerpo, la resistencia del físico y la formación moral de la persona. Consideraba que el docente debía abreviar en las distintas fuentes de que disponía y usar todos los recursos para diseñar una metodología de trabajo, teniendo en cuenta la gimnasia, los juegos y la práctica de los deportes.

Una de sus premisas radicaba en la realización de ejercicios al aire libre. Por ello es que creía en la conveniencia de instalar plazas a un lado de los establecimientos escolares. La educación física, según su pensamiento, prevenía flagelos como el tabaquismo, el sedentarismo y otras sintomatologías de orden social.

Hacia la década de los treinta la tendencia militarista comienza a ganar terreno. Hasta ese momento, aunque con tensiones, el modelo pregonado por Romero Brest se había mantenido con firmeza. El golpe militar al radicalismo yrigoyenista también habría de dejar su huella. En 1937 la enseñanza de esta materia cayó bajo la égida del Consejo Nacional de Educación Física, cuyo director era el general Adolfo Arana.

Deporte argentino

Nacido en el populoso barrio de Mataderos, Justo Suárez se crio en el seno de una familia humilde. Supo de la pobreza trabajando du-

ro desde chico. Sus veinticuatro hermanos corrieron la misma suerte, debiendo emplearse en diversas tareas. Pocos imaginaron que aquel niño que se ganaba la vida juntando grasa de las canaletas o ejerciendo el noble trabajo de canillita iba a convertirse en ese púgil capaz de conmover a multitudes. Fue el primer ídolo del pueblo, porque surgió de los suburbios y se hizo en el oficio de superar las adversidades. Fue el campeón de todos, llegó a la gloria haciendo lo que mejor hace un hombre que está decidido a pelear para enfrentar sus circunstancias. Justo emprendió desde joven su camino como boxeador y se convirtió en profesional cuando tenía 19 años. El 27 de marzo de 1930 tuvo su momento de plenitud y en el viejo estadio de River Plate venció al platense Julio Mocoroa, para erigirse en campeón argentino de los livianos. Aquel día un hombre había llegado para quedarse en los anales de la historia. “Su trayectoria fue tan fugaz como su vida, legendaria y estelar. Tuvo todos los ingredientes: irrupción de un deporte hasta entonces reservado a las clases altas, Luis Ángel Firpo incluido. Gloria inmediata, carisma, amores contrariados, enfermedad de la época (tuberculosis)”, señalan Víctor Lupo y Horacio del Prado en el libro *100 ídolos porteños. 1910-2010, Deportistas de la Ciudad de Buenos Aires. Del Centenario al Bicentenario*. Circunstancias extrabójísticas no le permitieron llegar más alto. En junio de 1931 perdió por nocaut con el estadounidense Billy Petrolle, lo que le cerró la puerta para pelear por el título del mundo. Sin embargo, su figura ya había posibilitado confirmar la popularidad de esta disciplina. En la década de los treinta se produjo un afianzamiento del boxeo a nivel popular. Lo extraordinario de este fenómeno es el trasvase desde una práctica de las elites hacia las franjas sociales más empobrecidas. En poco tiempo el boxeo fue arrancado a las clases dominantes para arraigarse profundamente en los arrabales. La trascendencia de Luis Ángel Firpo marcó un hito en la historia no sólo del pugilismo sino del deporte argentino en general. La hipocresía de muchos que creían ser dueños de la moral colectiva —en Buenos Aires la actividad boxística estaba prohibida— se hizo añicos y los detractores debieron rendirse ante los hechos.

El deporte también adquirió arraigo gracias a la aparición de exponentes idóneos en la materia, que no sólo se constituyeron en modelos a emular; en muchos casos también generaron pertenencia. El fútbol había producido su proceso y antes de la década de los veinte ya estaba instalado definitivamente, y no solo en cuanto a su práctica: se produjo por parte de la afición una empatía con los clubes que participaban en los campeonatos de las asociaciones rectoras de este deporte. Este entusiasmo se tradujo en el incremento en el número de asociados a estas instituciones y en la necesidad de ampliar la capacidad de los estadios. Estamos en la etapa dominada por el amateurismo marrón. Las estructuras del fútbol ya habían pasado por sus etapas de gestación y maduración. El enorme apoyo del público y el crecimiento de las instituciones se reflejaban en la rentabilidad, que permitió que muchos jugadores pudieran ser retribuidos económicamente para que no tuviesen necesidad de desarrollar otra tarea. En algunos casos, mediante un empleo que no tenía efectivización en la práctica concreta. Así fue como los clubes de mayor poderío se disputaron subrepticamente el concurso de los mejores jugadores. En mayo de 1931 dieciocho instituciones –Argentinos Juniors, Atlanta, Boca Juniors, Chacarita, Estudiantes (LP), Ferrocarril Oeste, Gimnasia y Esgrima (LP), Huracán, Independiente, Lanús, Platense, Quilmes, Racing, River, San Lorenzo, Talleres, Tigre y Vélez Sarsfield– tomaron la decisión de abrir camino y sincerar la situación, fundando la Liga Argentina de Football. A partir de entonces, el deporte argentino se desenvolvería en un nuevo contexto.

El automovilismo fue otro ejemplo en este sentido. Supo experimentar una expansión en el interior de país, sobre todo en Buenos Aires y el sur de Santa Fe y Córdoba. En años posteriores a la década de los treinta la preparación de los automóviles aún era prácticamente casera, por lo que demandaba una extraordinaria cantidad de tiempo y dinero. Los pilotos debían recorrer trazados muy complicados, por lo que muchas veces sus propias vidas corrían peligro. Posteriormente, la evolución técnica y mecánica daría un salto con automóviles de mejor preparación. Se transmitió un sentido épico a la activi-

dad, vinculado a cierto heroísmo, provocando una simbiosis entre el deportista y sus seguidores. Todo un pueblo y toda una estructura fueron cimentando la popularidad del automovilismo.

El deporte empieza a tener llegada entre las masas y se valida como tal a través de la multiplicación de federaciones. Estas surgieron gracias a la proliferación de instituciones que se dedicaban a practicar disciplinas diversas y que tenían la necesidad de pasar a un estadio superior. La creación de órganos federativos significó un espaldarazo importante para la aparición de deportistas de buen nivel. La multiplicación de competencias y certámenes posibilitó que el rendimiento deportivo fuera en aumento. Las ciudades y pueblos donde hombres y –en menor medida– mujeres ejercían con entusiasmo esta actividad devinieron semillero de nuevos participantes y seguidores.

Los atletas argentinos se destacaron a comienzos de la década de los treinta, tanto en los Juegos Sudamericanos como a nivel olímpico. Estas performances contribuyeron a difundir la actividad y a generar instancias de participación para que nuevos aficionados se incorporaran a este fenómeno. En 1934 la revista *El Gráfico* organizó por primera vez la Maratón de los Barrios, evento que perduró durante muchos años, evidenciando la masividad de esta disciplina. Las mujeres contaron con importantes valores como Olga Tassi y Elsa Lidia Irigoyen, quienes practicaban distintas actividades simultáneamente. Otras deportistas dieron sus primeros pasos en esta época y se formaron viendo a sus antecesoras. La atleta Noemí Simonetto comenzó su carrera en 1939, cuando recién estaba entrando a la adolescencia; años más tarde competiría por una medalla olímpica.

Política deportiva en dimensión

La organización del deporte en nuestro país se fue dando de manera lenta y paulatina. Su estructuración tuvo que ver, en un primer momento, con el impulso de jóvenes entusiastas que formaron los primeros cuadros directivos. Primero para fundar clubes y levantar sus propias instalaciones; después para agruparse y conformar federaciones. Se puede decir que era una minoría practicante la que llevaba las

riendas de dicha organicidad. Salvo en el caso del fútbol, el deporte tenía un sesgo elitista; al menos en los primeros años del Siglo XX.

Sobre las ruinas de la Sociedad Sportiva Argentina se fundó la Confederación Argentina de Deportes, siendo Antonio De Marchi uno de sus principales impulsores. Muchos dirigentes deportivos tenían fuertes vinculaciones con sectores políticos. En la conformación del Comité Olímpico Argentino (COA) también se puede observar este mismo síntoma.

Hasta ese momento, ninguna delegación argentina había participado de los Juegos Olímpicos modernos, comenzados en Grecia (1896). Previo a los que se disputaron en Londres (1908), la Sociedad Sportiva Argentina creó una comisión para recaudar fondos, y así permitir a los atletas argentinos participar de la competencia. Sin embargo, no consiguieron el apoyo que se necesitaba para alcanzar dicha empresa. En Estocolmo (1912) se volvió a frustrar esa posibilidad. Luego, la Primera Guerra Mundial impidió la celebración de los Juegos Olímpicos en 1916.

El presidente Marcelo T. de Alvear tuvo una decidida influencia en los avances que se iban dando en cuanto a la organización del deporte. El Ejecutivo nacional decidió destinar del Presupuesto los fondos necesarios para enviar a una representación nacional a París (1924).

El 31 de mayo de 1927 el mismo mandatario firmó un decreto en el que se reconoció a la Confederación Argentina de Deportes (CAD) como Comité Olímpico Argentino (COA). En adelante este Comité debía tomar todas las medidas necesarias con respecto a los deportistas argentinos que integraran las delegaciones olímpicas. Este hecho es considerado como antecedente directo de la fusión CAD-COA.

La delegación que participó por primera vez del evento olímpico dejó un saldo positivo: obtuvo una medalla de oro, tres de plata y dos de bronce. El actor y boxeador Pedro Quartucci, en categoría pluma, fue uno de los medallistas. El boxeo obtuvo tres preseas, claro indicio de su potencialidad. La federación rectora de este deporte se fundó en 1920, cuando aún la actividad estaba prohibida.

El oro fue ganado por el polo, disciplina practicada por una elite

de fuerte influencia en la economía argentina. Muchos de los polistas eran de origen británico y se había afincado como estancieros en la zona de la pampa húmeda. Los otros, pertenecientes al mismo círculo, guardaban similares inquietudes. El hecho de relacionarse con Europa a través del esparcimiento y los negocios también era una manera de perfilarse ante el mundo. “Los inmigrantes británicos –dice Eduardo Archetti– que se transformaban en excelentes jugadores de polo podían volver a Inglaterra y participar en torneos junto a la aristocracia inglesa en condiciones de igualdad. No solo la movilidad social era importante sino que las giras y los éxitos creaban condiciones inmejorables para la venta de petisos y la creación de un mercado transnacional de caballos. Las giras eran, en la mayoría de los casos, financiadas por la venta de los caballos una vez terminados los torneos del verano europeo”.

La segunda participación olímpica de la delegación argentina se produjo en Ámsterdam (1928). En este certamen participaron ochenta atletas, todos varones. El rendimiento fue positivo, teniendo en cuenta la cantidad de medallas obtenidas: tres de oro, tres de plata y una de bronce. El boxeo tuvo una actuación destacable con los oros conseguidos por Arturo Rodríguez Jurado y Víctor Avendaño en las categorías pesado y medionesado, respectivamente. Víctor Peralta (pluma) y Raúl Landini (welter) lograron las de plata. Argentina obtuvo el primer puesto en puntaje por equipo, demostrando el gran momento que vivía el boxeo argentino. El nadador Alberto Zorrilla fue otro de los ganadores de la medalla dorada en la prueba de 400 metros estilo libre, siendo el primer latinoamericano en obtener esta conquista. Zorrilla era nadador del Club Gimnasia y Esgrima de Buenos Aires y ya había participado en los anteriores Juegos. Con un tiempo de 5:01.6 obtuvo un nuevo récord olímpico, superando al australiano Andrew Charlton y al sueco Ane Borg. El seleccionado de fútbol logró tener una buena performance y en la final se midió con Uruguay. La potencialidad de ambos representativos se vio demostrada en este certamen, cuya trascendencia era equivalente a la de un Mundial. Luego de empatar en un gol en el partido decisivo, argentinos y uruguayos debie-

ron ir al desempate. En este encuentro el resultado favoreció al conjunto oriental, que venció por 2 a 1.

Cuatro años más tarde la Argentina participó de las Olimpiadas de Los Ángeles. La delegación nacional fue sólo con 32 deportistas, la más reducida luego de las Olimpiadas de Melbourne, Australia (1956). Tampoco contará entre sus filas con ninguna presencia femenina. En esta competencia se produjo un suceso de trascendencia histórica para el deporte argentino: el triunfo de Juan Carlos Zabala en la maratón corrida por las calles de esa ciudad. Este rosarino, huérfano desde muy chico, logró ganar la competencia siendo muy joven y con un tiempo récord olímpico de 2h 31' 36". Su entrenador era nada menos que el austriaco Alejandro Stirling, que años más tarde orientaría a los atletas olímpicos Reynaldo Gorno y a Osvaldo Suárez.

A pesar de estos logros, la política deportiva llevada adelante por el justismo distaba de brindar el apoyo necesario. Durante la disputa de esta competencia la delegación nacional se encontró con que el gobierno argentino no había enviado los fondos necesarios para solventar los gastos atinentes al transporte, la estadía y todo lo necesario para que los atletas pudieran estar a punto a la hora de su participación. El presidente Agustín P. Justo se escudó en las dificultades económicas del país para llegar a la conclusión de que debía achicar el presupuesto para los atletas que estaban compitiendo.

A fines de la década, debido a la posibilidad del desencadenamiento de una nueva guerra, la actividad deportiva quedó absolutamente paralizada. Los últimos Juegos Olímpicos se habían desarrollado en la Alemania nazi (1936). Estos Juegos se disputaron en medio de una confrontación política en ascenso, en una Europa aún convulsionada por las consecuencias de la Primera Guerra y amenazada por una nueva contienda bélica. El Tercer Reich se planteó como objetivo para este evento mostrar el poderío de una nación que había resurgido de la catástrofe para colocarse a la vanguardia de la región. El pueblo alemán había sufrido las humillaciones de los ganadores de la guerra y el nazismo supo explotar con inteligencia esta veta. Fue así como Hitler tuvo un importante apoyo por parte de la mayoría de los germanos.

En la competencia participaron cuarenta y nueve países, la mayor cantidad hasta entonces. El enfrentamiento entre las potencias mundiales se disputaba tanto en el terreno político como en el deportivo. Estados Unidos había estado muy cerca de desistir de participar del evento y a punto de declararle el boicot; finalmente tomó parte de los Juegos. Una cuestión considerada como extradeportiva fue la destacada actuación de atletas de color; en especial la del estadounidense Jesse Owens, ganador de cuatro preseas doradas. Esta competencia era una oportunidad para demostrar la pretendida teoría de la superioridad aria, por eso Alemania apostaba decididamente a la obtención de la mayor cantidad de medallas al final del certamen.

Por primera vez en la historia del deporte argentino una delegación olímpica contaba con una mujer entre sus deportistas: la nadadora Jeannette Campbell, una joven que entrenaba en el club Belgrano Athletic y que venía mostrando grandes dotes a pesar de que en sus inicios no había contado con un entrenador. Su inclusión no resultó para nada decepcionante, ya que logró la medalla de plata en los 100 metros estilo libre, superada por muy poco por la holandesa Rita Mastenbroek.

El boxeo tampoco escapó a la lista de logros que venía obteniendo en Juegos anteriores. Se consiguieron cuatro medallas; una de oro, una de plata y dos de bronce. El preciado galardón fue ganado en la categoría pluma por Oscar Casanovas. Por otra parte, Guillermo Lovell (hermano de Alberto, ganador del oro en Los Ángeles) obtuvo la medalla plateada en peso pesado. Completaron las premiaciones con el bronce Raúl Villarreal y Francisco Rosiglione, mediano y mediopesado respectivamente.

En su última edición en un Juego Olímpico, la medalla de oro en polo fue conquistada por el representativo nacional, logro también obtenido en las Olimpiadas de París. En la final venció a Gran Bretaña por la abultada cifra de 11 tantos a 0.

La medalla restante fue conseguida por el remo, al ganar el bronce con la dupla Julio Curatella-Horacio Podestá en la especialidad doble sin timonel. Argentina culminó en la decimosexta posición.

En el medallero general, Alemania fue primera, superando en más de treinta medallas a Estados Unidos, lo que representaba una cuestión muy importante desde el punto de vista político.

CAPÍTULO III



Hacia una nueva Argentina

“Nada ha cambiado para ellos”, dirá pretenciosamente el estudiante universitario que goza de la luz eléctrica, el gas y el agua caliente desde su nacimiento. Y agregará: “Continúan explotados, ahora por el burgués industrial” [...] En esa Argentina del año '47, millones de seres mejoran profundamente sus condiciones de vida y por eso, porque saben cómo vivían y cómo viven ahora, se definen peronistas sin vacilación alguna. Y los que critican ese proceso sin ofrecer una real y concreta alternativa superior hacen el juego a los dueños del viejo país, a los que quieren retornar a la Argentina agraria de los hombres de pata al suelo. Son los que, por quererla “perfecta”, no la admiten “buena” y finalmente la consiguen ‘mala’.

Arturo Jauretche

Existe una línea argumentativa que sostiene que el peronismo

montó una maquinaria publicitaria con el objetivo de impregnar sus ideas en todos los sectores sociales. Se afirma que, a través de la adquisición de medios de difusión, se acaparó casi la totalidad del sistema de comunicación. El periodista Pablo Sirvén, en su libro *Perón y los medios de comunicación*, es uno de quienes esgrimen dicha postura.

Este pensamiento no hace otra cosa que reforzar la imagen de un gobierno con rasgos totalitarios. Según esta mirada, bajo la excesiva injerencia del Estado se atacó la libertad de prensa. Sirvén encuentra antecedentes inmediatos de este “atentado” haciendo hincapié en la campaña presidencial de febrero de 1946. Fue desde la cadena radial oficial desde donde se propalaron profusamente los discursos del coronel. Así, parecería ser que la oposición tuvo que valer-se de pocas alternativas para realizar su campaña proselitista. Sin embargo, lejos de que esto ocurriera, contó con el apoyo de casi toda la prensa gráfica.

Tanto *La Nación* como *La Prensa* se encolumnaron detrás de la Unión Democrática, fuerza política que postulaba como candidatos a José Tamborini y a Enrique Mosca, dos radicales de extracción conservadora. Para dicho apoyo se utilizaron enormes cifras de dinero en afiches, panfletos, actos suntuosos, etc. El peronismo, en cambio, apeló más al ingenio que a otra cosa; la tiza y el carbón, por ejemplo.

Pero el elemento que, sin duda alguna, fue el ingrediente de más alto y polémico contenido fue la decidida intervención del Departamento de Estado norteamericano. Es así como surge un libro (el llamado Libro Azul) que reproduce un supuesto informe destinado a probar el carácter nazifascista del gobierno argentino. Los dirigentes y adeptos de la Unión Democrática recibieron con alborozo el “auxilio” extendido por el gobierno yanqui. La supuesta documentación probatoria que acusaba al gobierno nacional fue divulgada hasta el hartazgo por la oposición. Sorprende el nivel de injerencia de un país extranjero en una campaña presidencial. Juan Perón utilizó tal incriminación para plantear una alternativa que pareció resumir el destino de lo que estaba en juego: “Sepan quienes votan el 24 por la fórmula del con-tubernio olgárquico-comunista, que con este acto entregan el voto al

señor Braden. La disyuntiva en esta hora trascendental, es esta: Braden o Perón”.

Luego de intensos días de campaña, el 24 de febrero de 1946 se llevaron a cabo las elecciones. El escrutinio tuvo un largo recuento; solo dos meses después pudo saberse el resultado definitivo. La fórmula Perón-Quijano obtuvo 1.527.231 votos, mientras que el binomio Tamborini-Mosca alcanzó 1.207.155 sufragios.

El triunfo peronista tomó por sorpresa a los grandes diarios que en un primer momento habían apostado decididamente por una victoria de la Unión Democrática. Durante las primeras horas habían aparecido voces que manifestaban la total limpieza de los comicios. El aire triunfalista sobrevoló durante semanas la prensa antiperonista; aquel domingo eleccionario el diario *Crítica* anunció “un aplastante triunfo de la democracia”. El Departamento de Estado norteamericano informó a su gobierno del éxito del acto electoral, así como de la seguridad de que sus candidatos se impondrían de manera contundente. Pero con el correr de los días la distancia entre ambas fórmulas se fue revirtiendo. La fórmula radical se impuso en San Juan, San Luis, Córdoba y Corrientes. El peronismo prevaleció en las restantes, tornando una tendencia cada vez más definitiva. Finalmente, la fórmula encabezada por Juan Domingo Perón triunfó en las presidenciales, como también en las cámaras de Diputados y de Senadores. El pueblo argentino se manifestó con contundencia contra los pronósticos de la oligarquía, de parte de la clase media y de los dirigentes políticos tradicionales. Los vencidos, cegados por la incredulidad, parecían no querer advertir el peso de la verdad. Muchos recordaron el cable emitido desde Nueva York que sostenía la posibilidad de que el gobierno estadounidense no reconociera al presidente electo. La postura estaba basada en el conocido argumento sobre el tinte fascista del coronel y su grupo militar. Esta tesis fue esgrimida por toda la historiografía oficial, y es aún sostenida por autores que suelen frecuentar medios pertenecientes a las elites. “El movimiento peronista fue diseñado como un traje a medida por –y para– el propio Perón en los regímenes autoritarios que había tenido ocasión de observar sin inter-

mediarios cuando viajó a Europa en 1939, lo llevaron a concebir un partido fuerte y de estructura vertical que girara en su torno. Buscó el arma eficaz para lograrlo y encontró en la justicia social una poderosa herramienta”, agregó Pablo Sirvén.

Este antiperonismo acérrimo tiene sus raíces profundas en el desprecio hacia la clase trabajadora y el no reconocimiento de que las conquistas sociales obtenidas forman parte de un proyecto nacional. Este nuevo trabajador –proveniente de las migraciones internas– es ahora un sujeto con derechos, con participación en las decisiones del país. Es aquí cuando se corre el eje de lo político: desde una elite minúscula hacia las masas.

Sin embargo, la rancia intelectualidad –a derecha e izquierda– sostuvo su visión de un “proletariado” que no era sino una masa ignorante, incapaz de evitar ser manipulada. De esta forma, según los detractores, se daba una suerte de falsa democracia. “Perón inauguró un autoritarismo sui géneris, con reverberaciones mussolinianas y popularmente consentido. La ‘dictadura’ de los votos –que le dio prácticamente la suma del poder público– determinó su ingreso en una democracia formal, más aparente que real, pero democrática al fin”, dice Sirvén. Esta tesis inculcadora atravesará todo el periodo del gobierno peronista; en nombre de los “valores democráticos” se buscará desestabilizar y derrocar a un presidente elegido dos veces por una abrumadora cantidad de votantes.

Aparición de una política de Estado

Un grupo de hombres venía librando una lucha ideológica de manera casi solitaria, cuando el resurgir del pensamiento nacional anunció un nuevo estado de época. Desde un pequeño sótano de la calle Lavalle al 1700, jóvenes disidentes del radicalismo realizaron una de las campañas más encendidas contra la política entreguista de los sucesivos gobiernos. A pesar de la fría recepción de parte de la ciudadanía, se puede decir que de allí surgió la usina de pensamiento que abriría una grieta en el proceso histórico. Eran los tiempos en que los muchachos de la Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argenti-



na. (FORJA) se subían a un cajón de madera para hacer política en las calles. Dicha tarea no se debió exclusivamente a los forjistas, pero éstos tuvieron mucho que ver. En torno a esta fuerza se habían reunido hombres que observaron y explicaron la realidad nacional con extraordinaria claridad. Ellos (Jauretche, Scalabrini Ortiz, Homero Manzi, Luis Dellepiane, Gabriel del Mazo etc.) lograron anticipar el nuevo país denunciando el “estatuto legal del coloniaje”, marcado en una serie de puntos que le aseguraban al imperialismo británico el dominio económico. En el nuevo proceso iniciado con la Revolución de 1943 esta fuerza proclamó un principio de incertidumbre y de esperanza a la vez.

El principal aporte de la escisión radical consistió en desentrañar el coloniaje mental tras el que tanto el imperialismo como sus socios vernáculos escondían y con el que obstaculizaban la comprensión por parte del pueblo de los verdaderos intereses del país. Dicha elusión radicaba en la necesidad de asegurar la dependencia económica, im-

pidiendo cualquier tentativa de industrialización y soberanía nacional. Esta colonización conceptual creaba las condiciones para mantener el orden establecido.

Las migraciones internas cobraron un protagonismo fundamental para la concreción de los cambios que se estaban insinuando. Este nuevo actor social (el hombre del interior más pobre) produjo una cosmovisión cultural, política y social renovada. El devenir de las circunstancias habilitó un espacio diferente en donde habitar y provocó un cambio de relaciones. Dicho proceso creó las condiciones que hicieron posible el escenario que antecedió y sucedió al 17 de octubre de 1945.

Con la asunción de Juan Domingo Perón se inicia una nueva etapa en la Argentina. Dicho cambio se evidenció en el Parlamento, cuya apertura de sesiones ordinarias (junio del '46) estuvo signada por la ausencia de la oposición. Se demostrará en este ámbito la confrontación existente entre dos proyectos. Ese día el coronel expuso el propósito de su gobierno, dando lugar a cuestiones referidas a deudas sociales y políticas históricas. La protección social de los sectores humildes era una de las cuentas pendientes que tenía la política argentina. Basta recordar que fue la misma izquierda tradicional la que se opuso enérgicamente a la implementación del sueldo anual complementario, sancionado meses antes de realizarse las elecciones presidenciales.

El peronismo surge como expresión singular y novedosa, cuando ninguna agrupación política era capaz de dar respuestas a los conflictos existentes. La cuestión radicaba en desmontar un sistema sometido al arbitrio de los intereses británicos. Los resortes de la economía estaban en manos del imperialismo, que delineaba desde las formas de producción hasta la política crediticia y la ruta del transporte. Para modificar este cuadro de situación se necesitaba de un frente nacional que quitara de las garras del imperialismo el control de la vida nacional.

El nuevo gobierno debía modificar la estructura teniendo en cuenta la aparición de un creciente movimiento obrero y una burguesía en ascenso. Era necesario tomar medidas tendientes a proteger la industria nacional, recuperar las empresas de servicios sociales, ter-

minar con el latifundio. La renta diferencial era una de las claves para impulsar las transformaciones en este sentido.

El peronismo se convirtió en un movimiento de liberación nacional que apuntó al imperialismo como blanco fijo. La oligarquía terrateniente, dispuesta a seguir siendo la granja de los británicos, se alineó decididamente a favor de éstos. Siendo sus socios incondicionales, supieron ver que sus intereses también estaban siendo afectados.

El proyecto justicialista se asentó sobre bases nuevas que constituyeron el armado de su política. Las circunstancias históricas requerían de un Estado fuerte, de una burguesía comprometida con su rol productivo y una clase trabajadora participante. La cuestión radicaba en desplazar de la conducción del país a un directorio conformado por dirigentes entreguistas. “Nuestro movimiento levanta tres banderas: la Justicia Social, la Independencia Económica y la Soberanía Política, pero, en el fondo, pivotea sobre la Justicia Social porque precisamente era lo que faltaba en el país cuando nosotros aparecimos. Entonces, unos dijeron ‘Socialismo’, otros dijeron ‘Populismo’, por la participación del pueblo. Pero el doctor Staforini, que venía colaborando conmigo desde la Secretaría de Trabajo, dijo: ‘Si lo fundamental pivotea sobre la Justicia Social, debe llamarse Socialismo o Justicialismo, porque si bien peleamos por las tres banderas, la Justicia Social es para nosotros la cuestión principal’. Y como ‘Socialismo’ era una palabra ya gastada por los socialistas, mal empleada, quedo ‘Justicialismo’”. En la misma referencia sostiene Perón: “¿Qué es el justicialismo? Es un socialismo nacional, un socialismo argentino para argentinos”.

Uno de los pilares del proyecto radicó en modificar la estructura económica. Con la nacionalización del Banco Central se logró la autonomía en política monetaria y crediticia, que hasta ese momento estaba en manos de un consorcio de empresas inglesas. También fueron estatizadas las empresas de servicios públicos y recursos naturales, factor estratégico para lograr la autodeterminación. Pasaron a dominio estatal la Empresa Nacional de Telecomunicaciones (ENTel), Agua y Energía, YPF, YCF, Empresa Nacional de Correos y Telégrafos (ENCoTel), Ferrocarriles Argentinos, Aerolíneas Argentinas, Gas del Es-

tado, Empresa de Líneas Marítimas Argentinas (ELMA), la Comisión de Energía Atómica, Vialidad Nacional y Somisa, entre otras. Al crear el Instituto Argentino de Promoción del Intercambio (IAPI), el Estado desplazó a los consorcios cerealeros para fijar precios y hacerse de la renta diferencial, a la vez que le compraba al chacarero a mejor precio, evitando el despojo al que éstos habían sido sometidos. Con lo deducido de esta renta se apuntalaba la política industrialista y se consolidaba el estado de bienestar.

El Primer Plan Quinquenal vino a ordenar ciertos lineamientos que venían siendo establecidos a través de las medidas antedichas. De alguna forma quedó evidenciada la necesidad de consolidar ciertas políticas y reformular (u organizar) otras. Entre sus puntos más importantes se encontraban la defensa de la industria nacional, la inversión pública y el desarrollo de la acción social. La política de industrialización iba de la mano con la necesidad de expandir el mercado interno y la redistribución de la riqueza. La situación internacional demandaba una rápida respuesta para asegurar la independencia frente a los imperios, tal como dice Norberto Galasso. “La obra planificada se inserta en la política central que se desarrolla de manera consecuente entre 1946 y 1949, dirigida a quebrar las cadenas de vasallaje que controlan el destino argentino”.

La Comunidad Organizada

El pensamiento peronista puede ser entendido desde el campo práctico a partir de las todas las acciones que hemos venido describiendo. De alguna manera, el justicialismo es una suerte de elaboración original cuyos componentes (actores, creencias, acontecimientos, etc.) forman parte de un proceso concreto. Sin embargo, también se lo puede sintetizar desde lo teórico. En la idea de “comunidad organizada” encontramos su cuestión medular.

Este concepto fue enunciado por primera vez por Juan Domingo Perón en la clausura del Primer Congreso de Filosofía, realizado en la provincia de Mendoza el 9 de abril de 1949. Allí esbozó los principales lineamientos en que apoyaría buena parte de su obra política. Se

trata de una filosofía que convierte al sujeto en agente de cambio.

Un apotegma del peronismo refiere que primero se instauran los derechos en la práctica y luego se establece la normativa. En rigor, se puede decir que la dialéctica entre palabra y acción se da de manera complementaria. “El movimiento nacional argentino, que llamamos justicialismo en su concepción integral, tiene una doctrina nacional que encarna los grandes principios teóricos [...] y constituye a la vez la escala de [...] realizaciones, hoy felizmente cumplidas en la comunidad argentina”.

La comunidad organizada tiene sustento en la relación armónica de tres elementos: el Estado, el gobierno y las organizaciones libres del pueblo. Cada uno tiene un rol determinado e indelegable, constituyendo un pilar básico para la conformación de una democracia participativa.

Siguiendo este esquema, al gobierno le cabe la responsabilidad de conducir el país, delineando políticas y determinando metas. Es un órgano centralizado cuya función principal es decidir el rumbo de un proyecto. El Estado, en segundo término, es el encargado de aplicar las acciones que planifica el Ejecutivo. Las instituciones encargadas de instrumentar dichas políticas constituyen la administración pública. De acuerdo con el área pertinente, funciona tratando de responder al bien común. Como tercer elemento encontramos a las organizaciones del pueblo. Recuperar su concepto es de fundamental importancia, ya que permite comprender su verdadero sentido. Estas organizaciones surgen como agrupaciones insertas en la comunidad que persiguen distintos intereses. Pueden ser políticos (agrupación política), sociales (sindicatos, cooperadoras, clubes, cooperativas) o económicos (representación de productores, comerciantes, consumidores), etcétera. Se encuentran al margen del aparato estatal y accionan ejerciendo presión sobre las esferas gubernamental y estatal.

La comunidad organizada se constituye como sistema social a construir. Es decir, el pueblo no puede estar aislado sino que sólo existe organizado y actuando como factor concurrente de los aparatos de Estado.

El fin de este proyecto es la formación integral del sujeto, tendiendo a lograr el equilibrio armónico de cuerpo, mente y alma. De esta manera, el pueblo logra el fundamento básico para su grandeza y su felicidad, capital indispensable para toda Nación. “La Comunidad Organizada es el cuerpo y el alma de la Patria; el cuerpo de la Patria son el Gobierno, el Estado y las Organizaciones Libres del Pueblo. El alma de la Patria es la Doctrina Nacional”, tal como lo describe el Decreto Nacional N° 13.378/54.

CAPÍTULO IV



Cultura peronista del deporte

“[El peronismo] ha conmovido todo, ofreciendo desde su irrupción una nueva cosmovisión cultural al hombre argentino, no desde una teorización en abstracto, sino recogiendo las constantes culturales del quehacer histórico nacional y devolviéndolas en realizaciones y doctrina”.

Roberto Surra

Nuestro país experimentó, durante los años del gobierno peronista, la ampliación de las políticas sociales. La movilización migrante desde las provincias del interior vino a coincidir con las reivindicaciones a la clase trabajadora. Estas circunstancias trajeron consigo el rediseño de la composición urbana. El desarrollo de expresiones, la confluencia de nuevas conductas y las maneras de recorrer los espacios originaron un constructo identitario insertado en todas las dimensiones de lo cotidiano. Estas manifestaciones hicieron posible la rever-

sión de un supuesto principio que postula que la cultura es patrimonio de un círculo privilegiado.

El pueblo formó parte de un fenómeno de transformación cultural al que ningún sector permaneció ajeno. El ascenso de la clase trabajadora delineó hábitos culturales, nuevos lugares que lo revelaron como un actor fundamental en la vida social. Su masividad y su sindicalización le otorgaron la capacidad política suficiente para comenzar a participar en la “cosa pública”. En este sentido, Arturo Jaureche lo describe con toda claridad. “El ascenso masivo —que el físico y la modalidad del ‘cabecita negra’ hace más evidente— es de una multitud, de gran movilidad urbana; está presente en todas partes pues la plena ocupación —que alcanza a todas las clases— provoca la aglomeración callejera, y con la ocupación se multiplican los desplazamientos, da recursos de acceso a medios de consumo antes restringidos por la necesidad y estrecha la ciudad dando sensación de apretujamiento. Disminuye la importancia de los individuos que hasta ese momento se han creído importantes: se pierden en el anónimo de las colas, tienen que esperar mesa en los restaurantes, viajar incómodos presionados por el número y ni siquiera en la hora del descanso, en las playas o en las sierras, pueden evitar este hecho terrible de ser uno de la multitud y nada más”. Estos hombres y mujeres que venían de la mano del justicialismo debieron aprender a adaptarse sobre la marcha. Tal vez sin mucho sentido de la experiencia, pero elaborando sus propios fundamentos en el hacer. Así fue como se adquirieron nuevos derechos, quehaceres y formas de sentir. La mujer, por ejemplo, ya no quedará expuesta al casamiento con algún ‘buen partido’, sino que podrá ir a la universidad, trabajar, agremiarse y votar. De la misma manera que cualquier niño ya no verá las penurias de sus padres como camino a seguir sino que asistirá a la escuela, irá al club a practicar deportes y disfrutará de la colonia de vacaciones todos los veranos.

Por otra parte, la “intelectualidad” pretendió, a modo de artilugio teórico-práctico, enfrentar al peronismo y la cultura como términos antitéticos. El mecanismo utilizado fue la descalificación inmediata. El nuevo país que afloraba no podía ser aceptado por intelectuales que, desde de-

recha e izquierda, eran incapaces de comprender la realidad. La intención de instalar la dicotomía peronismo-cultura en el fondo planteaba otra de mayores dimensiones: civilización o barbarie. Su expresión en el llano se podía evidenciar periódicamente. Cierta vez, en una sesión parlamentaria, el diputado radical Ernesto Sanmartino le espetó a un legislador peronista: “Por favor, diputado, no se empeñe en convertirme en su contradictor. Yo no vine aquí a combatir el analfabetismo”. Ejemplificaciones del mismo tenor se repetirían en otros campos.

El deporte como política de Estado

El peronismo ha sido para la historiografía “oficial” el hecho maldito de mediados del Siglo XX en nuestro país. Dirigentes políticos e intelectuales arremetieron contra el proyecto nacional surgido después de la revolución de 1943. En vistas de tal acontecimiento, la clase dominante procuró dirigir los principales resortes de la cultura para asegurar su predominio en el campo del pensamiento.

Los círculos académicos se encolumnaron detrás de una concepción europeo-extranjerizante, despreciativa de lo autóctono. Dichas manifestaciones asimilaban implícitamente lo nacional con lo inculto y bárbaro. Desde las artes hasta la filosofía, desde la literatura hasta las ciencias, se materializó la conformación de una superestructura semicolonial.

De igual manera concebían el tema del deporte, donde tanto comunicadores como analistas adhirieron a una mirada conservadora que, desde una supuesta posición ecuánime, afirmaba “objetivamente” que Perón se sirvió de una serie de acontecimientos y hazañas deportivas para su ganancia personal. También hubo quienes, sin contemplación alguna, lanzaron una recia crítica sin morigerar sus manifestaciones, aun ante los evidentes avances en la práctica física y deportiva de millones de argentinos.

Ambas tendencias, provenientes del periodismo liberal, se vieron ante la dificultad de explicar el fenómeno originado por el peronismo, que pretendieron describir como una estructura expuesta a la demagogia de un líder con rasgos autoritarios, eximiéndose así de analizar los resulta-

dos obtenidos a lo largo de casi diez años. El argumento escogido omittía la importancia de entender al deporte como eje cultural transformador, precisamente, porque se trataba de un hecho novedoso de esta etapa. “Y es por allí donde el deporte todo ha decaído técnicamente: con la muerte del espíritu de emulación y su reemplazo por el espíritu de la tentación. Lo vemos en casa, lo vemos cuando los nuestros salen de casa. Lo vimos en México, donde un equipo argentino perdió el título panamericano más que nada por la irritación nerviosa de sus hombres bajo la preocupación del automóvil previamente y de las mercaderías que se llevaron y no lograrán venderse. ¡Qué terrible realidad!”, se afirmaba desde la revista *El Gráfico* en noviembre de 1955.

El peronismo le dio al deporte un rol significativo, tomado como instrumento para canalizar las vías de democratización. En menos de diez años se logró que cinco millones de compatriotas practicaran deportes, permitiendo así que emergieran expresiones que sintetizaban el ascenso de las masas. En el caso que estamos revisando se trató de una política integral, concatenada con las de otras áreas del bienestar social. La práctica atlética se constituyó en un fenómeno masivo y alcanzable para todos. En especial de los sectores con menores recursos, que pasaron a tener un papel más activo.

El deporte devino expresión de múltiples implicancias; se convirtió en un hecho político, social y cultural. En primer lugar, trascendió exclusivamente su ámbito para convertirse en una manifestación política; en el medio deportivo apareció una vocación militante y de autoorganización en los núcleos institucionales. Existieron espacios de participación, demandando una actitud dirigente. Esto se vio refrendado en el impulso que tomaron las organizaciones libres del pueblo, entendidas como entidades intermedias que condicionaban, sugerían y presionaban al Estado para que respondiera a las demandas de la comunidad. En su especificidad, esta responsabilidad recaía en los clubes de barrio o las sociedades de fomento que surgieron como producto de necesidades de la comunidad. Durante este periodo se produce el nacimiento de innumerables entidades de este tipo. La intervención estatal fue fundamental para estas organizaciones que tomaron el im-

pulso del deporte como una declaración de principios. Los sindicatos tuvieron una participación importante al constituir sus propios clubes deportivos, modalidad que se generalizaría de manera paulatina.

En segundo lugar, el deporte funcionó como elemento socializador para contribuir a la constitución de lazos, generando espacios de encuentro para personas de todas las edades y propiciando su participación en certámenes de diverso tenor (Campeonatos Juveniles e Infantiles Evita, Campeonatos Intercolegiales, Campeonatos de Trabajadores, Campeonatos Universitarios, etc.). Las organizaciones libres del pueblo de las que hemos hecho mención anteriormente fueron parte activa en estos acontecimientos. Con la aparición de los Ateneos Deportivos Femeninos, la mujer encontró un lugar en donde generar nuevos hábitos.

Por otra parte, a partir de estas instancias participativas, se desarrollaron políticas en materia social, lo que daba cuenta de la articulación entre las distintas áreas. El ejemplo más elocuente estuvo dado por el plan de salud preventivo implementado por el ministro de Salud Ramón Carrillo. En el marco de los Campeonatos Evita todos los chicos eran sometidos previamente a un chequeo médico, lo que permitió asegurar a los jóvenes una cobertura sanitaria inalcanzable hasta ese momento.

En tercer lugar, el fenómeno deportivo fue ni más ni menos que un acontecimiento cultural. Por primera vez, el deporte se había transformado en un ámbito accesible para todos. Sus orígenes eran elitistas, una práctica reducida a un pequeño grupo cuya ampliación hacia otros sectores se dio de manera paulatina. Hasta la llegada del peronismo no existieron políticas deportivas destinadas a lograr su masificación. Al democratizar este ámbito se democratizaba la sociedad. Su correlato se encontraba en la conquista de los otros derechos alcanzados durante esta etapa.

Tres esferas trascendentales

El deporte formó parte de un proceso revolucionario, como lo fue el cultural. Hasta ese momento jamás había sido tomado como política de Estado. La práctica deportiva se insertó en el seno del quehacer social, y fue promovida hacia todos los sectores. Su lógico desarrollo tra-

jo como consecuencia expresiones destacadas en la alta competencia.

El peronismo tuvo la particularidad de adoptar al deporte como una herramienta educativa, un instrumento para forjar la personalidad y transmitir valores. Perón siempre consideró al aspecto físico como base fundamental para el desarrollo del ser humano. El hombre debe tener, en este sentido, un equilibrio en cuerpo, mente y alma. Ninguna de las tres condiciones puede estar ausente, ya que son la base de toda sociedad pujante. El pueblo es un individuo amplificado y, por lo tanto, es imprescindible un ciudadano instruido y educado en su inteligencia, su físico y su espíritu. “El hombre, célula admirable de la comunidad organizada, es, en última síntesis, el transmisor natural de sus virtudes, de su sabiduría y de su salud al pueblo y a la nación. Por eso, el camino de la virtud, del saber y de la fortaleza de los pueblos y las naciones comienza –como también termina– en el hombre”, señaló Juan Perón.

Al inicio de la gestión de gobierno se había realizado una encuesta sobre cuidados físicos que había permitido conocer que tan sólo ciento cincuenta mil personas practicaban alguna actividad deportiva. En un país de dieciocho millones de habitantes la cifra resultaba verdaderamente insignificante. En las zonas rurales la situación era aún más alarmante, debido a las malas condiciones de vida y la falta de lugares aptos para desarrollar cualquier tipo de práctica. Para cambiar esta situación era necesario armar una estructura que cubriera todas las necesidades de formación y promoción física y deportiva.

Se estableció para ello un plan dividido en tres áreas, dirigidas a sectores específicos de la población: jóvenes escolarizados, jóvenes no escolarizados y adultos.

El sistema educativo

La incorporación de un enorme número de niños al sistema educativo fue una de las claves para este reordenamiento de prioridades en materia social. Al término del periodo del gobierno peronista cuatro millones de personas realizaban sus estudios en alguna rama (siendo el doble de las que lo hacían en 1945). Se construyeron ocho mil es-

cuelas en el término de nueve años, entre las que se encontraban escuelas-fábricas, escuelas-granjas y jardines de infantes. La obligatoriedad de la enseñanza primaria y la creación de centros universitarios constituyeron las bases de una política destinada a mejorar el ámbito educativo. Ya no sería solo el estudiante con mayores posibilidades adquisitivas el que accedería al sistema formal, sino que también los hijos de obreros tendrían la oportunidad de alcanzar esta condición.

La educación escolar se erigió así en uno de los pilares de la formación física y deportiva de los jóvenes, sector de vital importancia, ya que representaba la quinta parte de la población total. Se trazó un plan destinado para los niños, adolescentes y universitarios, correspondiéndole a cada uno una currícula distinta. A través del Ministerio de Educación se organizó un régimen cuya finalidad era inculcar en niños y jóvenes nociones básicas de los distintos deportes y la gimnasia. De esta manera se apuntaba a formar sujetos equilibrados en todos sus aspectos culturales.

Una de las preocupaciones del general Perón era, precisamente, la manera caduca de practicar la gimnasia. Habiendo sido deportista durante toda su vida, conocía cabalmente las particularidades del tema. Para él era incoherente que los chicos no desarrollaran sus actividades físicas al aire libre. El hecho de que la gimnasia se realizara en el patio, durante las horas de clase, podía ser contraproducente para la salud de los infantes. Durante el ejercicio del gobierno justicialista muchos establecimientos educativos utilizaron los campos deportivos de los clubes. Las mencionadas organizaciones libres del pueblo fueron la base de apoyo de este proceso de cambio, que llegó a beneficiar a miles de estudiantes a lo largo y ancho del país.

Durante este periodo se estableció la obligatoriedad de la materia de educación física en los niveles primario y secundario, así como la creación del método de una gimnasia educativa femenina. En 1949 el Consejo Nacional de Educación Física había pasado a depender de la cartera educativa, decisión fundamental, ya que hasta ese momento se había encontrado en la órbita del Ministerio de Guerra. De manera paulatina se fueron creando normativas en ese mismo sentido.

“El coronamiento de todo el proceso precedentemente enumerado lo constituye a nuestro juicio, el Decreto Nacional 18.678 del 2 de noviembre de 1954, por el cual asigna al Ministerio de Educación de la Nación la responsabilidad principal y función ejecutiva en la dirección integral de la Educación Física”, sostiene el escritor Víctor Lupo. Estas medidas reflejaron, sin dudas, que se comenzaba a considerar este aspecto como parte fundamental en la educación de todo ser humano.

Participación social: Campeonatos Evita

La segunda área contemplada por el plan del gobierno peronista comprendía a la juventud no escolarizada. En aquel momento, sólo el nivel primario era de carácter obligatorio, por lo que innumerables adolescentes quedaban al margen de la práctica física. Al no estar bajo la égida del Ministerio de Educación, era necesaria una organización capaz de convocar a miles de jóvenes y llevar adelante tamaña tarea. Debía contar con una estructura suficiente como para realizar certámenes deportivos con un alto grado de organización. “Esa juventud que está dispersa en todo el territorio de la República es mucho más numerosa de lo que nosotros podemos imaginar. Allí es donde actúa la Fundación Eva Perón. Ella, en este plan, recibe la misión de desarrollar el deporte en esa juventud, que no está orientada ni dirigida por el Ministerio de Educación, ni controlada ni dirigida por la Confederación Argentina de Deportes”, destaca Juan Perón.

Una de las obras de mayor significación del gobierno peronista es, sin duda alguna, la Fundación María Eva Duarte de Perón. Se creó con un objetivo totalmente distinto al de la Sociedad de Beneficencia, entidad oligárquica que fue disuelta el 6 de septiembre de 1946. La flamante institución apoyaba a quienes necesitaban ayuda, ya fuera entregando subsidios o realizando innumerable cantidad de obras de infraestructura, como escuelas, hospitales, hogares de ancianos, hogares de tránsito, proveedurías, etc. Intermedió en la generación de empleo e insertó a familias enteras en sus provincias de origen con trabajo y vivienda. Esta institución, fundada el 19 de junio de 1948,

produjo una política de desarrollo sin precedentes en nuestro país. Eva Perón impulsó desde su lugar medidas que procuraron la mejora de las condiciones de vida de las franjas sociales más vulnerables.

La obra de la Fundación fue fruto del esfuerzo de la clase trabajadora. La mayoría de los fondos provenía de la donación de dos sueldos anuales, el 1º de mayo y el 17 de octubre. Otros aportes provenían de parte del empresariado nacional.

Desde 1948 los Campeonatos Infantiles y Juveniles María Eva Duarte de Perón (así se denominaron en su inicio) se erigieron en pieza fundamental para la adquisición de los derechos básicos de las mayorías. Estos certámenes formaban parte de una política de Estado destinada a constituir el tejido social. Aquí el deporte era un eslabón más de un proyecto global cuyo objetivo primordial era implementar la justicia social. La niñez representaba una de las mayores preocupaciones del Estado, respondiendo de esa manera a un principio incorporado por el peronismo: “Los únicos privilegiados son los niños”. El mismo general Perón instó a los chicos a formar clubes, comprometiéndolos en una actitud dirigente, organizando e impulsando estos espacios. Los incentivaba a que eligieran un terreno y se lo apropiaran para constituir su propio lugar para el esparcimiento. No nos parece desacertado señalar que se buscaba un compromiso por parte de los jóvenes para ir formándolos como sujetos sociales. En Capital y el Gran Buenos Aires cincuenta mil chicos armaron sus clubes, y recibieron la ayuda del Estado para levantar sus instalaciones. La Fundación colaboró activamente en esta y otras iniciativas. Por ejemplo, cuando en 1952 María Beatriz Terán de Weiss fue designada jefa de los Campos Deportivos Municipales, la deportista intentó crear una escuela de tenis para los chicos que no estaban en condiciones económicas de acceder a las existentes, y fue la Fundación la que proveyó de raquetas e indumentaria para que pudieran realizar la práctica.

Al margen de estas circunstancias, sin duda alguna, los Campeonatos Infantiles y Juveniles Evita son un hito importante en la historia del deporte argentino.

El primer certamen fue inaugurado el 10 de octubre de 1948 con la presencia de más de veintiún mil participantes del área metropoli-

tana. Dicha edición fue exclusivamente un certamen futbolístico. La fecha de inicio debió posponerse varias veces debido a la gran cantidad de inscriptos. Durante semanas las comisarias de barrio se vieron concurridas por decenas de infantes que iban a anotarse. La expectativa alcanzó límites impensados, nunca antes se había generado un entusiasmo de similares características. “Al grito de ‘¡queremos el equipo!, ¡queremos el equipo!’ llegaron esta tarde hasta las puertas de la Casa de Gobierno más de cien niños, de todas las edades, modestamente vestidos. [...]”

Atendidos allí, y satisfechos sus deseos se vio salir a los mismos acariciando unas pelotas de fútbol, otros las camisetas de sus equipos favoritos y entre ellos algunas niñas besaban sus muñecas que también les fueron obsequiadas”, expresaba el diario *El Laborista*.

Con el tiempo, estos campeonatos se extendieron a todo el país, e incorporaron diversas disciplinas. Para 1955 los chicos participaban en once actividades: ajedrez, atletismo, básquet, esgrima, fútbol, gimnasia, natación, pelota a paleta, saltos ornamentales, tiro deportivo y waterpolo. Por medio de la Fundación les fueron entregados a los chicos de todo el país equipos completos: indumentaria, pelotas y todos los elementos necesarios de acuerdo con la disciplina que practicarán. Fue así como se crearon (también con el apoyo de la institución) clubes deportivos que tenían la finalidad de participar de estos campeonatos. La organización dividía a estos certámenes en siete regiones: Capital Federal y el Gran Buenos Aires; centro del país; Cuyo; Noroeste; Nordeste; Centro-Sur y Sur. Los ganadores de cada zona competían con los de otras regiones hasta llegar a las finales; siempre en Buenos Aires. Estas instancias, que tenían lugar en escenarios de nivel y con gran cantidad de público, revelan la trascendencia que se le daba a la participación de miles de chicos que desarrollaban sus actividades atléticas. Las finales se organizaban con una enorme repercusión. Los participantes de todas las provincias desfilaban ante el público que colmaba el estadio para presenciar la fiesta deportiva, la

cual se extendía por casi dos meses. Los ganadores de cada zona debían participar de un minitorneo entre ellos. A esta instancia definitiva asistían con frecuencia los propios Perón y Evita. En la inauguración de esta etapa se entonaban el Himno Nacional argentino, la Marcha Peronista y la de los Campeonatos.

A través de esta competencia se diseñó en el área de salud lo que se suele llamar medicina preventiva. Ramón Carrillo fue el más renombrado de los médicos sanitaristas que tuvo nuestro país. Desde la dirección de la Secretaría de Salud realizó una tarea encomiable, dando solución a sectores que hasta ese momento no tenían ningún tipo de cobertura médica. Durante el gobierno peronista se crearon hospitales, sanatorios y centros asistenciales. Se ideó un plan de salud para dar cobertura a la totalidad de los argentinos.

En el caso de los Campeonatos, la conjunción de los ámbitos de la salud y el deporte se evidencia de manera palmaria, pues no se trataba únicamente de brindarles a los infantes la posibilidad de que practicasen una actividad deportiva, sino, sobre todo, de otorgarles un papel protagónico en el centro de la escena social. Ser protagonistas de un nuevo país significaba acceder a mejores condiciones económicas, políticas, culturales, sociales, sanitarias. Por eso es que no debe sorprendernos la implementación de la medicina preventiva. Carrillo pensaba que el objetivo del deporte no era formar campeones, sino mejorar la salud de los individuos. Antes de comenzar la disputa de los Campeonatos a los chicos se los hacía pasar por una revisión médica con la finalidad de detectar enfermedades cardíacas, endémicas respiratorias, etc. Cada participante contaba con una libreta en la que constaba el cumplimiento en las condiciones de salud necesarias para poder incursionar en la actividad atlética.

Los Campeonatos Infantiles y Juveniles Evita se convirtieron en un hito cultural para los pueblos de Latinoamérica. Su trascendencia ha atravesado circunstancias políticas y sociales, constituyendo un legado insustituible para millones de argentinos.

La Confederación Argentina de Deportes

La puesta en marcha de la tercera área contemplada por el plan le correspondió a una organización libre del pueblo, la Confederación Argentina de Deportes - Comité Olímpico Argentino (CAD-COA). Esta institución debió encargarse de la franja correspondiente a la población de adultos, segmento que presentaba mayores dificultades para desarrollar la práctica deportiva. Le correspondió, entre otras funciones, facilitar la participación de deportistas en el circuito federado. “Con respecto a los adultos, ellos pertenecen a la Confederación Argentina de Deportes, con toda su organización de federaciones, clubes, etc. Allí están los deportistas atendidos y controlados a través de su organización propia”, afirmó el presidente Perón.

Hasta el surgimiento del peronismo, que tomó medidas para subsanar esta falencia, los hombres y mujeres que en todo el territorio del país participaban de la actividad atlética –muchos de ellos incluso en competencias nacionales e internacionales– no contaron con el respaldo estatal necesario. El trabajo realizado por las organizaciones libres del pueblo fue tomando cuerpo en el curso mismo del proceso. La participación conjunta de instituciones y el Estado constituye uno de los principales rasgos en esta etapa. La CAD tuvo un protagonismo destacado en el aspecto organizativo e instrumentó medidas para fomentar el deporte en todos sus aspectos y niveles. A lo largo del periodo al que estamos haciendo referencia varió en sus funciones, aunque, su injerencia nunca dejó de ser decisiva.

En 1947 la CAD integró el Consejo Nacional de Educación Física, teniendo como tarea primordial la coordinación de todo lo atinente a la educación física oficial y privada: la gimnasia, los deportes, los juegos y la recreación, las colonias y los campamentos, el tiro deportivo y la medicina aplicada al campo. Como parte de sus funciones en la Comisión Nacional Honoraria de Fomento al Deporte, también asesoró al Ejecutivo para otorgar préstamos a entidades deportivas para la construcción de estadios, campos de juego e instalaciones. En el marco de este programa se construyó, en un predio de bosques y lagos, el Centro Recreativo Nacional de Ezeiza, un complejo de confiterías, piletas, juegos de recreación, etc., con acceso libre y gratuito, pensa-

do para que miles de familias asistieran los fines de semana.

Bajo la presidencia de Rodolfo Valenzuela en la Confederación (1948-1955), la conducción del deporte experimentó los mejores años de su historia. Este ex esgrimista olímpico, presidente de la Corte Suprema de la Nación, interpretó como nadie la importancia de la actividad. Es por eso que encaró desde lo organizativo una inmensa tarea en los distintos ámbitos del quehacer deportivo. “Durante su mandato y hasta la intervención institucional en 1956, la Confederación Argentina (CAD) tuvo un protagonismo jamás igualado hasta entonces y nunca vuelto a conseguir, para desgracia del deporte argentino”, sostiene Víctor Lupo.

En esta etapa las distintas federaciones recibieron apoyo económico y operativo para organizar sus respectivas actividades. Esto no sólo permitió fomentar el deporte en distintas provincias, también facilitó la selección de los mejores exponentes para participar en torneos nacionales e internacionales. En 1952 se decidió que el titular de la Confederación sea designado por el Ejecutivo Nacional mientras que la Comisión Directiva era elegida mediante el voto democrático de todas las federaciones nacionales. Rodolfo Valenzuela continuó siendo el titular del organismo, siendo reconocido por el trabajo realizado desde su asunción. En 1954 se firmó el decreto nacional 18.678, en donde se determinó que el Ministerio de Educación asumiera la responsabilidad para dirigir integralmente la educación física mientras que la CAD se encargaría de la dirección de los deportes.

La labor realizada por la CAD era complementada por otras organizaciones que fomentaban la actividad deportiva. En esta misma línea podemos mencionar a la Confederación General del Trabajo (CGT), que impulsó los campeonatos de trabajadores, o a la Federación de Clubes Sociales y Deportivos Amateur (FECSYDA). Todas contribuyeron a democratizar la cultura mediante el incentivo de la práctica física y deportiva de millones de argentinos.

Un paso hacia adelante

El papel de la mujer en nuestra sociedad ha sido esencial en la con-

quista de derechos sociales. Su emancipación fue un proceso de largas luchas, ganando terreno de manera paulatina en cada etapa de la historia argentina. El lugar frecuentemente asignado había sido el hogar y los quehaceres domésticos. Durante décadas se reclamó por nuevos espacios que le otorgaran plena identidad en el seno de la sociedad. Sin embargo, estas reivindicaciones se postergaron reiteradamente ante la indiferencia de quienes tenían la responsabilidad de facilitarlas.

El rol femenino representó para el peronismo un componente de importancia, marcando el carácter del proceso social y político. El 9 de septiembre de 1947 el Congreso sancionó la ley que le otorgaba a la mujer el derecho a voto, conquista en sintonía con la idea de integrar a todos los sectores. La elite, por su parte, intentaba obstaculizar los avances que se venían dando en este sentido. En paralelo a la creación de la rama femenina del Partido Peronista aparecieron voces como la de Victoria Ocampo, antaño impulsora del voto de la mujer, rechazando este derecho. La escritora se olvidará repentinamente de su encendida defensa a favor del sufragio femenino para decir desde la revista *Sur* que la ley no era otra cosa que una “maniobra política”.

Esta posibilidad de colocar al género femenino en un nuevo escenario no se limitaba al derecho a sufragar. Existían otras señales que indicaban la seriedad de los pasos hacia una participación igualitaria. “En lo que se refiere a las mujeres, por ejemplo, suele consignarse simplemente el voto como su gran avance cuando este no es más que una de las expresiones de su ascenso en la sociedad. Su destino, en los años treinta, no ofrecía demasiadas opciones: el sometimiento a los padres en la vida doméstica, como personaje secundario de la familia, hasta el casamiento, que la conducía al sometimiento al marido, o, en cambio, la rebelión que la llevaba ‘hacia las luces malas del centro’. Al no hallarse incorporada normalmente al aparato productivo, resulta una carga en las familias modestas (‘Me salió chancleta’, dirá desesperado el padre a la comadrona cuando esta le anuncia que la criatura es de sexo femenino)”, afirma Norberto Galasso ante el nuevo panorama, la mujer argentina comienza a formar parte activa de la sociedad, participación hasta ese momento reservada

a los hombres. “Y de repente el nuevo país las introduce raudamente en las fábricas, y de allí al sindicato y a las asambleas, a aprender sus derechos y gastar su propio ingreso, o a la Facultad para convertirse en odontólogas, médicas, arquitectas, contadoras, a decidir por sí y a ver en el posible novio, un compañero para andar por la vida y no un protector que le dará techo y comida a cambio de sexo y sometimiento. Entonces todo se modifica porque la mujer que tiene su propio ingreso también crece en dignidad y no admite ser golpeada ni maltratada porque puede separarse y sobrevivir con su propio esfuerzo, sin necesidad de prostituirse”, dice Galasso.

En el deporte se daba una situación desproporcionada en cuanto a la práctica de la actividad con respecto a los varones. Era necesario replantear una estructura en el cual la mujer tuviera una decidida participación. En este sentido, fue destacable la misión encomendada desde los Ateneos Deportivos Femeninos Eva Perón.

Estos centros cumplían la misión de instar a las mujeres de todo el país a la participación en las actividades físicas y deportivas. Desarrolló un trabajo interesante instalándose en las ciudades más populosas del territorio nacional, con la función de fomentar y organizar eventos para que todas las aficionadas tuvieran oportunidad de participar. Para darles mayor impulso, distintas deportistas de renombre realizaron exhibiciones, charlas y conferencias en las distintas sedes. Fue así como participaron de dichas iniciativas deportistas como Teresa Carabajal (atleta), Julia Bonafina de Pomato (esgrimista) y Elsa Lidia Irigoyen (esgrimista), por ejemplo. Precisamente esta última fue la presidenta del Ateneo Deportivo Femenino, donde desarrolló una intensa labor a nivel directivo. Durante su participación en las Olimpiadas de Helsinki (1952) Irigoyen se deslumbró por el lugar que ocupaba la mujer finlandesa en la vida social del país: “Está en igualdad de condiciones con el hombre en el trabajo y en los honores”, solía decir con respecto a su experiencia en aquel país.

Una de las principales preocupaciones de Irigoyen era atender el impulso de la actividad deportiva en el interior del país, que consideraba en desventaja con respecto a Buenos Aires. “La impresión que te-

nemos”, dijo la esgrimista, “es que el deporte en el interior está desamparado”. El objetivo de estos ateneos era fundar sedes en todas las provincias. Para 1953 existían filiales en todos los distritos provinciales. A cargo de cada una de ellas había una delegada que encabezaba la labor organizativa. Advértase una vez más el involucramiento político de los deportistas, en sintonía con las ideas principales del general Perón. Era significativa la variedad de deportes que se practicaban: básquet, tenis, atletismo, esgrima, bochas, pelota al cesto, entre otras. En algunas filiales también se dictaban clases de danzas folklóricas. La incorporación de dichas disciplinas respondía al entusiasmo que generaba en las aficionadas que estaban afiliadas o que participaban en los ateneos. Inmediatamente se creaban subcomisiones que estaban orientadas a su implementación; para ello se convocó (al igual que en otros emprendimientos del mismo ámbito) a los mejores especialistas en la materia. En 1953 se creó la Subcomisión de Ajedrez, para la que fueron convocadas las reconocidas ajedrecistas Angélica Berde de Montero, Zulema Coman y Margarita López Mansilla.

En los Campeonatos Evita este intento de cambio se tradujo en la participación de las jóvenes a partir de la temporada 1953/54, lo que habla a las claras de una intención de abordar la igualdad de géneros en sus distintas manifestaciones. Ese año el número de chicos que participaron superó los doscientos mil, siendo una de las temporadas de mayor convocatoria. En 1955 participaron por primera vez las niñas del interior del país. No está de más recordar que el pensamiento de la Fundación Eva Perón —organizadora de estos certámenes— no se identificaba con la beneficencia, sino con el apoyo para que el sujeto pudiera incorporarse y desarrollarse en la sociedad.

A pesar de estos intentos, la participación femenina en el deporte aún no se había ampliado lo suficiente. Ni siquiera en el periodo al cual estamos haciendo referencia se pudo revertir la situación. Basta pensar que para los Juegos Olímpicos de Londres, de los ciento noventa y nueve deportistas argentinos que participaron, solo once eran mujeres. La salvedad a mencionar es que las delegaciones que asistieron a los Juegos durante el peronismo, tanto en Londres (1948) como en



Helsinski (1952), fueron las de mayor cantidad de elementos femeninos. Hasta la década de los ochenta tal tendencia no sería revertida.

UES: la politización de la juventud

Transcurrido el primer periodo del gobierno peronista y puesto en práctica el Segundo Plan Quinquenal, las clases trabajadoras eran parte de un profundo proceso de cambio. La oposición de ciertos sectores era feroz y las conspiraciones cívico-militares no eran pocas. La confrontación incluía lo simbólico con la presencia de instituciones como, por ejemplo, el Jockey Club o el diario *La Nación*, representantes de lo más significativo de la clase oligárquica.

El pánico cundió entre los dueños de la estructura cultural ante las manifestaciones sociales que cuestionaban sus propósitos y aspiraciones. Quienes sostenían el rancio discurso de “cuidar a las instituciones” advirtieron que la batalla ideológica se libraba tanto en las calles como en los escritorios. Pronto se dieron cuenta de que la alternativa entre “democracia” y “tiranía” era crucial. Cuando la suerte se volcó a favor de estos opositores, se instaló la idea de que el peronismo representaba la tiranía. Esta representación será el principal

argumento del antiperonismo, sin distingo de colores. Luego de 1955 el gobierno justicialista es un régimen totalitario y enemigo de la libertad. Siempre con un sesgo elitista, la oposición subestimó la conciencia política del nuevo movimiento nacido principalmente de las corrientes migratorias internas. Las circunstancias llevaban esta pugna a todos los terrenos. La formación de los jóvenes era el campo de una disputa librada en el hacer y en el pensar.

La creación de la Unión de Estudiantes Secundarios plasmó el pulso del debate político. Los opositores al peronismo la consideraron una licencia inconcebible del gobierno nacional. La formación de esta agrupación juvenil constituyó una preocupación para los sectores más recalcitrantes de la oligarquía. La UES “fue una política personalista y no de partido, y la adhesión de los jóvenes estudiantes se intentó con los mismos procedimientos que se aplicaban para la conquista de la masa. Se buscó cautivarlos emocionalmente con la mística del redentor y en ningún momento se trató de lograr un reconocimiento y aceptación racionales de principios y programas”, se afirma en el *Libro negro de la segunda tiranía*. Con argumentos como éste se calificaba a la UES como un órgano adicto a Perón, carente de juicio. Se criticaba al peronismo por apelar a la exaltación y anular el pensamiento crítico, lo que según sus opositores lo asemejaba al nazismo. Este relato se repitió en todas las áreas, desde la política hasta la educación y la cultura. La identidad y la razón de ser del movimiento hacían pie en la propaganda y las dádivas otorgadas por “el demagogo”. En el caso de los estudiantes de esta agrupación, se los acusó de dejarse llevar por las ventajas que les eran otorgadas. El antiperonismo sindicó a la UES como una organización fanática y desahorada que pervertía moralmente a la juventud. “Se instauró de esta manera una filosofía hedonista y sensual y se corrompió y extravió a los jóvenes con ingentes regalías. Muchos de ellos sólo concurrían con el interesado fin de obtener alguna ventaja de esa inagotable cornucopia; otros se dedicaron afanosamente a las actividades deportivas preferidas por el ex mandatario para obtener los valiosos premios que sólo allí podían lograrse”, agrega el mismo libro. En la misma sin-

tonía se encontrarán periodistas deportivos que cuyas plumas rezumarán todo el odio hacia el peronismo y su simbología.

En 1953 se creó dicha organización estudiantil a instancias del gobierno nacional; su principal impulsor fue el ministro de Educación Armando Méndez San Martín. En consonancia con el planteo general del ideario justicialista, la formación de la Unión de Estudiantes Secundarios tuvo que ver con los múltiples objetivos que se desprendían de la práctica deportiva. Desde el punto de vista individual, apuntaba a contribuir —como el mismo general Perón decía— a la formación física, moral e intelectual de la persona. A esto no podemos dejar de vincularlo con lo que venimos afirmando desde el inicio: la búsqueda por propiciar la inclusión, no sólo social, sino también política. Una interpretación no errónea de parte de la historiografía sostiene que se tenía como propósito general la organización de las futuras generaciones. Resulta pertinente dicha afirmación, ya que se trata de cristalizar en este estrato una empatía con otras organizaciones que formaban parte del movimiento. En el caso de la UES, se intentaba que los jóvenes se comprometieran políticamente con la organización de su comunidad. Lejos de apuntar a ser una realización netamente deportiva, la UES se dio a la labor de consolidar una formación integral; por ello se dictaban cátedras de literatura, historia y política, ciencia y filosofía, música y arte, entre otras actividades. Los jóvenes se constituían orgánicamente a través de la conformación de una comisión directiva, con delegados por disciplina. La participación en cada una de estas respondía al interés que demandaba.

La UES se dividió en dos ramas, femenina y masculina. Contaba con campos deportivos de grandes dimensiones y plenas de comodidades. Los varones tenían su predio en unos terrenos cercanos al Río de la Plata que antiguamente habían pertenecido a distintos clubes, el Ministerio de Educación se hizo de dichas posesiones. En ese lugar se constituyó el predio para la UES, que actualmente pertenece al Centro Nacional de Alto Rendimiento Deportivo (CeNARD). Para la práctica de distintos deportes se hicieron once canchas de fútbol, así como piletas de natación, un velódromo, un autódromo y un auditorio

de excelente acústica, entre sus edificaciones más importantes. Por su parte, la rama femenina funcionaba en la Quinta Presidencial de Olivos, ubicada en la calle Suipacha 1034 de esa localidad. El 28 de septiembre de 1953 el general Perón hizo el acto de traspaso del complejo de cuarenta y seis hectáreas, incluida una edificación compuesta por comedores, dormitorios, salas de estar, cocinas, aulas para estudiar y librería, además de un campo deportivo para realizar distintos deportes. El incremento de las especialidades se produjo de manera paulatina. En el caso de las mujeres, el deporte que se destacó fue la esgrima. La convocatoria fue tan grande que el director Amílcar Casanovas tuvo que realizar clases colectivas. Asimismo, se construyeron nuevas pedanas para satisfacer la demanda. Por dos años consecutivos lograron consagrarse campeonas por equipos en certámenes organizados por la Federación Argentina de Esgrima.

La Unión de Estudiantes Secundarios supo tener como profesores a profesionales de importante trayectoria en distintas disciplinas. Por expreso pedido de Perón fueron convocados los más renombrados del país. En básquet, por ejemplo, fueron llamados los dos mejores entrenadores de ese momento, Héctor Etchar y Jorge Hugo Canavesi. Se les otorgaron todas las libertades para desarrollar su trabajo, incluidas las licencias en sus otras actividades a fin de que pudieran dedicarse de lleno a la preparación de los jóvenes. Por lo general, esta consistía en trabajo físico por la mañana y la práctica de algún deporte por la tarde. Las disciplinas eran variadas, por lo que podemos advertir una vez más la intención diversificar la actividad atlética.

En la UES los estudiantes podían participar de actividades deportivas. En un primer momento se trató de competencias organizadas en el seno de esta institución, pero luego se pasó a competir en certámenes fuera del circuito estudiantil. También contaba con actividades recreativas, como las jornadas folclóricas, a las que el mismo Perón solía asistir. Más allá de su valor cultural, no se puede dejar de destacar a la UES como una creación destinada a la formación de jóvenes, entendida ésta como organizadora del plano cultural.

Este espacio conformado por adolescentes recibió la objeción de

instituciones sociales de peso. La Iglesia Católica fue, sin duda alguna, la más importante; luego de la reelección de Juan Perón (1952), comenzó a tomar distancia del gobierno, adoptando actitudes deliberadamente conspirativas. Los sermones religiosos se convirtieron en manifiestos políticos, éticos y morales. Uno de los principales focos de conflicto lo constituyó justamente la formación de la UES, ya que la organización logró disputarle jóvenes a la Acción Católica. Desde distintas instancias vinculadas con la Iglesia se intentó corroer la fuerza y la confianza que se comenzaba a depositar en la agrupación juvenil. Tanto desde sus publicaciones como desde el púlpito, la Iglesia atacó duramente al gobierno y a la organización, instando a los padres a que ‘no enviaran a sus hijas’ a ella, ya que corrían el riesgo de que les inculcaran hábitos de dudosa moral, advertencia que dejaba a la libre imaginación todo tipo de perversiones. Al general Perón se lo vinculó en supuestas relaciones amorosas con adolescentes. En especial, se lo relacionó con una joven llamada Nelly Rivas. Jamás hubo una prueba concreta de lo sucedido.

Lo que sí resulta evidente es el resentimiento de aquella parte de la sociedad que se sentía víctima de las vicisitudes que acarrearba la formación de un nuevo modelo de país. La UES era una de las iniciativas llevadas a cabo por el proceso cultural que más irritaban al antiperonismo. De hecho, le sobraban razones para esto. En diciembre de 1953 el gobierno peronista dispuso la transferencia de todos los bienes del disuelto Jockey Club de Capital Federal a la UES, la Fundación Eva Perón y la Confederación Argentina de Deportes.

Tras el golpe militar de septiembre de 1955 la oposición cívica y militar emprendió una brutal ofensiva contra las instituciones más significativas del peronismo. En el caso de la UES son conocidas las investigaciones impulsadas por las nuevas autoridades para sancionar y castigar a los que, a su parecer, “incurrieron en falta grave”. Uno de los tantos castigos recayó sobre los jóvenes deportistas, menester para el que incluso se creó una comisión especial.

CAPITULO V

Generación dorada del deporte

“El atletismo argentino era hasta ese momento un deporte relegado; el general Perón dispuso que fueran a Londres todos los deportistas que pudieran hacer marcas mínimas. Entre estos deportistas me encontraba yo. Uno de los opositores que siempre tiene nuestro deporte y que no están armados de nuestra filosofía política, apostó una cena a que ninguno de los tres maratonistas merecían haber llegado a Inglaterra; sin embargo, ocuparon el primero, quinto y noveno lugar, escribiendo una de las páginas más brillantes del deporte argentino. Y esto se le debe exclusivamente a Perón”

Delfo Cabrera

El peronismo considera al deporte como un derecho constitutivo del sujeto. Su concepción, sustentada en la ampliación de la práctica física y recreativa, propone un modelo piramidal en donde la base de practicantes es amplia. En los niveles medio y superior se encuentran los deportistas con mayor grado de preparación, quienes participan en la alta competencia.

Este paradigma tiene como objetivo principal la democratización cultural pues es, ante todo, uno de los pilares de la Justicia Social. Tal como dice Lito Herrera, la cultura peronista del deporte cumple un rol creativo y transformador de la realidad.

La cultura podio, en cambio, desconoce estos patrones y lo enajena bajo una mirada resultadista. Considera que lo importante son los logros deportivos más allá de cualquier circunstancia. El atleta es tomado como mercancía y entregado al circuito comercial. Niega al individuo como sujeto de derecho y lo transforma en autómatas, funcional a intereses estratégicos. El hombre no es un ser creador sino la máquina que la lógica liberal necesita para montar su estructura.

Este ideario rechaza la intervención del Estado ya que lo considera una injerencia intolerable. Supone que el individuo puede acce-

der al hábito deportivo libremente, sin importar el contexto que lo ro-



dea. Por condiciones naturales se llega a la alta competencia, valor excluyente de este ideario. El medallero es una finalidad en si misma, sin importar los beneficios y valores de la actividad física. Cuestión que para el peronismo es a la inversa; sin renunciar a la aparición de talentos y obtención de logros lo trascendente radica en la inserción del hábito deportivo como patrón cultural e identitario.

El peronismo generó las condiciones necesarias para conformar una generación dorada de deportistas.

La ampliación de la práctica del deporte permitió que el Estado pudiera promocionar a atletas en ascenso. Esto se vio reflejado en los resultados obtenidos en eventos internacionales de importancia. Si bien hubo muchos triunfos podemos destacar las performances de las delegaciones olímpicas nacionales, el Campeonato Mundial de Básquet (1950) y la participación en los Primeros Juegos Deportivos Pan-americanos (1951). Tanto en estas como en otras competencias que-

dó en evidencia el enorme potencial con que se contaba.

Juegos Olímpicos de Londres

Luego de la culminación de la Segunda Guerra Europa se encontraba devastada. Lo que parecía que iba a durar un par de meses se prolongó durante años. Las economías, sumamente deterioradas, impidieron resolver problemáticas sociales de gravedad. Aunque ganadores en lo nominal las potencias europeas se encontraron bajo la égida del dominio estadounidense.

El imperialismo yanqui sacó provecho de esta situación siendo el único ganador en la práctica. A partir de ese momento se instaló la bipolaridad capitalismo/comunismo, instrumento que utilizaría EE.UU. para aplicar una política de disciplinamiento a los países del continente americano.

En estas circunstancias se encontraba el mundo cuando Londres debió asumir la responsabilidad de organizar un evento olímpico para 1948. Por eso es que utilizaron los recursos económicos mínimos para acondicionar estadios y lugares de alojamiento. Esta edición se caracterizó por ser uno de los más austeros de la historia.

Para la comunidad deportiva argentina era una buena oportunidad para demostrar su rendimiento. El Estado Nacional respaldó de manera decisiva la participación de la delegación argentina. La preparación previa para el certamen se realizó con antelación, viajando en barco tres meses antes de la competencia. Formó parte del contingente un equipo de médicos, kinesiólogos, masajistas y auxiliares, además de cocineros y personal de apoyo. Los resultados logrados demostraron de manera explícita el buen trabajo realizado.

El boxeo tuvo una actuación auspiciosa al conquistar tres de las siete medallas logradas por el contingente argentino. En peso mosca, Pascual Pérez ganó la medalla de oro, demostrando que su carrera ascendente aún no reconocía límites. En la final superó al italiano Spartaco Baldinelli, el gran favorito. Ese mismo día otro púgil argentino, Rafael Iglesias, logró una nueva medalla dorada. En la final venció por nocaut al sueco Gunnar Nilsson en el segundo asalto. Mauro

Cia, en peso medio pesado, fue ganador del bronce al ganarle al australiano Adrian Holmes.

Pero el gran triunfo del deporte nacional en estos Juegos fue la medalla lograda por Delfo Cabrera en maratón. Para el atletismo nacional el oro fue el premio al esfuerzo de todo el equipo. Para el pueblo argentino fue Delfo Cabrera, afiliado al Partido Justicialista y encarnación del proceso histórico, el ganador aquel 7 de agosto de 1948.

Había venido desde Amstrong (provincia de Santa Fe) a Buenos Aires con intenciones de desarrollar su preparación deportiva. A partir de entonces comenzó a obtener los resultados previstos, ganando inmediatamente campeonatos nacionales en diferentes distancias. Sus condiciones físicas y la lógica perspicacia que debe tener todo maratonista fueron confirmadas en Londres. Pudo superar en los últimos metros al belga Étienne Gailly, el gran protagonista durante toda la competencia.

Inspirado en la epopeya de Juan Carlos Zabala, en 1932, el deporte argentino logró nuevamente el oro en esa especialidad. Esta vez, con una brillante performance de otros compatriotas. Eusebio Guiñez y Armando Sensini finalizaron en quinto y noveno lugar respectivamente, siendo un hecho único e irreplicable para el maratonismo nacional.

Por su parte, Noemí Simonetto obtuvo la plata en salto en largo, siendo la primera deportista sudamericana en lograr una medalla. Estuvo muy cerca de alcanzar el máximo galardón de no ser por la húngara Olga Gyarmati, que la superó en el último salto. En Tiro Carlos Enrique Díaz Sáenz Valiente consiguió la segunda posición en la prueba de 25 metros con pistola rápida. El yachting argentino fue escolta y duro rival de EE. UU., a la postre ganador del oro olímpico.

En las posiciones generales la delegación nacional obtuvo el décimo cuarto lugar. A su vez, se obtuvieron catorce diplomas en distintas disciplinas, como son los casos del boxeo, el atletismo, la natación y la esgrima, entre otros.

Cabría preguntarse qué hubiera sido del rendimiento del equipo nacional si hubiera primado el ideario liberal de dejar al deporte a la suerte del solitario esfuerzo del "individuo". Hasta la aparición del pe-

ronismo este ámbito no se había tomado como parte de una política de Estado. Se adujo como crítica que el Ejecutivo actuaba con demagogia para conseguir el apoyo de los deportistas. Contrariamente a esta argumentación el deporte era una herramienta educativa para la formación integral del sujeto, además de ser la palanca para potenciar a los nuevos atletas.

La primera generación dorada del básquet

El básquet experimentó por aquella época un notable progreso. Desde los Juegos Olímpicos de Londres las actuaciones de los seleccionados nacionales venían demostrando una notable mejoría. Mucho tuvo que ver en este sentido la organización efectuada, permitiendo ordenar pautas de trabajo. La realización del Campeonato Mundial de Básquet de 1950 fue un acontecimiento esperado por todos, en especial para el baloncesto argentino. La misma fue decidida en un Congreso de la Federación Internacional de Baloncesto (FIBA), celebrado en 1948. Su inspirador fue el Secretario General del organismo, William Jones, que viendo el interés que despertaba este deporte tuvo la idea de organizar el evento. Fue decisiva su participación en la designación de Argentina como sede.

El Luna Park fue el único escenario en donde se disputaron los encuentros. El campeonato fue bautizado “ *Campeonato Mundial de Basketball Libertador General San Martín*, conmemorando el centenario de la muerte del prócer. El certamen tuvo lugar del 22 de octubre al 3 de noviembre de 1950. Los seleccionados participantes fueron: EE. UU., Francia, Brasil, Egipto, España, Yugoslavia, Chile, Perú y Ecuador, invitado por el comité organizador.

Argentina contaba con sobradas chances para conseguir el triunfo. Sin embargo, EE. UU. era otro de los grandes candidatos a ganar el mundial, el conjunto base estaba formado por el Denver Chevrolet, subcampeón de la Liga Industrial del país norteamericano.

Con la designación del entrenador de Gimnasia de Villa del Parque, Jorge Hugo Canavessi, se inició una nueva etapa en la Selección. Al técnico lo acompañaron Casimiro González Trilla y el preparador fí-

sico, Jorge Boreau. Para conformar el plantel se recorrió el país buscando a los mejores elementos. El básquet comenzaba a tener mayor difusión en todas las provincias; en aquel año había un millón de jugadores fichados en todo el territorio nacional.

Se nombraron inicialmente cincuenta jugadores; posteriormente el número se redujo a veinte, hasta llegar finalmente a dieciséis. Los elegidos de manera definitiva fueron: Pedro Andrés Bustos, Hugo Oscar del Vecchio, Leopoldo Contarbio, Raúl Pérez Varela, Vito Liva, Oscar Alberto Furlong, Roberto Luis Viau, Rubén Francisco Menini, Ricardo González, Juan Carlos Uder, Omar Ubaldo Monza, Alberto López, Alberto Lozano, Ignacio Poletti, José Ventura y Jorge Nuré. El equipo argentino lo completaron dos médicos, un ortopedista, un laboratorista, cuatro kinesiólogos y un odontólogo.

El plantel entrenó seis horas por día con el objetivo de campeonar. Para un mejor adiestramiento se buscó liberar a los deportistas de sus actividades laborales. El 7 de septiembre de 1950 se firmó el Decreto 18.773 por el cual se les daba licencia a quienes trabajaban en la administración pública. Esta medida puede ser considerada como antecedente directo de la Ley 20.576/74 (Licencia Deportiva Especial).

El 23 de octubre de 1950 Argentina comenzó su participación con una victoria ante Francia por 56 a 40. El hecho de haberle ganado al subcampeón olímpico significaba un aliciente en el camino hacia el campeonato. Leonardo Contarbio fue el goleador con 14 tantos. EE. UU., por su parte, superó a Chile 37 a 33 y pasó, de igual manera que el combinado *albiceleste*, a la ronda final. Ambos entablaron una reñida lucha desde el principio.

La Selección Nacional comenzó la nueva fase con una victoria ante Brasil, en un partido complicado. A la siguiente jornada le ganó con comodidad a Chile por 62 a 41.

De manera definitiva, se convirtió en candidato cuando derrotó nuevamente a Francia por 66 a 41. El rendimiento del conjunto de Hugo Canavesi era verdaderamente superlativo. La clave del equipo consistió en el trabajo físico y táctico, además del minucioso estudio de los rivales.

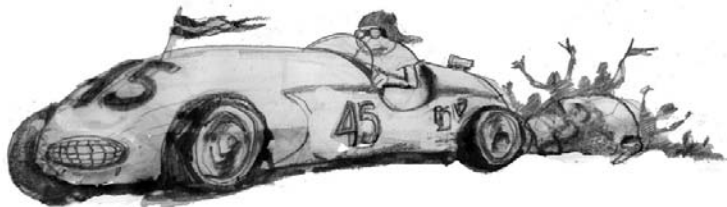
El combinado nacional jugó el partido decisivo ante EE.UU. En base al trabajo de búsqueda de rebote y contraataque, sumado a efectividad en simples y lanzamientos al aro, lo venció por 64 a 50. Todo un país se conmovió por la obtención del campeonato del mundo; por las calles de Buenos Aires una caravana humana le quitó silencio a la noche. Todo fue euforia. Argentina era el primer campeón mundial de básquet de la historia.

Tiempo después se intentó minimizar el logro obtenido aduciendo que EE. UU. no había venido con todo su potencial; otro de los argumentos era la ventaja de la localía. Muchas de estas imputaciones provenían de sectores que tendían a menoscabar las hazañas del deporte argentino. Ante estas afirmaciones Omar Monza, una de las figuras de aquel equipo, supo responder con fundamento: “Posiblemente Denver Chévrolet no era el mejor equipo, pero Argentina estaba para cualquier cosa. No sé si habiendo venido un equipo superior nos hubiese ganado”.

El crecimiento de este deporte se vio evidenciado posteriormente en los miles de jóvenes que comenzaron a practicar esta actividad. “Un día llegué a Rosario en viaje profesional —refiere Delfo Cabrera—. Faltaba todavía una hora y media para que saliera el colectivo que tenía que trasladarme a Santa Fe y comencé a recorrer los alrededores de la estación. Presenció algo que demuestra cómo se había difundido el deporte: los chicos jugaban básquet en lugar de fútbol, en la calle, de vereda a vereda. Esto implica que habíamos comenzado a modificar las pautas en materia deportiva”. Esta situación evidenció, por otra parte, la diversificación deportiva. Se puede decir que la obtención de logros en la alta competencia proyectaba la idea de espejo; es decir, los atletas se convertían en inspiración para los aficionados.

Primeros Juegos Deportivos Panamericanos: el deporte como palanca para la unidad

Los Primeros Juegos Deportivos Panamericanos fueron un acontecimiento que unió deportiva y culturalmente al continente. Hasta ese entonces un certamen de tales características había sido sólo un an-



helo. Era habitual que, por ejemplo, los deportistas viajaran por el continente para participar en competencias de trascendencia. Sin embargo, faltaba un evento deportivo de relevancia.

Los Primeros Juegos Deportivos Panamericanos son uno de los mayores logros del peronismo en esta materia. Tomar la decisión de organizar un certamen de tamaña magnitud era un desafío inmenso. Además de ser un suceso deportivo fue la expresión de la cultura popular de los pueblos.

Los mismos se desarrollaron con la participación entusiasta de aficionados, dirigentes, funcionarios y atletas de los países americanos. No se trataba de un emprendimiento al margen de otros que se estaban produciendo en la región, estaba en sintonía con el proceso de integración latinoamericana que venía proponiendo el Estado argentino.

La cálida noche del 25 de febrero de 1951 el estadio de Racing fue el escenario de la inauguración de los Juegos, contando con la participación de 21 delegaciones.

Para que se pudieran practicar todas las disciplinas se debió encarar obras de distinta envergadura. La construcción del estadio de Racing Club, por ejemplo, ya tenía planificación desde 1944 pero comenzó su edificación tres años después. El Velódromo Municipal de la Ciudad fue construido en tiempo récord, siendo una de las mejores de Sudamérica durante muchos años. Por otra parte, el Luna Park ya había sido sede del Campeonato Mundial de Básquetbol (1950), por lo que prácticamente no necesitaba reformas. Tanto los matches de esgrima como las competencias de natación fueron realizados en el Club Gimnasia y Esgrima de Buenos Aires.

Para nuestro país representaba una oportunidad inmejorable para medir fuerzas con sus pares del continente. Era un hecho de indudable valor: el deporte como manera de lograr la confraternidad a través de justas deportivas al estilo de los Juegos Olímpicos.

La preparación de los atletas argentinos respondió a un verdadero compromiso con el fortalecimiento del deporte. Debemos destacar que la práctica deportiva era amateur prácticamente en todas sus expresiones. El apoyo a la formación en la alta competencia tenía que ver con facilitar las condiciones para desarrollar un entrenamiento eficaz. La mayor parte de la delegación nacional tuvo su lugar de concentración en un imponente predio de la localidad de Ezeiza.

La actuación del representante argentino fue sencillamente notable. Alcanzó un nivel mayúsculo en una gran cantidad de disciplinas. Este certamen evidenció el verdadero nivel del deporte argentino.

El boxeo tuvo la participación más destacada al conquistar ocho medallas doradas. Tal fue el poderío que en esta ocasión Pascual Pérez se vio imposibilitado de participar ya que quedó relegado en la serie eliminatoria. Tres años después conquistaría el primer título mundial para nuestro país

El atletismo también tuvo una actuación de importancia al lograr siete medallas doradas. En el estadio de River Plate Ricardo Heber deslumbró a los espectadores consiguiendo el máximo galardón en lanzamiento de jabalina. Pero, sin ninguna duda, los ojos estaban puestos en la Maratón que se corrió por las venas de la ciudad. Allí Delfo Cabrera volvió a demostrar que estaba entre los mejores maratonistas del mundo obteniendo el oro. En segundo lugar llegó Reinaldo Gorno, otro de los grandes atletas de esta época.

La esgrima, contando con un equipo poderoso, consiguió seis preseas doradas. Se tuvo una excepcional participación en mujeres, destacándose Elsa Lidia Irigoyen. También brillaron los hombres, ganando en Florete Masculino Individual, Espada por Equipo y Espada Individual. En este conjunto se encontraban Félix y Fluvio Galimi,

El tenis tuvo una destaca performance, tanto en equipo como a nivel individual. En este certamen María Beatriz Terán de Weiss sacó

a relucir todo su talento obteniendo el oro en singles. Le ganó la final a Felisa Piédrola de Zappa; justamente, ambas formaron dupla y ganaron el dobles femenino. Un caso similar ocurrió con los hombres: Enrique Morea ganó en individual y en pareja junto a Alejo Rusell).

El Tiro fue otra de las disciplinas destacadas para el representante nacional. Como auspicioso antecedente Argentina había sido campeón en el Mundial disputado en nuestro país en 1949. En fútbol el Seleccionado nacional obtuvo el oro panamericano batiendo a Paraguay por 2 a 0.

Las brillantes actuaciones de los deportistas argentinos llevaron a nuestro representante a encabezar el medallero panamericano. En total obtuvo 154 preseas; 68 doradas, 47 de plata y 39 de bronce. EE. UU. se ubicó en segundo lugar con 98 medallas (46 de oro, 33 de plata y 19 de bronce). La dimensión de lo realizado por parte de los deportistas argentinos se pudo apreciar con el paso del tiempo. En adelante, el liderazgo sólo pertenecería a los norteamericanos. La única excepción fue en 1991 cuando Cuba logró terminar en la primera colocación en los Juegos de La Habana.

Como dijimos anteriormente la organización de estos Juegos Deportivos Panamericanos respondía a una verdadera vocación de hermanar a los pueblos. Existía la profunda convicción de conformar una unidad a nivel latinoamericano en todos los ámbitos, entre los cuales el deporte era uno de ellos.

Fomento y difusión del deporte en el contexto peronista

Durante el periodo peronista el deporte vivió su mejor época. Lo distintivo de esta etapa fue la obtención de importantes logros en diversas disciplinas. Este fenómeno coincidió, justamente, con un momento en el que se realizaban distintos eventos, tanto a nivel nacional como internacional.

El boxeo fue una actividad cuya evolución se dio con el paso de los años. Luego de la década del veinte apareció con enorme impulso generando una cantera inagotable de púgiles. Debemos recordar que esta práctica fue prohibida durante muchos años; paradójica-

mente estaba reservada a un círculo de jóvenes pudientes. A lo largo del tiempo el boxeo cimentó su raigambre en las capas sociales más bajas. Precisamente, de estas surgen las figuras más importantes de la década del cuarenta: Pascual Pérez y José María Gatica.

Todas las características del *mono* Gatica lo convierten en un ídolo popular en toda su dimensión. Constituye un emblema, una bandera de resistencia. Su carrera boxística comenzó en Buenos Aires a temprana edad. Su adolescencia transcurrió durante los años treinta, en un contexto en el cual las ollas populares, la enorme desocupación y la profunda desesperanza eran las características de un escenario desolador. Había venido de San Luis junto a su madre y sus hermanos para probar suerte en la Capital Federal.

José María debió abandonar sus estudios y emplearse en distintos oficios para ayudar a su familia. Fue vendedor de pastillas y lustrador de botas entre otras tareas. Con la finalidad de tener otra alternativa de trabajo comenzó a boxear en la Misión Inglesa, entidad donde los marineros se dedicaban a practicar distintas actividades. Allí comenzó a edificar su brillante carrera.

Con una interesante campaña en el campo amateur debutó como profesional el 7 de diciembre de 1945 con una victoria por nocaut ante Leopoldo Mayorano. La mejor oportunidad a nivel deportivo se le presentó el 5 de enero de 1951 cuando enfrentó al campeón del mundo, el estadounidense Ike Williams. La poca preparación física conspiró contra sus aptitudes naturales. El país siguió por radio las alternativas de la pelea que duró menos de un round. La derrota significó una de las grandes frustraciones deportivas de aquellos años. Sus detractores supieron sacar provecho de este traspié, aún después de su muerte.

Su adhesión al peronismo lo convirtió en uno de los personajes de mayor relieve. A través de su figura se levantaron los más encendidos rechazos como así también muestras de fidelidad. Su vida estuvo ligada al movimiento. Tal es así que conoce a su primera esposa, Ema Fernández, en una actividad realizada por el Partido Peronista. Producto de esta relación nació su hija, María Eva, cuya madrina

fue la misma Evita.

Gatica convocó multitudes, es el único púgil que logró llenar el Luna Park dejando a más de cinco mil personas afuera. También supo colmar el estadio siendo día miércoles, hecho inédito de todos los tiempos. Su afición provenía esencialmente de los suburbios, compuestos por trabajadores. Su figura creaba un profundo resentimiento en quienes veían en su persona, más que a un boxeador, a un símbolo de su antiperonismo. A través de los duelos con Alfredo Prada se observaron claramente las diferencias políticas. Los antiperonistas tomaban a Prada como su escudo de lucha para oponerse a la “soberbia” de las barriadas obreras.

Ciertas leyendas suelen dudar de la relación afectiva entre las máximas autoridades del gobierno y el boxeador. A raíz de la derrota con Ike Williams han surgido historias jamás comprobadas. Incluso se ha hablado de un presunto maltrato de Perón hacia José María en una reunión privada. Pero ante estas suposiciones no se puede dejar de señalar que Gatica jamás depuso su actitud de proclamarse peronista.

Su muerte se produjo en circunstancias lamentables. A la salida del estadio de Independiente – club del cual era hinchas – fue arrollado por un colectivo cuando no pudo hacer pie del estribo. La noticia fue tomada con estremecimiento por sus seguidores. En cuestión de minutos decenas de personas se fueron congregando en las inmediaciones del hospital Rawson preocupados por el estado su salud. Tras una angustiosa agonía falleció a la edad de treinta y ocho años. Su deceso provocó un profundo dolor. “El público que durante la noche había estado esperando frente al hospital Rawson, fue arribando al local del velatorio, agregándose paulatinamente más gente, casi toda ella de las ciudades y pueblos suburbanos. Al promediar la mañana, el local ya estaba colmado y muchas personas ocupaban las tribunas del estadio. El silencio era total. Había lágrimas en muchos ojos: y también estupor”, dijo el diario *Crónica* sobre aquella jornada.

La despedida que se produjo en la Federación de Box alcanzó niveles inesperados de asistencia. El cortejo fúnebre que lo llevó hacia el cementerio de Avellaneda fue secundado por millares de personas.

Sus seguidores hicieron detener la marcha del automóvil que llevaba los restos mortales del ídolo para ser empujado a mano. Tras siete horas de peregrinación la noche los sorprendió en las inmediaciones de la necrópolis con antorchas iluminando el camino que llevaría a José María Gatica hacia su destino final. Ese día fue de una pena profunda para todo el pueblo argentino.

Otro de los boxeadores que marcaron una impronta en el deporte nacional fue Pascual Pérez. Al igual que el *mono* se fue transformando en emblema de una época.

Se formó como púgil en su Mendoza natal y llegó a combatir a nivel internacional con rivales de fuste. Su trayectoria en el ámbito amateur fue destacada, siendo una interesante plataforma para el campo profesional. En los Juegos Olímpicos de 1948 logró la medalla de oro. Pérez era parte de una generación boxística que recibió apoyo estatal.

En julio de 1954 combatió en Buenos Aires con el campeón del mundo, el japonés Yoshio Shirai. A pesar de que el enfrentamiento era de carácter amistoso al argentino le sirvió para presentar sus credenciales de buen contrincante. Cuatro meses más tarde, el 26 de noviembre del mismo año, se enfrentaron en Tokio por el título. La actuación de Pascualito fue sencillamente notable, vencéndolo por puntos de manera rotunda. Por primera vez en la historia un argentino conseguía para el país el título mundial. Aquel día Buenos Aires se paralizó para escuchar las alternativas por radio. Una multitud recibió al nuevo campeón en Ezeiza. Tras el triunfo el ganador dedicó el logro al General Perón. Dicho agradecimiento se reiteraría en varias oportunidades, aún después de su carrera: “Yo efectué 232 presentaciones, 125 como amateur y 107 como profesional y buena parte del mérito de haber conseguido éxitos y honores se lo debo a la gestión del gobierno peronista. Gracias a su apoyo pude convertirme en el primer pugilista argentino que consiguió un título mundial”, enfatizó Pascual Pérez.

El automovilismo fue otro de los deportes que se consolidaron durante el peronismo. Los efectos surgidos de la Segunda Guerra Mundial habían traído aparejado problemas de irresoluble solución: la escasez de gomas y de combustibles. A partir de 1947 se autorizó a reiniciar las competencias automovilísticas. Un año más tarde se cumplió un anhelo buscado hace años: la Vuelta Buenos Aires- Caracas. La idea de unir gran parte de América Latina venía desde la década del treinta, pero razones de distinta índole impidieron que se pudiera hacer realidad.

El 19 de octubre de 1948 se largó esta competencia con la presencia de más de ciento cuarenta corredores, veintidós de los cuales eran de países del continente americano.

Los casi diez mil kilómetros recorridos hasta Caracas fueron un trayecto repleto de dificultades. Los mecánicos tuvieron una intensa actividad debido a la extensa competencia, con caminos sinuosos en malas condiciones. En un principio se había pensado partir desde la capital venezolana. Sin embargo, los costos que debían erogarse obligaron a que se largara, justamente, desde Argentina.

El ganador de la competencia fue el argentino Domingo Marimón, adjudicándose la misma sin ganar ninguna de las catorce etapas. Oscar Gálvez ganó siete de ellas, sin embargo, fue descalificado por haber llegado a la meta empujando su automóvil. En la séptima etapa de esta competencia debió abandonar Juan Manuel Fangio que, en grave accidente, falleció su compañero, Daniel Urrutia.

Pero a pesar de este incidente el piloto de Balcarce no dejó de tener una trayectoria en ascenso. Su carrera se había iniciado en 1935 y fue ganando experiencia. Tres años después ya corría en el TC, siendo campeón con Chevrolet. En enero de 1948 fue designado agregado técnico por el Ministerio de Relaciones Exteriores junto a Oscar Gálvez y Pascual Papuolo. Con el apoyo del Automóvil Club Argentino y el gobierno nacional viajaron para participar en el circuito europeo.

En 1950 Fangio debutó con Alfa Romeo en la Fórmula 1 obteniendo el segundo puesto, detrás de Giuseppe Farina. Era sólo el comienzo del balcarceño; los títulos llegaron en 1951 (Alfa Romeo), 1954 (Maserati-

Mercedes Benz), 1955 (Mercedes Benz), 1956 (Ferrari), 1957 (Maserati). José Froilan González también tuvo una buena performance siendo el primer piloto que le dio un triunfo a la escudería Ferrari (1951). En 1954 logró el subcampeonato, justamente detrás de Juan Manuel Fangio.

El Ejecutivo Nacional tuvo una participación decisiva en el desarrollo del automovilismo. Otra prueba contundente fue la construcción del Autódromo de la ciudad de Buenos Aires. Lo hizo con el objetivo de mejorar las condiciones de seguridad para los pilotos, además de seguir consolidando la proyección del deporte motor. Sobre terrenos fiscales se levantó un escenario acorde a las exigencias para competencias de nivel. Su construcción demandó sólo quince meses y fue inaugurado el 9 de marzo de 1952. Aquella tarde cien mil personas colmaron las instalaciones del *Autódromo 17 de Octubre*, dejando atrás los circuitos semi permanentes de Palermo.

Juegos Olímpicos de Helsinski

Los Juegos Olímpicos de Helsinski (1952) fueron una prueba importante para el deporte nacional. La delegación *albiceleste* conformó su grupo con jóvenes valores, además de los buenos atletas que habían asistido a la competencia olímpica anterior. Tuvieron el apoyo de la CAD que, como dijimos anteriormente, estaba encargada de la dirección en este ámbito.

El fallecimiento de Eva Perón, ocurrido al momento de desarrollarse el evento, provocó la pérdida de expectativa en nuestro país. En la delegación nacional la noticia fue tomada con estupor. Antes del encuentro de básquet entre los seleccionados de Argentina y Brasil se realizó un homenaje leyendo un texto en tres idiomas. Reinaldo Gorno y Delfo Cabrera, identificados con el Proyecto Nacional, sintieron profundamente la pérdida.

El representativo argentino logró cinco medallas, una de ellas de oro. Dicha presea fue conquistada por el remo con la dupla Eduardo Guerrero y Tranquilo Capozzo.

El bote argentino fue prestado por el Club Regatas de San Nicolás. Los 36 kilos (sus adversarios competían con uno de menor peso)

y la rotura de la embarcación al llegar a Finlandia le auguraban pocas chances de ganar alguna medalla. Sin embargo, el binomio superó los obstáculos y en la final se quedó con la primera ubicación superando en la serie decisiva a Uruguay, Checoslovaquia, Francia y la Unión Soviética. Esta medalla de oro sería la última para Argentina hasta los Juegos de Atenas, en 2004.

El atletismo fue a lo largo de este periodo una de las disciplinas de mayor progreso del deporte argentino. En estos juegos, la competición maratonista volvió a poner a un compatriota entre las principales posiciones. Reinaldo Gorno tuvo una participación excepcional y consiguió el segundo puesto. El ganador fue el checoslovaco Emil Zátopek, también ganador en los 5.000 m. y 10.000 m. No menos importante fue el sexto puesto logrado por Delfo Cabrera, casi cuatro minutos después del primero.

El boxeo también cosechó triunfos conquistando dos preseas. En la categoría mediopesados Antonio Pacenza obtuvo plata, mientras que Heladio Herrera consiguió el bronce en la categoría superwelter. La restante medalla fue en levantamiento de pesas, siendo Humberto Selveti ganador de la plata. Dicha disciplina tenía un claro predominio de los estadounidenses. Sin embargo, el joven entrerriano opuso resistencia y estuvo muy cerca de arrebatarse el primer lugar al estadounidense Jhon Davis.

El representativo argentino finalizó en la décimo novena posición en la tabla general. Los atletas que pertenecían a los países europeos tenían un tipo de preparación perfeccionada. Esta modalidad contrastó con un modelo argentino que aún seguía siendo amateur. No podemos desatender el hecho de que aquí apenas se había legislado sobre las licencias para deportistas. Unos años después, el fondista Osvaldo Suárez lo pudo corroborar cuando viajó a Europa para adquirir experiencia. Mientras en nuestro país se practicaban tres veces a la semana en el Viejo continente lo hacían en cinco ocasiones y en varios turnos al día. Claramente se trató de una deficiencia poco sencilla de revertir. Debemos tener presente que estamos hablando de la alta competencia. Nótese que mientras un sector de los periodistas le recriminaba al Justi-

cialismo el haber incentivado a los deportistas con premios y ayudas de tipo económico en Europa los atletas ya estaban profesionalizados.

El último juego

Los Segundos Juegos Deportivos Panamericanos (1955) disputados en la Ciudad de México fueron uno de los últimos acontecimientos trascendentes de la etapa peronista. Los enormes avances logrados en este ámbito dieron cuenta de los resultados obtenidos.

Para esta competición se asistió con una delegación de 180 personas. Debido a que se tenía que competir a 2.400 metros de altura se instalaron en la ciudad mexicana con un periodo de adaptación acorde a las circunstancias. El abanderado de nuestro representativo fue el tirador Enrique Sáenz Valiente, mientras que una de las escoltas era una joven tenista de gran proyección, Edda Buding.

La altura y el calor reinante representaban para los deportistas argentinos un obstáculo a sortear. Antes de viajar a México el general Perón los recibió en la Casa Rosada para desearles éxito, pero también para aconsejarlos: “miren, ustedes van a ir con mucho tiempo de anticipación. Con cocineros argentinos y carne argentina. Se van a llevar todo. Como buen montañés les aconsejo: los primeros días caminen, porque sino van a sentir que les va a explotar el oído”. Las recomendaciones del presidente no fueron acatadas por algunos atletas, entre ellos Osvaldo Suárez. Pretendió entrenar normalmente el segundo día de su estadía en México pero a poco de comenzar la rutina empezó a sentir que sus oídos estallaban. El médico del equipo, enterado de la situación, le recriminó no haber escuchado a Perón. A pesar de esta contingencia, el entrenamiento que realizó a 3.200 metros le sirvió para descollar.

Sin lugar a dudas, Osvaldo Suárez fue la figura argentina destacada del representativo nacional. El 13 y 15 de marzo ganó las pruebas de 10.000 y 5.000 metros respectivamente, demostrando sus notables cualidades. Se puede decir que este fue el punto de partida para un atleta que lograría una magnífica campaña a pesar de las dificultades políticas por las cuales debió atravesar. En esta misma discipli-

na también se sumó el oro de Juan Doroteo Miranda en 1.500 metros llanos y el primer lugar de Ingeborg Pfuller en lanzamiento de disco.

La esgrima tuvo una notable participación al obtener seis medallas, de las cuales tres fueron doradas. Raúl Martínez se adjudicó el primer lugar en Espada Individual mientras que las dos restantes fueron obtenidas en pruebas por equipos: Florete y Espada.

Otras preseas doradas fueron ganadas, entre otras disciplinas, por el box (Mario Cañete, pluma; Miguel Pendola, liviano; Juan Carlos Rivero, semi mediano y Pablo Miteff, pesado); ciclismo (Jorge Batiz, 1000 mts. scratch y en la posta 4 x 4000 mts. persecución); natación (Héctor Domínguez Nimo, 200 mts. Pecho) y el Tiro (Pedro Armella, fusil libre 3000 mts.; Ramón Hagen, fusil militar 3000 mts. y Enrique Sáenz Valiente, tiro velocidad siluetas olímpicas individual).

El fútbol consiguió la primera colocación al igual que en los primeros Panamericanos disputados en Buenos Aires. La particularidad que se puede señalar es que en el plantel aparecieron jugadores que en años anteriores habían participado de los Campeonatos Evita, como son los casos de Norberto Menéndez, José Yudica y José Francisco Sanfilippo.

En básquetbol se consiguió el subcampeonato. Cabe mencionar que EE. UU. y el seleccionado nacional igualaron el primer puesto, por lo que debieron ir a un desempate.

La participación argentina tuvo un buen Panamericano. A pesar de los 2.400 metros de altura pudo adaptarse de buena forma, merced al tiempo de anticipación con el que fueron. El representante nacional logró 73 medallas (27 de oro, 31 de plata y 15 de bronce). En el medallero general resultó ser escolta de Estados Unidos, que consiguió en total 177 preseas. La labor realizada de manera auspiciosa fue producto de la capacidad de los deportistas argentinos y, también, de un decidido apoyo por parte del Estado Nacional. “Tuvimos –dirá Osvaldo Suárez– un gran apoyo del gobierno porque nos mandaron con mucho tiempo, con cocineros argentinos, con carne argentina. Bien atendidos. Y eso fue muy importante”.

Será el último evento de trascendencia durante la etapa peronista.

CAPÍTULO VI



Un cambio de una época

“El cielo entero se nos vino encima, el mundo cotidiano cambió por completo. La gente, los hechos, el trabajo, las calles, los diarios, el sol, la vida se dieron vuelta. De repente, entramos en un mundo de pesadilla en el que el peronismo no existía. Todo fue anormal. Como fue anormal, absurda, alucinada, la odisea de la resistencia. Éramos pigmeos que debíamos luchar contra gigantes...”.

César Marcos, hombre de la resistencia peronista.

Los años peronistas lograron subvertir el esquema social imperante hasta los inicios de la década de los treinta. Las condiciones surgidas luego de la crisis económica mundial de 1929 llevaron a que nuestro país comenzara un proceso industrializador. Los migrantes in-

ternos que se habían concentrado en la periferia planteaban nuevas necesidades, siendo la urbanización una de ellas. Surgieron nuevos barrios habitados por gente del interior que venía a emplearse, ya fuera en empresas grandes y medianas como en pequeños talleres. “Era una multitud alegre y esperanzada que ascendía de golpe a los niveles de progreso que ni siquiera hubiera imaginado. Era una multitud alegre porque llegaba al trabajo estable y al salario regular como una fiesta en donde se sentía desacomodada, como este cabello hirsuto del ‘peloduro’ que identificaba al ‘cabecita’ con el peine y el espejito”, dice Arturo Jauretche. De esta manera se configuró una nueva escenografía, un nuevo panorama. Este sujeto social rompió los márgenes entre centro y periferia, ampliando las fronteras territoriales y simbólicas. No sólo se arraigó en los suburbios, sino que también accedió a las calles del centro, a las manifestaciones políticas y sociales.

Allí donde se constituyó la actividad fabril como función vital del país se originó una nueva manera de habitar. La sirena de la fábrica marcaba la marcha de cientos de trabajadores que iban y venían constantemente. De mañana y tarde, escolares con delantales blancos se dirigían a las escuelas; por todas partes se veía a muchachos caminando o en bicicleta, a señoras y señoritas que transitaban las calles hacia sus puestos de trabajo o lugares de estudio. Se trataba de imágenes de una Argentina próspera y más justa.

La textil GRAFA S.A. (Grandes Fábricas Argentinas Sociedad Anónima) fue una de las tantas empresas que ayudaron a configurar esta nueva geografía. Se había instalado en Villa Pueyrredón (Capital Federal) cuando aún era una zona rural, impactando en su crecimiento demográfico a medida que se expandía. Llegó a ocupar alrededor de diez manzanas y a emplear a siete mil personas. No solo generó trabajo, sino también una identidad, tal como lo demuestra el hecho de que durante muchos años se conociera a este lugar como *Barrio Grafa*.

Durante las décadas de los cuarenta y cincuenta esta zona logró avances muy importantes. De población eminentemente obrera, y constituido al calor de los vaivenes políticos de una Argentina en proceso de cambio, este territorio no tardó en consagrarse como peronista.

Las nuevas expectativas y demandas de la clase trabajadora fueron reconocidas como derechos adquiridos. La problemática habitacional era uno de los desafíos a resolver. El Censo de 1943 reveló que el treinta por ciento de las familias de nuestro país disponía de una sola habitación para vivir. Es por eso que la construcción de viviendas se convirtió en una pieza clave de los planes quinquenales. Villa Pueyrredón, donde se construyeron monoblocks para dos mil quinientas personas, fue una de las tantas experiencias en este sentido.

El nacimiento del Club 17 de Octubre tiene que ver, justamente, con el emplazamiento de este complejo. Fundado en 1951 por el impulso de un grupo de jóvenes de ese barrio obrero, fue concebido como una organización de puertas abiertas, colectiva y popular, lugar de encuentro para niños, adolescentes y mayores, que asistían en masa a sus actividades culturales y sociales. En poco tiempo, gracias a la actitud militante de hombres y mujeres, se convirtió en una de las instituciones más populosas de la zona. La Fundación Eva Perón, por ejemplo, utilizó sus instalaciones para entregar máquinas de coser a decenas de familias. Allí también funcionó un jardín de infantes, además de dar ayuda escolar a quienes lo necesitaran. Los terrenos para su asentamiento, antes pertenecientes a la Corporación de Transporte, fueron cedidos por la Ciudad de Buenos Aires. La mayoría de sus socios eran trabajadores; muchos, delegados de fábrica que devinieron dirigentes. Su experiencia política fue puesta de manifiesto en este espacio, y las nuevas vivencias propiciaron una auténtica reconfiguración identitaria.

El golpe cívico-militar de septiembre de 1955 repercutió profundamente en la vida del club. Los estatutos fueron robados y la comisión directiva fue perseguida y expulsada de la institución, que quedó acéfala durante varios años. En la entrada del predio fueron apostados tanques que no solamente tenían la finalidad de amedrentar a sus asociados: era el mismo barrio el que estaba sitiado. El odio desplegado por la dictadura no se agotó en estos hechos, sino que has-

ta impuso el cambio de nombre de la institución. Desde ese momento debió denominarse *17 de Agosto*, en conmemoración de la fecha del fallecimiento del general José de San Martín.

Algo había cambiado algunos meses antes.

La batalla cultural

El deporte fue, en la etapa que estamos analizando, un fenómeno que se afianzó desde lo cultural. Su inserción en la geografía urbana fue paulatina, pero alcanzó dimensiones difíciles de mensurar. No solo se instituyó en un sentido concreto, fomentando su práctica y generando hábitos desde el punto de vista actitudinal, sino que también originó una perspectiva simbólica que obligó a delimitar nuevos contornos sociales.

El peronismo confrontó con dimensiones culturales de la elite provocando un punto quiebre. Forjó nuevas circunstancias que trastocaron los valores imperantes, originando nuevas construcciones imaginarias: en el trabajador como nuevo actor social, en las relaciones obrero-patronales, en el papel ganado por la mujer. Incorporó un tipo de sujeto que accedió a mejores condiciones de vida e intervino en la reelaboración de conductas sociales. Pronto penetró en el consumo, en las instituciones, en los círculos sociales.

El deporte fue parte de este proceso, que impactó de lleno en dichas prácticas. Introdujo rasgos elementales en la composición de los argentinos, ahora considerados como protagonistas de su propio devenir. El peronismo dio vida a una contracultura originada en la reconversión de un individuo enajenado. “Perón rescata la cultura de ese hombre negado y la convierte en productora de la historia. Esta es la naturaleza y el sentido de la cultura popular peronista”, dice Lito Herrera.

Ya hemos hablado de que el deporte fue tomado como una verdadera política institucional, contenido dentro del concepto de justicia social. El nuevo escenario hizo posible que se abrieran espacios para el pueblo. El Estado nacional promovió actividades de dimensión popular intentando, de esta manera, revalidar las conquistas logradas y

dar protagonismo a ese hombre que –tal como dice Lito Herrera– fue negado por la cosmovisión liberal.

Los beneficios que se lograron no solamente eran gozados por un proletariado que ya no padecía necesidades. La clase media, aunque en gran parte renuente, también se vio favorecida por estas conquistas. Esta situación la encuentra titubeante ante el escenario que se le presenta: despótica contra el peronismo pero es este el que le ha facilitado el acceso a una educación pública de calidad; no se reconoce en las consignas que pregona el gobierno, pero tiene garantizada su salud a través del sistema público.

Se desata así una batalla cultural que debate sus patrones ideológicos, más allá de los niveles sociales. La disputa tiene lugar en distintos ámbitos; justamente al peronismo se le achaca la “politización” de entes y organizaciones como forma de intervención en todas las esferas de la cosa pública. Sin embargo, es una sociedad en puja cultural la que enfrenta sus paradigmas. Las organizaciones libres del pueblo se corporizan en el accionar de hombres y mujeres que toman partido, participan en los ámbitos de discusión y se manifiestan en las calles.

El justicialismo incorporó al deporte como herramienta educativa, para el crecimiento y el desarrollo del pueblo. El peronismo “sustenta su acción en una mirada humanística del hombre y lo considera en una forma integral de vida, donde el deporte y el arte cumplen un rol creativo y transformador de la realidad sostenida con educación, salud, economía, etc.”, sintetiza Lito Herrera. El modelo deportivo que se implementó supuso una base amplia de argentinos que practicaran actividades atléticas y recreativas como complemento necesario para su desarrollo integral. Esto significó que el deporte tuviera un carácter democrático y participante, que marcó una ruptura con el orden anterior.

Los Campeonatos Evita son un excelente ejemplo de la significación de este tipo de experiencias. La intervención de la franja juvenil en la escena social representó la movilización de miles de niños y

adolescentes que se vieron interpelados por un proyecto. En el interior de las provincias se pudo observar este fenómeno con mayor claridad. Recibir indumentaria deportiva, pelotas y todo lo necesario para practicar los distintos deportes tenía una connotación de mayúscula consideración. La revisión médica permitió concientizar a muchos argentinos acerca de los valores implícitos de la justicia social. La libreta sanitaria representaba un certificado de dignidad para chicos, tanto de la urbe como de los suburbios, que hasta ese momento no habían tenido garantizados sus derechos. En este y otros ejemplos encontraron el principio reivindicatorio de su condición de argentinos.

La trascendencia de los Campeonatos Evita, que serán seguidos con inusitada atención desde lo más remoto del territorio nacional, constituye un hecho cultural de gran significación. Constituían una verdadera fiesta de la que participaba toda la comunidad, hasta el punto de la conmoción. Pueblos enteros se encolumnaban detrás de sus jóvenes, de sus clubes, de sus representantes locales. Los equipos participantes fomentaban el entusiasmo de los barrios. La importancia que se le daba desde la esfera estatal era correspondida por la sociedad, que legitimaba este tipo de acontecimientos de índole popular. “Apenas [se dio] la noticia del triunfo de la Asociación Mitre en las finales de básquetbol en Buenos Aires, dirigentes, asociados, familiares e hinchas del club verdolaga llenaron con gran algarabía, pese a lo entrado de la madrugada, la plazoleta Mitre de la capital tucumana. Desde allí organizaron espontáneamente con distintos medios de transporte una caravana que recorrió distintas calles para finalizar fotografiándose en la puerta del diario *La Gaceta*”, cuenta Víctor Lupo en su libro *100 ídolos tucumanos. 1912-2012*.

Los clubes fueron otro ámbito en donde se pudo observar dicho proceso de cambio. Si bien la creación de estos ya se venía dando desde varias décadas antes, fue el peronismo el que generó nuevas formas y hábitos que irrumpieron para ser incorporados de modo definitivo. Estos espacios, genuinamente colectivos, encauzaron la adquisición de conductas que, en la práctica, no representaban otra cosa que la obtención de derechos. La higiene personal puede ejemplificar de



manera clara este hecho. Para muchos chicos que recibían su toalla y su jabón luego de la actividad física esto significaba mucho más que un detalle, ya que, en aquellos tiempos, estos elementos de aseo personal eran un bien escaso para muchas familias. Resulta lógico pensar que esta circunstancia tenía un componente simbólico muy fuerte: representaba el acceso a una sociedad más justa e igualitaria.

El club no era solamente el lugar de reunión sino también de aprendizaje de valores esenciales. Para muchos, participar en la organización y conducción de estas entidades fue su primera experiencia política. Hubo innumerables clubes barriales cuyas comisiones directivas estuvieron integradas por peronistas. No es de extrañar, entonces, la razón por la cual miles de personas adhirieron al proyecto político. Tampoco puede sorprender que luego de irrupción violenta de la autodenominada “Revolución Libertadora” muchas entidades se constituyeran en refugio para la militancia peronista.

En este contexto, la mujer adquirió protagonismo en ámbitos que hasta entonces le habían sido vedados. Tomó las riendas de su propio destino, diagramando y asumiendo la dirección de las organizaciones

destinadas al género. Los Ateneos Evita marcaron una huella en este sentido. Su significación alcanzó una dimensión de magnitud debido al papel cumplido desde lo organizativo. Estas entidades impulsaron a las mujeres y niñas a competir masivamente en diversos deportes, aunque su incorporación fue paulatina. Muy importante resultó el trabajo realizado en el interior del país para propiciar una política que apuntara a fomentar la participación de las mujeres de distintas edades y condición social.

Las mujeres lograron traspasar el umbral hogareño e ingresar a la sociedad canalizando su accionar en el reordenamiento de sus relaciones sociales. Al surgir de las entrañas de este proceso, se manifestaron en los espacios que tradicionalmente le habían correspondido al género masculino. En las unidades básicas, los ateneos o cualquier otra organización, las mujeres emprendieron su experiencia directiva. Allí debieron resolver las problemáticas que se les presentaron como desafíos a superar. En el caso del deporte, el objetivo era ampliar a las mayorías su práctica, que hasta ese momento había sido accesible solo para un grupo reducido.

Un golpe en ciernes

Una seguidilla de levantamientos contra el gobierno peronista se produjo poco después del fallecimiento de María Eva Duarte. La abrumadora diferencia de votos lograda para el segundo mandato justicialista dejó a las claras el apoyo popular de las masas. El Segundo Plan Quinquenal fue la marca distintiva de una política que, en lo económico, estaba basada en el ahorro general y en una búsqueda de mayor productividad. El objetivo era consolidar un proyecto emancipador, con base en la unidad regional.

La conducción política de Perón buscaba establecer un equilibrio entre el trabajo y el capital. Su apoyo en la clase trabajadora se sostenía en el buen entendimiento con la Confederación General del Trabajo. Sin embargo, en el aire se respiraba un preocupante cambio.

La correlación de fuerzas había experimentado variaciones que

fueron determinantes para el gobierno nacional y popular. El sindicalismo, a diferencia de lo demostrado en el '45, había perdido su carácter combativo y adoptado una postura vacilante. A ello se sumaba la falta de una conciencia industrialista por parte de los empresarios que habían crecido gracias al proyecto político-económico del peronismo. Jauretche supo describir muy bien esto al caracterizar: "...es la burguesía, que no existía anteriormente, generada por las condiciones propicias y a la que llaman la 'nueva oligarquía' cuando es precisamente su negación: clase en constante formación, de altibajos frecuentes, y que suscita la admiración de sus adversarios cuando la ve actuar en los países anglosajones. Pero, a su vez, este nuevo rico, tan improvisado como el obrero que molesta a Martínez Estrada, es más ignorante que aquél: no sabe que su prosperidad es hija de las nuevas condiciones históricas y cree que todo es producto de su talento. Aspira al estilo de vida de las viejas clases admiradas a las que trata de imitar; tal vez en su escritorio, frente a la realidad de los negocios, comprende algo, pero le irritan los problemas con el sindicato: No ha adquirido todavía esa suficiencia y esa seguridad burguesa que permite mirar de frente a la aristocracia". Estas condiciones no estaban al margen de las complicaciones aparejadas por el intento de lograr un equilibrio entre ambos sectores.

En este punto resulta clave considerar el peso que tuvo hasta aquí la renta diferencial. Las malas cosechas en los primeros años de la década de los cincuenta y el reposicionamiento de la economía mundial le restaron importantes dividendos en concepto de exportación. Esta cuestión es central para entender el desbarajuste que se presentaba en el plano estratégico: ya no era posible capitalizar la industria con la producción agrícola. Este achicamiento generó tensiones entre la clase trabajadora y los empresarios (que no querían reducir sus ganancias), acentuando el recelo de estos últimos. La nivelación entre trabajo y capital era una aspiración difícil de resolver.

A este mismo orden de cosas las relaciones con la Iglesia Católica también adquirieron un alto grado de conflicto. Si bien en un principio existieron concesiones otorgadas a la institución clerical (como

la obligatoriedad de la enseñanza religiosa), algunas fricciones decantaron en un duro enfrentamiento. La formación del partido Demócrata Cristiano fue una respuesta ante este panorama. De acuerdo con la opinión de Norberto Galasso, fueron tres las razones que llevaron a la formación de esta agrupación política: el acercamiento del gobierno hacia algunos sectores de izquierda (lo que provocaba escozor en la cúpula eclesiástica), la autorización para que un pastor evangelista (Theodore Hicks) pudiera predicar en el país y la creación de la Unión de Estudiantes Secundarios.

Con respecto a esta última, no puede pasar inadvertido el hecho de que la UES era una expresión significativa para una amplia franja de la juventud. Los ataques por parte de la Iglesia hacia la organización estudiantil estatal iban en sintonía con las injurias esbozadas por un amplio margen del arco opositor. También se empieza a cuestionar la excesiva participación del presidente en los eventos deportivos. Se aduce que está cansado y falto de reflejos para sortear algunos obstáculos políticos y económicos. Gran parte de la historiografía sostiene este argumento, destacando el efecto que la muerte de su compañera ejerció sobre su ánimo. Es probable que esta cuestión haya influido en la conducta del jefe de Estado; sin embargo, no hay que olvidar que el General siempre fue un entusiasta aficionado al deporte. Sin reconocer su preocupación por impulsar la práctica deportiva desde sus primeros años como militar, difícilmente se pueda evaluar con seriedad este argumento.

En mayo de 1955 se produjeron distintos hechos que redundaron en el endurecimiento de las posiciones antagónicas del Gobierno y la Iglesia. La supresión de la enseñanza religiosa y de las concesiones impositivas a sus instituciones educativas dejó en claro que el enfrentamiento con la cúpula eclesiástica era abierto. Las prédicas de los obispos tomaron un rumbo netamente ideológico, de un encendido encono antiperonista, durante la celebración de Corpus Christi, de ese año. Los distintos sectores que estuvieron presentes en la tarde

de aquel sábado pusieron en evidencia que constituían, más que una congregación religiosa, una expresión política.

Unos días más tarde se produciría un intento de golpe de Estado que resultó en una masacre en los alrededores de la Plaza de Mayo.

Fue hacia el mediodía del 16 de junio de 1955, cuando aviones pertenecientes a la Fuerza Naval lanzaron un ataque con bombas y ametralladoras en contra de la Casa de Gobierno. Una importante cantidad de personas intentó trasladarse hacia el palacio gubernamental en defensa del presidente. Sobre aquel trágico día recordó alguna vez el diputado Dante Gullo que, mientras su familia intentaba llegar a la Plaza, transeúntes que se encontraban a unas cuadras del lugar les advertían que desistieran de su actitud. Sobre aquellas calles yacían decenas de muertos.

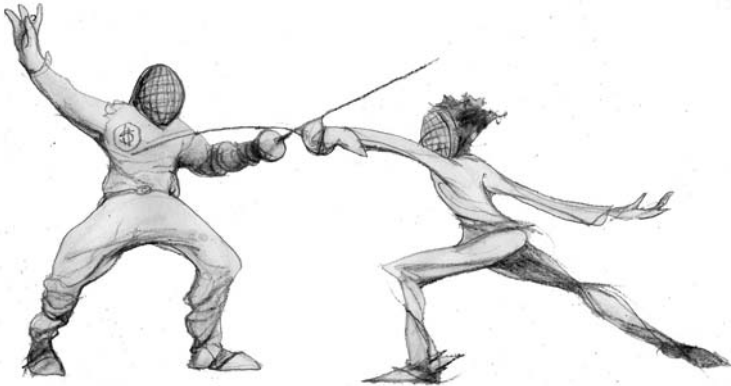
A pesar de la virulencia de la ofensiva, los golpistas no pudieron cumplir con su cometido. En distintas partes del país el movimiento pudo ser sofocado. Dicho ensayo destituyente no solo contó con elementos militares; también se involucraron organizaciones eclesióstícas y personajes de la política, como, por ejemplo, el socialdemócrata Américo Ghioldi. La cifra de masacrados nunca fue confirmada, aunque se cuentan por centenares. Si bien el presidente intentó apaciguar los ánimos, algunos militantes peronistas incendiaron varias iglesias de la Capital Federal a modo de represalia.

Luego de que el general Perón intentara una política conciliadora, la negativa de gran parte de la oposición a prestarse a un diálogo produjo en él una conversión. “El 31 de agosto, luego de presentar su renuncia, convocó... a los peronistas a la Plaza de mayo, denunció el fracaso de la conciliación y lanzó el más duro de sus ataques contra la oposición; por cada uno de los nuestros, afirmó, caerán cinco de ellos”, señala el escritor Javier Prado.

A pesar de que los responsables del intento golpista fueron juzgados por el Consejo Supremo, el frente nacional ya estaba en vías de retroceso. Los empresarios que tantas veces vacilaron en apoyar al peronismo comenzaron a desentenderse del acuerdo tácito que habían mantenido hasta entonces. Por su parte, el sindicalismo no mos-

tró la fortaleza necesaria para armar una defensa del proyecto nacional. Así las cosas, la embestida por parte de sectores civiles y militares tenía como principal objetivo truncar el proceso peronista. La oligarquía –con financiamiento incluido– aparecía como una de las columnas vitales de la oposición. “En septiembre de 1955 –dirá Prado– se produce un nuevo ataque a la democracia. Los gorilas una vez más usaron las armas de la Nación en contra del pueblo (no sería la última vez). El asesino Isaac Rojas a cargo de la Marina, bombardeó las destilerías de Mar del Plata y amenazaba a Perón diciéndole que si no renunciaba iba a ‘bombardear la destilería de La Plata’. Lonardi asumió el poder ante la renuncia de Perón, que quiso evitar un baño de sangre al país. Por fin señores como Sábato y Borges iban a conseguir un trabajo en el Estado, de mano de los criminales Lonardi, Aramburu y Rojas. La ‘libertadora’ contó con el servicio de los ‘Comandos Civiles’, compuestos por gente de la clase media e incluso miembros de la aristocracia”.

CAPÍTULO VII



Después de septiembre

“Toda la clase principal se disciplina dentro de la ideología; la colonización económica –el progreso como afirmación del país incluido en la división internacional del trabajo y su correspondiente negación como integración del todo nacional– se integra con la colonización pedagógica, pues todo el instrumental del pensamiento, desde la alfabetización al periodismo, el libro, la cátedra y la universidad, irradian hacia el seno de la sociedad las características culturales presupuestadas ideológicamente”.

Arturo Jauretche

Otro país comenzó luego de la caída del proyecto nacional. La Presidencia fue ocupada en el primer periodo de la dictadura por el general Eduardo Lonardi, un nacionalista católico. Su entorno distaba de concentrar la hegemonía, existiendo en él una compleja trama de tendencias que no tardarían en empezar a cujir. Lo secundaba el contralmirante Isaac Rojas, enfervorizado antiperonista y actor funda-

mental en la destitución del general Perón.

En razón de este contexto no es difícil entender por qué la supuesta política de conciliación esgrimida por Lonardi no tenía razón de ser. Para algunos sectores se presentaba como una cuestión fundamental extirpar la huella dejada por la “segunda tiranía”.

Más allá del rótulo impuesto por el presidente —“ni vencedores ni vencidos”—, el cambio de rumbo era una realidad imposible de desmentir. Al Ministerio de Economía arriba Raúl Prebisch, quien plantea las bases de la entrega al imperialismo. Cuando aún esta cartera ni siquiera había hecho público su informe sobre la situación económica del país, distintas voces comenzaron a dar muestras de un antiperonismo oculto. Un digno ejemplo de ello es Ezequiel Martínez Estrada, quien no tuvo reparos en acentuar su crítica al General y su movimiento: “Perón se dirigió a un sector numeroso del pueblo, el de los resentidos, el de los irrespetuosos, el de los iconoclastas. Sector de individuos sin noblezas, con una opinión peyorativa de los grandes hombres y de los intelectuales en general...”. Junto a este hubo otros tantos ‘eruditos’ que dieron cuenta de su animadversión hacia el “tirano depuesto” y su “horda de seguidores”. Poco después del derrocamiento del gobierno peronista muchos de ellos apoyaron abiertamente a los dictadores; entre las firmas más destacadas estaban las de Jorge Luis Borges, Adolfo Bioy Casares, Manuel Mujica Lainez y Silvina Ocampo. Los grandes diarios no les irán en zaga, desplegando *La Nación* algunas de las críticas más acérrimas hacia el peronismo. “Tras un decenio de oscurantismo, en que toda manifestación intelectual o artística debió estar impregnada de una supuesta doctrina nacional y al servicio de la propaganda de su único inspirador, la vida espiritual se mueve ahora en el ambiente de libertad de concepción y expresión propicio para que dé sus mejores frutos”, dice Javier Prado. Es que *La Nación* sabía mejor que nadie la peligrosidad de cambiar la concepción cultural; la vida espiritual que imaginaba este diario no era la que se venía dando desde 1945, sino la que defendían y sostenían Borges, Bioy Casares, la revista *Sur*, el diario *La Prensa*, la curia eclesiástica, el Jockey Club...

En el caso de los periodistas deportivos surgió el pensamiento recalcitrante de un grupo de escribas que hasta entonces había estado al acecho. En adelante serían la voz cantante de la destrucción de los progresos que se habían concretado en esta materia. Y lo que es peor aún: la ceguera liberal no les permitiría proceder con la honestidad intelectual suficiente para reconocer la magnífica obra del justicialismo en el área deportiva. “No dudamos [de] que así como los modestos clubs de una casilla de madera llegaron rápidamente por sí mismos a la auténtica sede social, en la misma forma en que íbamos a asistir al paso en mayor escala por parte de las instituciones que en esos estaban... cuando un día de junio de 1943 se interrumpió violentamente ‘aquella’ primavera. Y empezó el invierno que ojalá haya concluido para nuestro deporte –vaya la feliz coincidencia– el reciente 21 de septiembre, día en que recobraron vuelo las esperanzas de que la Nación, en todas sus actividades, vuelva al espíritu de faena con que realmente edificó lo sólido y estable que posee...”, esgrimía la revista deportiva *El Gráfico*. De acuerdo con este argumento, la actividad deportiva antes de junio de 1943 había estado en vías de alcanzar la plenitud.

Sin dejar de reconocer que hacia la década de los cuarenta se había producido un avance en el desarrollo de la comunidad deportiva, este semanario parece no advertir –o reconocer– que era fundamental el respaldo estatal para que el deporte tuviera verdadero arraigo.

Inmediatamente después del derrocamiento del gobierno constitucional fue intervenida la CAD-COA. Dicha injerencia estuvo a cargo del general Fernando Ignacio Huergo quien había representado al país en esgrima en los Juegos Panamericanos de México. Este cambio de autoridades fue tomado en nombre de un supuesto encauzamiento. Al respecto vale la pena transcribir lo publicado en *El Gráfico* el 4 de noviembre de 1955 en referencia a la “normalización” del mencionado organismo: “No sabemos aún qué rumbo tomará el futuro de CAD-COA, todavía absorbida su intervención por problemas que más que de organización son de administración. Pero pensamos que las cosas se reordenarán mejor, y si así ocurre no podrá demorarse mucho tiempo más

la total restauración de la autonomía a las federaciones, restitución que debe incluir el derecho de cada una a conseguir por sí misma sus recursos y destinatarios...”. Nótese que se trata de un argumento de similares características al esgrimido por políticos e intelectuales de la *intelligentzia* con respecto al golpe destituyente: intervenir para asegurar “la restauración democrática”.

A propósito de lo sucedido en esta etapa es de destacar la importantísima investigación realizada por Víctor Lupo. En el libro *Historia política del deporte argentino* enumera una serie de hechos sucedidos en este ámbito a partir de la irrupción de la dictadura antipopular. Entre ellas, la persecución a deportistas que habían abrazado a la causa nacional; algunos sin siquiera declararse peronistas.

Mientras la oposición pretendía arrasar toda conquista social, el general Lonardi intentó mantener algunas condiciones anteriores a septiembre. Durante su etapa al frente del Ejecutivo no intervino la CGT ni ordenó la clausura del Partido Peronista. Debido a esta postura, debió resistir el embate de los sectores que demandaban tajantemente barrer con el peronismo en todas sus formas y manifestaciones. En noviembre una junta consultiva integrada por radicales, conservadores y socialistas, entre otros, se encolumnó detrás de Rojas, en clara confluencia ideológica. Ante las constantes presiones, Lonardi se vio obligado a dimitir, dejándole el mando a Pedro Eugenio Aramburu. Comienza entonces una larga etapa que tiene como elemento crucial el intento de restablecer definitivamente el orden anterior a junio de 1943. Para esto fue imprescindible la desaparición del ciclo iniciado por el peronismo, tanto en el imaginario como en los hechos concretos. A tenor de lo sucedido en el plano político y económico, las consecuencias se verán reflejadas en el aspecto social. En este último estará incluido el deportivo.

Las comisiones investigadoras

El final de la etapa peronista significó la transformación de un escenario en el cual ya nada sería igual. La marca de la dictadura comenzó, a poco de iniciar la nueva etapa, su huella profunda en todos los ámbitos. Trajo consigo una carga de odio irracional contra todo

aquel que hubiera apoyado al proceso anterior.

El 7 de octubre de 1955 se firmó el decreto 479, que conformó una Comisión Nacional de Investigaciones cuyo objetivo era “investigar” a todos aquellos “implicados” con el peronismo en todas las dependencias estatales, tanto nacionales como provinciales y hasta municipales. Se produjo así un feroz acoso a los trabajadores, estudiantes y dirigentes que habían adscrito a las banderas populares. Cualquier argumento era válido para ser sospechoso, pasible de ser inquirido. Dicha comisión estaba supervisada por un antiperonista visceral que detentaba el cargo de vicepresidente de la Nación, el contraalmirante Isaac Rojas.

En su mismo despacho funcionó la autodenominada Comisión Investigadora de Irregularidades Deportivas N° 49, que se dio a la tarea de analizar el proceder de deportistas sospechados de estar vinculados al “régimen”. Fue presidida por Héctor Musitani y apuntó a los atletas emblemáticos del deporte nacional. Los castigados de la lista se cuentan por centenares, y las especulaciones vertidas por buena parte del periodismo ayudaron para que se produjeran dichas suspensiones.

Entre los sancionados se encontraban los integrantes del Seleccionado Nacional de Básquetbol, campeón mundial de 1950. El argumento utilizado por los inquisidores fue la violación a las reglas amateurs. Luego del derrocamiento del peronismo, la Confederación Argentina de Básquetbol (CABB) se amparó en el Código del Aficionado y denunció a los integrantes del seleccionado como profesionales. Este reglamento pertenecía al Comité Olímpico Internacional y advertía que por ninguna razón se podía percibir remuneración por practicar deportes. El general Perón le había regalado a cada jugador una orden de compra para importar un automóvil como recompensa por la obtención del título. La totalidad del plantel optó por elegir el Ford Mercury, debido a que dicha orden especificaba un límite de peso. De acuerdo con lo dicho por Jorge Canavesi, casi todos vendieron estos permisos a importadores, lo que les dejó una rentabilidad de veinte a treinta mil dólares.

El veredicto en contra de los campeones del mundo fue, como era de prever, la suspensión de por vida para todos los integrantes. Este hecho se indagó en la Comisión Profesionalismo y la decisión final tuvo lu-

gar en marzo de 1957. Entre otros sancionados bajo el mismo pretexto de incurrir en un supuesto profesionalismo se encontraron los campeones mundiales universitarios (1953) y el equipo de Racing (1953).

La Comisión Investigadora, arrogada de una supuesta superioridad moral, hizo de sus interrogatorios una cuestión irracional. Se les imputaron a los deportistas acusaciones insólitas, con argumentos rayanos en la locura. El calibre de las preguntas llegaba, en algunos casos, al ridículo. “También como fuimos en avión y volvimos en barco, nos preguntaron qué cosas traíamos de los viajes... ¿Qué íbamos a traer? Si éramos unos secos. Todas boludeces”, recuerda el basquetbolista Ricardo González. Más allá de esto, también existía la finalidad de vilipendiar la honorabilidad de los hombres y mujeres que habían puesto el cuerpo por el proyecto nacional.

La persecución no hizo distinciones de nombres. Fueron muchos los deportistas con gran talento que a partir de esto ya no pudieron participar de las principales competencias. La profunda animadversión hacia los deportistas que habían apoyado la etapa peronista se tradujo en distintos tipos de suspensiones. Dos de los casos más singulares fueron el de Osvaldo Suárez y el de Walter Lemos, atletas que venían marcando récords. En ese momento eran los mejores fondistas sudamericanos y contaban con amplias chances de ganar el oro en los Juegos Olímpicos de Melbourne (1956).

En el caso de Suárez, venía de establecer en maratón una marca de 2h 23'; la mejor del mundo para ese entonces. Faltando solo cinco días para viajar a la competencia, fue llamado por el Comité Olímpico Argentino para ser interrogado, primero, y suspendido indefinidamente después. Osvaldo había sido designado por los presidentes de confederaciones como el primer atleta para viajar a Australia, pero le fue negada esa posibilidad. El pretexto utilizado resultó ser la apertura de una investigación sobre supuestas conductas antideportivas. En una entrevista realizada por *La Nación*, en enero de 2017, el atleta supo decir: “La Revolución Libertadora me arruinó la carrera”.

Walter Lemos fue otro de los damnificados. Ese mismo año ha-

bía establecido récords argentino y sudamericano, superando su propio récord en varias oportunidades.

Hubo una infinidad de deportistas sancionados, muchos de los cuales no se supo de su destino. Uno de ellos fue el billarista, quintuple campeón del mundo, Pedro Leopoldo Carrera. En el libro “El hombre del clavel blanco” Luis Alberto Venosa realiza una interesante investigación sobre esta figura del deporte nacional casi desconocida. En dicha obra el autor llega a la conclusión de que, asediado por los golpistas, debió exiliarse en Brasil.

Las sanciones también llegaron a los deportistas, entrenadores y educadores de la UES. Para castigar a estos jóvenes se formó una comisión especial. Muchos fueron condenados sin haber sido notificados del proceso. Corrieron la misma suerte planteles completos; un ejemplo de ello es el del equipo de softbol, campeón juvenil federado de 1954. Todos los jugadores fueron suspendidos por haber recibido motonetas en recompensa por la conquista lograda.

Los malditos

El propósito de la dictadura era eliminar cualquier vestigio que tuviese que ver con lo popular. Dicha persecución se emparentaba con el profundo sentimiento antiperonista que impregnaba a un sector de la sociedad. El decreto 4161 no era otra cosa que la exteriorización de esta idea de destrucción de todas las figuras y la simbología peronistas. Los bombardeos a Plaza de Mayo y los fusilamientos en los basurales de José León Suárez (en junio de 1956) fueron una muestra del ánimo revanquista que se extendía a los demás ámbitos. El deporte, por supuesto, no constituyó la excepción. La furia antiperonista se ensañó especialmente con aquellos que se habían identificado con el proyecto nacional y adoptado una actitud militante, tanto a nivel deportivo como político.

Don Arturo Jauretche solía referirse a estos hombres y mujeres, negados por la historia oficial, como “los malditos”. Personajes que con sus actos hicieron una contribución al pueblo y que, por esta razón, fueron silenciados adrede por la superestructura cultural.

Estos olvidados provenían de los campos del pensamiento, las

artes, la ciencia, la cultura. Eran todos aquellos que hubieran desafiado al sistema diseñado por la clase dominante e instrumentado a través de la colonización pedagógica.

José María Gatica fue otro de los deportistas que sufrieron el hostigamiento por parte de los adversarios del pueblo. Su presencia provocó la división ideológica entre las barras que iban a verlo pelear al Luna Park. Lo que sucedía en torno a su figura evadía largamente lo deportivo para constituir un fenómeno sociológico.

Para una parte de la afición era la experiencia de retorno a sus reivindicaciones. Muchos de sus simpatizantes eran trabajadores, tal vez provincianos que venían a ganarse un lugar en la gran urbe. Formaban parte de ese sector que se había acomodado en la escena social que el peronismo habilitó con sus políticas. Más allá de su rendimiento deportivo, José María había estrechado lazos con una gran porción del pueblo.

Después de la caída de Perón el *Mono* continuó boxeando. Su carrera ya había tocado su techo, lo que fue seguido de una acentuada declinación deportiva. No obstante la inminencia de su ocaso, continuaba generando el afecto y el rechazo del público. Aun en periodo de censura siguió dedicando sus triunfos al General.

El 6 de julio de 1956 combatió en el Lomas Park, un recinto de la zona sur del Gran Buenos Aires. Aquella noche fue detenido, luego de haber vencido a Jesús Andreoli, por “no tener la licencia de boxeador en regla”. Situaciones como esta venían a demostrar que existía una regla general: quienes fueran perseguidos por la “libertadora” encontrarían obstáculos para no poder seguir desarrollando su actividad. La persecución a los atletas es una muestra de lo que ocurrió con respecto al planeamiento deportivo general.

La ruptura

El peronismo es un fenómeno que aparece en el escenario rompiendo la estructura cultural urdida desde la matriz liberal mitrista. Este hecho generó al interior del proceso una transformación en las condiciones sociales y la elaboración de una nueva manera de entender los espacios.

Al producirse el golpe militar de septiembre de 1955 se intentó recomponer el *statu quo* anterior, maltrecho después del ascendente protagonismo de las clases trabajadoras. La estructura ideológica, sirviente del *establishment*, tomó nuevamente la iniciativa. En este sentido, la intelectualidad convalidó la destrucción del ideario popular.

El aire se impregnó de un imaginario que asoció al peronismo con un bolsón de inmoralidad y corrupción. Esta tendencia vino de la mano de una formidable campaña de prensa que abundaba en la utilización del término “demagogia” para explicar el accionar en innumerables facetas del quehacer nacional. Escritas de diferentes tintes ideológicos acusaron al gobierno peronista de autoritario y antidemocrático. La raíz conceptual de estos argumentos atravesó cada página del *Libro negro de la segunda tiranía*, obra dedicada a denunciar las “atrocidades” que cometió el justicialismo.

Resulta de vital trascendencia identificar la imagen que sistemáticamente se propaló desde las bibliotecas y casas de altos estudios. No es difícil rastrear los conceptos y valoraciones con que muchos escritores suelen referirse al peronismo. Son consignas trilladas que se reiteran de generación en generación. El antiperonismo actual, a derecha e izquierda, sigue machacando sobre las mismas consignas: “Si tuviéramos que ubicar a quien de manera más ostensible y pertinaz se valió de la demagogia para consolidar y aumentar el apoyo que recibió de gran parte del pueblo en 1945, tendríamos que nombrar a Juan Perón, sin la menor posibilidad de caer en error de apreciación. La enumeración de episodios que merece distinguirse en esta categoría es tan variada como abundante. El eslogan utilizado durante muchos años, y que decía ‘Perón apoya al deporte’ fue una sutil estrategia que atrajo a muchos que no advertían que las necesidades de un pueblo radican en cosas muchísimo más importantes que el deporte y, de modo especial, al fútbol, siempre favorecido con irritantes privilegios por casi todos los gobiernos”, dice el historiador Pablo Ramírez.

Esta matriz conceptual se encuentra en sintonía con un pensamiento extranjerizante, organizado por una oligarquía socia y sirviente de los intereses imperialistas. Adhiere a este una intelectualidad

dispuesta a despreciar lo autóctono mientras aprecia lo ajeno como civilizador. Es una *intelligentzia* (y no inteligencia) que asocia la cultura del Viejo Mundo con lo universal, enajenando cualquier forma de creación intelectual, artística, cultural.

Esta *intelligentzia* también alcanza al periodismo deportivo. Expresiones como aquellas de las que hemos venido haciendo mención evidencian un debate que atraviesa las generaciones. Lo que se dirime es la dicotomía civilización-barbarie.

Desde esta perspectiva, la mirada liberal, el Estado es concebido como un ente cuya intervención es mínima. Toda organización deportiva debe autogestionarse, pues cualquier injerencia estatal viene a afectar su principio de autonomía.

Amplias franjas sociales encontraron en el deporte una expresión de su protagonismo. Esto significaba en el plano social el estrechamiento de diferencias entre los distintos estratos. La participación en competencias populares borró muchos rasgos que daban cuenta de una cierta distinción. Entonces los hombres y mujeres, cualquiera fuese su condición de clase, traspasaron las fronteras simbólicas y comenzaron a transitar una nueva dimensión.

Ante estas perspectivas la dictadura militar intentó restaurar la condición restrictiva del deporte. En una década la estructura deportiva había hecho posible la participación mayoritaria de los argentinos. Las bases se encontraban consolidadas y con perspectivas de continuar masificando la actividad. Con la designación de Fernando Huergo al frente de la CAD-COA se produjo un cambio en todo sentido. Se inició una política de achicamiento consistente en restar el respaldo a las organizaciones que lo necesitaban, a la vez que se intervenía a las distintas federaciones, a fin de asegurar que el cambio de paradigma en el deporte se hiciera efectivo. Se colocó a la cabeza a dirigentes o militares que compartían el nuevo orden y que, además, estaban dispuestos a convalidar el castigo a los deportistas comprometidos con el pensamiento nacional. Esto significó el fin de competencias populares como los Campeonatos Evita, verdaderas manifestaciones colectivas y simbólicas. Su importancia trascendió el ámbi-

to de lo deportivo, por eso resultó revelador que este tipo de certámenes no fuera reemplazado por otros de similares características. En el pensamiento de las autoridades políticas existía la firme intención de quitarle al pueblo este tipo de conquistas.

Habría que esperar hasta la década de los setenta, con el surgimiento de otro gobierno peronista, para que volvieran a repetirse experiencias de este tipo. Era evidente que el accionar de la clase dirigente septembrina se encontraba consustanciado con la idea de negar la política deportiva del peronismo.

Todas las medidas adoptadas después de 1955 tendrán sus consecuencias en los eventos celebrados en los meses subsiguientes. Los Juegos Olímpicos de Melbourne (noviembre de 1956) marcarían no solo un retroceso en cuanto al rendimiento deportivo. A estos Juegos viajó una delegación de veintiocho atletas; para tener una dimensión de lo escaso del número del que estamos hablando, baste recordar que a Londres (1948) habían ido casi doscientos, y a Helsinki (1952) lo hicieron más de cien.

Para viajar a Australia la lista de integrantes se fue depurando de acuerdo con las pretensiones de la cúpula directiva. En disciplinas que tenían chances de realizar buenas experiencias se les negó la posibilidad de viajar. No se permitió la participación de equipos porque era considerado un exceso económico. La atleta Isabel Avellán fue la única mujer del representativo nacional.

Aunque parezca mentira, la Argentina no volvería a lograr una medalla dorada hasta Atenas 2004.

Quedó claro. No solo se trataba de perseguir a los atletas que –según ellos– se habían identificado con el peronismo: tenía que ver con aniquilar la socialización del deporte.

Epílogo de una etapa

Con el peronismo comenzó una etapa histórica. La clase trabajadora surgió con un rol protagónico y obtuvo nuevas conquistas sociales. Es así como el proceso histórico experimentó un cambio trascendental. La Justicia Social, uno de los pilares del justicialismo, fue de-

terminante para democratizar distintos campos, entre los cuales se encontraba el de la cultura.

El peronismo comprendió mejor que nadie el papel de la práctica atlética en el desarrollo de la sociedad. El deporte fue tomado como un elemento esencial para la formación del sujeto. Por eso es que se hizo hincapié en la participación masiva: hombres y mujeres, de todos los sectores y edades, practicando alguna actividad física.

Por parte, a partir de este fenómeno se habilitaron nuevos espacios de participación. El club, la sociedad de fomento, los eventos populares fueron lugares de encuentro e intercambio. Allí se forjó una identidad colectiva productora de sentido.

Con la caída del gobierno justicialista estas conquistas fueron conculcadas al calor de los acontecimientos. La cultura deportiva dejó de ser popular y democratizante debido al carácter liberal del nuevo escenario surgido a partir de septiembre de 1955. Desaparecieron las instancias participativas, se persiguieron a deportistas y se produjo la elitización de la práctica deportiva.

Esta perspectiva observada en este ámbito fue la misma para otros de la vida del país. El pueblo fue sojuzgado por haberse manifestado sujeto de derecho, sufriendo persecuciones por pronunciarse a favor del Proyecto Nacional.

Se trató de una dictadura cívico/militar de la que participó un importante sector del arco político opositor. Tal es así que muchos dirigentes fueron funcionarios de dicho régimen.

La dictadura militar sintetizó el deseo de las oligarquías y los movimientos antipopulares. Fue la expresión de un viejo país que reprodujo un programa liberal que dejó al margen a las mayorías.

La autodenominada revolución libertadora tuvo un sólo objetivo desde el momento de su irrupción: destruir cualquier forma de Justicia Social. “Sepan ustedes —dijo cierta vez el contraalmirante Arturo Rial ante un grupo de dirigentes de la CGT— que la revolución libertadora se hizo para que en este país el hijo del barrendero muera barrendero...”.

PARTE II. CAPÍTULO VIII



La resistencia deportiva

“El régimen opresor de ‘la libertadora’ no impidió la rebeldía surgida en los barrios, las fábricas, los sindicatos combativos. La resistencia peronista nació desde el mismo momento en que el gorilismo logró quebrar el orden constitucional. Se lo llevó adelante realizando huelgas, sabotajes, pintando insignias de manera clandestina”.

Oswaldo Jara

Algo había cambiado luego de 1955. Efectivamente, y a pesar de proclamas supuestamente conciliadoras, hubo vencedores y vencidos. La persecución ideológica se dio en todos los terrenos del quehacer nacional, desde el político hasta el cultural. El espíritu revanchista de civiles y militares llegó a extremos inimaginables, cercenando dere-

chos y libertades democráticas. Se instauraron el Decreto 4161 y las comisiones investigadoras; la “derogación” de la Constitución de 1949 debe ser considerada en este mismo sentido.

La resistencia peronista se manifestó como consecuencia de tal virulencia. Fue encabezada por los mismos trabajadores que unos años antes protagonizaron el 17 de Octubre. En algunos casos son “fabriqueros”; en otros, militantes que pertenecen a una misma barriada. Las posibles estrategias consisten en improvisar la entonación de la Marcha Peronista o pintar las paredes con leyendas. Si bien un puñado de dirigentes buscó cohesionar a estos grupos, fueron muchas las dificultades, resultando imposible una estructura organizada.

El deporte estaba en manos de un grupo de dirigentes con una concepción liberal, tal como hemos descrito en el capítulo anterior. La destrucción de la política deportiva trastrocó el sistema piramidal, haciendo mella en su base. Muchos clubes se transformaron en refugios de militancia y construcción política. En los barrios populares, la clase trabajadora se aglutinó en torno a estructuras participativas y democráticas, a pesar de que la dictadura pretendió infiltrarse en ellas. Ya hemos mencionado el caso del Club 17 de Octubre, que debió cambiar de nombre por imposición de los militares. Muchas instituciones quedaron con comisiones directivas acéfalas debido a la persecución a militantes peronistas.

Los clubes de los Bosques de Palermo que habían sido expropiados a favor del pueblo fueron “devueltos”, dejando sin efecto su carácter público. Víctor Lupo señala que retomaron el carácter elitista y conservador. Por otra parte, las instituciones que mantuvieron esta condición en años anteriores redoblaron su enjundia. Algunas de ellas eran pertenecientes a lo más selecto, como El Progreso o el Jockey Club.

La animosidad recayó en los deportistas identificados con el pueblo. Uno entre tantos otros ejemplos es el de los hermanos esgrimistas Félix y Fulvio Galimi, quienes fueron castigados fuera y dentro del ámbito deportivo. “Nos echan de todos lados y quedamos en bolas. No solamente con la esgrima, que para nosotros era fundamental. No teníamos recursos para vivir. Así estuvimos cinco años, donde iba...

chau: 'concomitancias con el régimen depuesto', una persecución tremenda. Después empezamos la lucha para regresar, y quien la encabezó fue un periodista llamado Ortiz", cuenta Fulvio Galimi. A pesar de haberse declarado la amnistía general, en 1958 continuaron impedidos de poder competir. En el seno de la Federación de Esgrima había fuertes presiones para que no se otorgara la inhabilitación, la cantidad de votos para lograrlo era insuficiente. Dicho levantamiento se dio luego de un atentado en el domicilio familiar. "Llegan a mi casa cuatro tipos y a mi madre Filomena le dan un empujón. Estaban armados con cachiporras y revólver. Se ve que nos iban a dar una paliza brutal. Ella se agarró de las cosas desesperadamente y empezó a gritar, los tipos le pegaron desfigurándola por completo. *La Razón* tituló 'Atentado brutal contra los hermanos Galimi'. A los tres días nos levantaron la inhabilitación. Quiere decir que nos mantuvieron después de Frondizi tres años más solamente porque querían", concluye Fulvio. En la vuelta a las pedanas, en 1962, Félix logra el Torneo Nacional a los 34 años y luego de una larga inactividad. El mismo camino sigue Fulvio, quien supo conseguir el Campeonato Nacional de Sable y el Subcampeonato de Florete.

Igualmente emblemático resulta el caso de María Beatriz Terán de Weiss, tenista que supo conjugar la militancia con su destacadísima carrera profesional. Con la caída del peronismo su suerte pareció quedar echada. En septiembre de 1955 se encontraba compitiendo en Alemania cuando la Asociación Argentina de Tenis (intervenida por allegados a la dictadura) le advirtió que ya no podía representar al país. Si bien la deportista logró que la Federación Internacional le permitiera continuar durante el certamen, no pudo regresar a la Argentina por muchos años. Se inició una "investigación" para descubrir supuestas irregularidades en su conducta como deportista y dirigente, al mismo tiempo que le fueron confiscados sus bienes. A María Beatriz no le quedó más remedio que obtener la ciudadanía española y participar en certámenes bajo esa bandera. Estando Perón exiliado en Panamá, le pidió que intercediera ante el gobierno español para que le fuera otorgado el asilo. "Si vuelvo a Buenos Aires me arrestarán y

no quiero terminar en manos de gente totalmente desprovista de escrúpulos. Soy pobre, no sé de qué vivir. Solicito su ayuda, señor General, para que apoye mi solicitud ante las autoridades españolas para recibir la ciudadanía de este país, en el que creo que encontraré un poco de paz...”, expresaba María Terán de Weiss.

La resistencia peronista en el deporte se dio, justamente, en la entereza ante los embates de la dictadura. El encono contra los atletas no fue casual, ya que fueron militantes e impulsores del deporte. Muchos de ellos habían sido dirigentes, colaboradores o activistas de la política deportiva del peronismo. Y lo siguieron siendo a pesar de los inquisidores. Osvaldo Suárez logró la habilitación y pudo ganar la prueba de San Silvestre en 1958, 1959 y 1960. Su carrera fue brillante pese a que se le prohibió participar en su mejor momento. En ocasión de un Juego Iberoamericano disputado en España, fue a entrevistarse con el general Perón en Puerta de Hierro. La visita se produjo de incógnito, ya que corría el riesgo de ser sancionado por las autoridades. Suárez afirmó que quiso regalarle al líder político una de las medallas que había ganado en aquel certamen. Sin embargo, Juan Perón no lo aceptó: “Yo no te lo puedo aceptar, esto te costó sudor y lágrimas. Nunca te lo desprendas porque es algo tuyo”.

Cuando se levantaron las suspensiones, muchos deportistas ya eran veteranos. Ello ocurrió con casi todo el plantel del Seleccionado Nacional de Básquetbol, campeón mundial de 1950. En la misma condición quedaron los atletas juveniles de proyección que no pudieron competir. Muchos de éstos se encontraban en la Unión de Estudiantes Secundarios (UES), semillero deportivo y de formación integral.

Si bien existían ámbitos más conservadores que otros, la fobia antiperonista alcanzó a todo el deporte. Su accionar era promovido por las autoridades, a través de las comisiones investigadoras o los servicios de inteligencia, además de la colaboración de deportistas y cuadros directivos antiperonistas. La participación activa de dichos actores fue fundamental para lograr que la persecución resultara “exitosa”.

El genocidio deportivo produjo el deterioro general de la activi-

dad. Esto se pudo evidenciar en la falta de figuras, en los escasos logros obtenidos y en la pronunciada caída en los medalleros panamericanos. Dicho retroceso, continuo y acelerado, produjo un fenómeno de distorsión en la pirámide deportiva: mientras se perseguía a los deportistas de elite, también se destruía el deporte de base.

Sin brújula

La destrucción de la política deportiva implementada por el peronismo dio lugar a un nuevo paradigma que se tradujo en imprevisión, escasez de recursos y pérdida de cuadros. Sin embargo, hubo intentos constantes por parte de las distintas gestiones de crear una ley del deporte.

El Estado nacional dejó de brindar su apoyo a organizaciones y clubes, perdiendo su rol protagónico en la planificación del deporte. Esto repercutió en la dependencia de las federaciones y del aporte económico individual para que los atletas pudieran competir en el alto nivel. En este sentido, en muchas ocasiones no se tuvo el presupuesto suficiente para asistir a eventos internacionales.

La cosmovisión liberal instalada durante la dictadura del general Pedro Eugenio Aramburu prevaleció hasta el regreso del peronismo. Durante el gobierno del radical Arturo Frondizi se intentó promover la actividad en el ámbito de la educación física, creando una dirección nacional. Su director, el profesor Ramón Muros, se encontró con la escasa preparación de los docentes, por lo que se dedicó especialmente a formarlos.

La *performance* de los atletas argentinos decreció paulatinamente en el escenario latinoamericano. Sólo algunas figuras, como Osvaldo Suárez, se encontraban en la elite. La actuación de las delegaciones nacionales en las sucesivas competiciones iría en franca declinación. Para los Juegos Panamericanos de Winnipeg (1967) la partida asignada por el Estado no fue suficiente para solventar los gastos, debiendo distintas federaciones aportar para la estadía. En los días previos a la competencia el ciclista Antonio *Payo* Matesevach sufrió un terrible accidente mientras entrenaba en las calles de la ciudad cana-

diense. El Estado no se hizo cargo de los gastos por lo sucedido. De regreso a nuestro país, fue internado en el Hospital Fernández con un principio de gangrena. Sus compañeros debieron hacer una colecta para adquirir un clavo de platino, elemento necesario para su recuperación. “Sentí un dolor muy grande –dice Matesevach– porque representaba a mi país y tuvo que hacerse una colecta para comprarme un calmante. Conversando con un periodista le manifesté algunas cosas y el caso se hizo mediático. A las pocas semanas vino una señorita en nombre del gobierno de la Nación y me dijo que tenía que abstenerme de todo tipo de declaración y desmentir lo que había dicho”. El presidente de la CAD, Jorge Noceti Campos, lo acusó de haber sido influenciado con ideas subversivas. Otro hecho que venía a demostrar la falta de planificación fue lo sucedido en los Juegos Olímpicos de México (1968), cuando el nadador Luis Alberto Nicolao llegó tarde a la semifinal de los 100 metros estilo mariposa. Los delegados argentinos no le advirtieron que para llegar al natatorio debía tomar un camino alternativo a fin de evitar el maratón que se estaba corriendo en aquel momento. Estos hechos, lejos de ser anecdóticos, evidenciaban que el deporte no era una política de Estado.

La cosmovisión liberal del deporte y la práctica física destruyó una cultura consolidada. Las bases de la comunidad deportiva fueron diezmadas y desmovilizadas. Ello repercutió en el escaso desarrollo del deporte nacional. “El nuevo interventor de la Confederación Argentina de Deportes, Ernesto Cilley Hernández [...] viene, como todo hombre nuevo, con ‘todo’ o ‘nada’ en la mano. Es decir, que además del cargo y las responsabilidades, puede o no venir con la determinación de hacer caminar *algo que se viene cayendo desde hace años... ¿o no?* Porque no nos hacen falta nombres que ocupen sillones sino que sean capaces de conmover con *su acción*. El cargo que ocupa desde hoy Cilley Hernández en la Confederación Argentina de Deportes ha sido hasta ahora y casi sin excepciones, un cargo de puros lamentos”, editorializó la revista *El Gráfico*.

En los primeros años de la década de los setenta existen señales de reactivación. En 1971, y luego de muchos años de prohibición,

se retoman las corridas callejeras por la Ciudad de Buenos Aires. Se realizan los Campeonatos Interbarriales, que convocan a más de diez mil adolescentes en el distrito capitalino. Se disputan los Juegos Deportivos Interuniversitarios, con jóvenes de todo el país, y los Juegos Deportivos Interindustriales, que convocaron a más de tres mil deportistas. Aun así, el cuadro de situación continuaba siendo insatisfactorio. La pérdida del poder adquisitivo influyó decisivamente en el decrecimiento de la práctica deportiva. Era más difícil incorporar a los sectores más bajos de la sociedad, que fueron las primeras víctimas de la redistribución regresiva de los ingresos. El tiempo para el esparcimiento disminuyó drásticamente, desfavoreciendo de manera notoria el panorama.

En esta etapa se dieron varios intentos por elaborar una ley de deporte. Uno de los “problemas” que adujo la dirigencia política fue la falta de recursos económicos. En 1965 el radical Arturo Illia creó una comisión para el tratamiento de un proyecto, previendo un fondo para financiar al deporte. Dicho intento no pudo concretarse debido al golpe militar de Juan Carlos Onganía.

En mayo de 1969 se estableció que el cincuenta por ciento de la recaudación de Casinos Nacionales se destinaría a financiar a la actividad deportiva. Esta iniciativa puede ser considerada como el origen del Fondo Nacional del Deporte. El 10 de junio del mismo año se firma el Decreto-Ley 18.247, que da lugar a la primera Ley del Deporte. Dos años después, bajo la presidencia de facto de Alejandro Agustín Lanusse, se crea la Subsecretaría de Deportes. En su artículo 1^o establecía que “el secretario de Promoción y Asistencia de la Comunidad, será asistido por un subsecretario de Deportes que tenga las funciones, atribuciones y responsabilidades que el secretario le asigne, conforme al Artículo 5^o de la Ley N^o 18.416”. Al frente de dicha dependencia se nombró a Ernesto Cilley Hernández. La Subsecretaría dependía del Ministerio de Bienestar Social, bajo el mando de un ferviente antiperonista, Francisco *Paco* Manrique, en cuya foja de servicio figura su participación en el golpe militar de septiembre de 1955; además, se vio implicado en la desaparición del cadáver de Eva Perón. Manrique inten-

tó desde su cartera autoproclamarse como garante de derechos sociales dando impulso a una serie de iniciativas. También fue quien desempolvó un viejo proyecto para obtener recursos para el fútbol profesional y promovió el Concurso de Pronósticos Deportivos (ProDe).

Ley del Deporte, espíritu de un pueblo

Los dieciocho años de proscripción del peronismo habían sido demasiado para el pueblo argentino. Las políticas antipopulares que se fueron sucediendo terminaron provocando la resistencia en las calles. Ejemplo emblemático de esta es *El Cordobazo*, una auténtica pueblada en contra de la dictadura en la que confluyeron trabajadores, profesionales y estudiantes. La clase oligárquica y parte de la burguesía fueron incapaces de seguir sosteniendo el régimen.

La vuelta de Perón a la Argentina se dio gracias a la relativa apertura política otorgada por Lanusse. Con su líder proscrito, el justicialismo obtuvo en las elecciones del 11 de marzo de 1973 la diferencia suficiente para catapultar a Héctor José Cámpora como presidente de los argentinos.

El escenario estaba dado para garantizar las libertades democráticas. El reordenamiento de nuevas condiciones no era sencillo, debido a las cuantiosas demandas políticas, económicas y sociales. Todos los frentes estaban abiertos, muchos sectores pugnaban por plantear sus prioridades.

Pero el flamante presidente renunció y convocó a elecciones para que el General, que puso a su esposa Isabel en la fórmula pueda conducir los destinos de la Nación. Con la fórmula Perón-Perón, el FREJULI resultó electo el 23 de septiembre de 1973 con el 62% de los votos. El General asume su tercera presidencia en un contexto internacional muy distinto al de la década de los cincuenta. El país mismo se encontraba con una situación compleja en todos los planos.

Con respecto al deporte, los lineamientos liberales habían generado un retroceso insalvable, sobre todo desde lo cultural, ya que este derecho no fue garantizado ni promovido, perdiéndose así generaciones de niños, adolescentes y adultos con cultura física. Pero a par-

tir de entonces, los dirigentes de la comunidad deportiva comenzaron a movilizarse.

En mayo de 1973 se reunió el Consejo Nacional de Planificación del Movimiento Nacional Justicialista para estudiar la situación del deporte y elaborar propuestas para su mejoramiento. Las células, activas en las organizaciones libres del pueblo, emergieron con toda su fuerza. Se creó la masa crítica suficiente para acompañar los cambios que se debían realizar.

La Secretaría de Deporte, dependiente del Ministerio de Bienestar Social, tuvo la tarea de ejecutar las primeras medidas del gobierno democrático. Además de promover la actividad, planificó un Censo Nacional de Entidades Deportivas para conocer con exactitud el estado de las instituciones que había en el país. Se fomentó la actividad deportiva entre la juventud con certámenes como los Campeonatos Infantiles Evita y Juveniles Argentina Potencia. En éstos se practicaban distintos deportes, movilizando a miles de chicos que no estaban en el sistema federado.

La Confederación Argentina de Deportes (COA) recuperó el protagonismo y fue uno de los pilares sobre los que se basó la actividad. Su presidente fue nada menos que Félix Galimi, símbolo del peronismo y uno de los principales promotores de la Ley del Deporte y de los organismos creados para llevarla adelante. “El desarrollo y aplicación del plan deportivo, a través del Consejo Nacional del Deporte, facultará actividades masivas en cualquiera de las especialidades, y así será que de escuelas, colegios, universidades, gremios, cuarteles, en fin, en todo medio donde los trabajadores vieron contenidos sus afanes deportivos, surjan hombres aptos en todas las disciplinas. Esa será una forma de erradicar al deporte del sentido de élite. En cualquier lugar del país, en cualquier hogar, se gestan deportistas, que no han tenido chance porque nadie les ha brindado los medios. Y hoy se brinda toda oportunidad. Hoy no se niega nada a nadie. Y de allí, del pueblo, de esa amplia base con vocación deportiva, podrán determinarse a verdaderos valores con respaldo técnico y humano para consolidar los triunfos”, enfatizó Félix Gamini.

Hasta ese entonces, el peronismo había tomado al deporte como una política de Estado sin haber tenido un ministerio o una cartera exclusiva para dicho ámbito. Se valió de una red de entes para llevar adelante la planificación. Para esta nueva etapa se propuso institucionalizar dichas iniciativas a través de una ley.

El 6 de octubre de 1973 se realizó en La Rioja el Congreso del Deporte, con la participación de representantes de todas las provincias y de Capital Federal y presidido por Pedro Vázquez, titular de la Secretaría de Deporte. A lo largo de cuatro jornadas se debatió en comisiones para llegar a una posición en común y darle cuerpo a la legislación.

El contenido de la ley, sancionada el 21 de marzo de 1974, interpreta las necesidades de la época. De alguna manera, es el instrumento constitucional que garantiza el deporte, el ejercicio físico y la recreación como un derecho inalienable. Se establece la responsabilidad del Estado en la promoción de la cultura física, teniendo entre sus objetivos fundamentales “la utilización del deporte como factor educativo coadyuvante a la formación integral del hombre y como recurso para la recreación y esparcimiento de la población”.

Tal como señala Víctor Lupo, esta ley se apoya básicamente en tres puntos; la creación del Consejo Nacional del Deporte (CoNaDe), el Fondo Nacional del Deporte y la adhesión de los distritos provinciales y Ciudad de Buenos Aires. Éstos se encuentran ligados conjuntamente, reflejando el espíritu de la norma, democrática, popular y federal.

El CoNaDe es el órgano donde se toman todas las decisiones atinentes a la actividad, y en él se encuentran representados todos los actores. Está integrado por dos representantes del Órgano de Aplicación, ocho surgidos de los Consejos Regionales, dos por el Consejo de Coordinación, uno por la Confederación Argentina de Deportes (CAD), uno por el Comité Olímpico Argentino (COA), uno por las entidades *amateurs*, uno por las entidades profesionales, uno por el deporte universitario y uno por el deporte de discapacitados.

El CoNaDe tiene entre sus principales facultades elaborar proyectos para fomentar la actividad deportiva y asistir a las instituciones en los aspectos técnicos, económicos y de infraestructura, así co-

mo elaborar el presupuesto anual para la asignación de los recursos provenientes del Fondo Nacional del Deporte.

Esta legislación contempla la creación del Consejo de las Regiones, que está integrado por representantes de los distintos distritos regionales y tiene el objetivo de “evaluar planes, proyectos y programas para la aprobación por el Consejo Nacional del Deporte”. Dicho ente regional conforma un cuerpo democrático y representativo para resolver necesidades de su área de influencia. A su vez, lleva sus demandas al CoNaDe para su consideración.

La ley establece la creación del Fondo Nacional del Deporte, órgano encargado de obtener recursos para financiar los proyectos decididos en conjunto. Dichos fondos se destinan a “la construcción y mantenimiento de instalaciones deportivas, a la asistencia del deporte en general, a la capacitación de científicos, técnicos y deportistas y al fomento de competiciones deportivas de carácter nacional e internacional”. Los beneficiarios pueden ser entes oficiales o instituciones privadas, siempre y cuando apunten al mejoramiento del deporte.

El Capítulo VIII establece el régimen de adhesión de las provincias y la Ciudad de Buenos Aires. Allí queda estipulado que la incorporación de éstos les dará la posibilidad de participar en los organismos creados por esta ley, como también sus derechos y beneficios.

Esta legislación recorrería un largo y sinuoso camino para su concreción. En el último capítulo abordaremos su actualización durante el periodo kirchnerista.

La Ley del Deporte fue sancionada con el número 20.655. Doce días después, el 2 de abril de 1974, fue promulgada; sólo bastaba su reglamentación para ponerla en vigencia.

Sin embargo, las circunstancias impidieron que se hiciera efectiva.

Hacía un tiempo que la salud del Presidente venía siendo tema de preocupación en el seno del gobierno nacional. El 17 de junio de 1974 por la noche Perón interrumpió su actividad y, por sugerencia del doctor Pedro Cossio, decidió tomar reposo. En los días posteriores su estado general se agravó de manera preocupante. Su avanzada

edad y las tensiones con que debía lidiar fueron determinantes para el General. El 29 de julio delegó el mando en Isabel Martínez de Perón, vicepresidente de la Nación.

El 1 de julio de 1974, a los 81 años, falleció Juan Domingo Perón, ante el dolor y la congoja de un pueblo que había esperado durante muchos años su regreso.

En poco tiempo pudo mejorar la situación de la clase trabajadora, golpeada por los embates del modelo oligárquico-liberal. Sin embargo, había quedado sin resolver una serie de conflictos. Dentro del mismo frente existían organizaciones de distinto corte ideológico cuyas diferencias generaban fuertes conflictos. No es un detalle menor el enfrentamiento entre algunas organizaciones políticas, sobre todo entre el sindicalismo y la juventud de la izquierda peronista.

El deceso del líder causó conmoción en todo el pueblo argentino. El diario *Noticias* del 2 de julio lo resumió con una contundente síntesis: “El general Perón, figura central de la política argentina en los últimos 30 años, murió ayer a las 13.15. En la conciencia de millones de hombres y mujeres la noticia tardará en volverse tolerable. Más allá del fragor de la lucha política que lo envolvió, la Argentina llora a un Líder excepcional”. De esa manera, se terminaba un capítulo fundamental de la historia argentina.

El peronismo tuvo un rol protagónico en el fomento del deporte y la actividad física. Lo hizo a través de una política deportiva que apuntó a tres áreas específicas: la juventud escolarizada, la juventud no escolarizada y los adultos. Se valió de las organizaciones libres del pueblo para llegar a todos los sectores, sobre todo los de menores recursos.

Supo incorporar a la actividad como hábito de la sociedad, insertándola en la cultura. Fue el instrumento que permitió generar políticas educativas, de salud y de formación integral. En una palabra, permitió democratizar derechos básicos, pilares de la justicia social.

La Ley del Deporte era una materia pendiente de toda la comunidad deportiva. Su originalidad estaba dada, fundamentalmente, en la

creación de un parlamento conformado por todos los actores de este ámbito. El CoNaDe fue introducido en la legislación por el general Juan Perón, quien lo creía esencial para la resolución orgánica de las problemáticas de la cultura deportiva. Luego de su fallecimiento, la ley tuvo el rechazo de muchos personajes pocos afectos a la democracia. Dirigentes como Eduardo Bernal participaron de aquella experiencia. “Fuimos convocados algunos de los participantes en La Rioja para elaborar la reglamentación, pero lamentablemente algunos vieron negativamente el régimen federal. Los legítimos representantes de todas las regiones debían tener sus representantes, junto a otros entes vinculados al deporte, para diagramar, fiscalizar recursos y trazar programas. Como ello acotaba el poder discrecional de algunos las reuniones se suspendieron después de la muerte del General”, recordó Bernal.

Comenzaría entonces una larga lucha para su cumplimiento...

CAPÍTULO IX



“Creo que se perdió la conciencia del dirigente sobre la construcción de una comunidad organizada. Un funcionario que hace una escuela sin un lugar para la práctica del deporte y el arte o un barrio sin un club, es un funcionario liberal, en el peor aspecto de la palabra, esté en el gobierno que esté. A partir de 1976 se han realizado cientos de estas infraestructuras sin lugares para la práctica deportiva”.

Víctor Lupo

El sangriento golpe de Estado del 24 de marzo de 1976 fue la puerta de entrada al periodo más oscuro de la historia argentina. Se cercenaron derechos y libertades democráticas y se implantó el terror en el país. Civiles y militares conspiraron contra la democracia, con la complicidad del Departamento de Estado estadounidense.

La cúpula militar integrada por el teniente general Jorge Rafael Vi-

dela, el almirante Emilio Massera y el brigadier general Orlando Agosti inauguró un régimen expoliador de consecuencias trágicas. Se llevó adelante una violenta represión que, por medio del secuestro y la desaparición forzada de personas, colaboró en la instrumentación de un siniestro programa económico. Éste fue comandado por José Alfredo Martínez de Hoz, representante de lo más granado de la oligarquía.

El plan económico consistió básicamente en destruir el mercado interno, generar endeudamiento, favorecer la especulación financiera, dar apertura a las importaciones y achicar el Estado. Apenas asumida la junta militar, el Fondo Monetario Internacional (FMI) le concedió 370 millones de dólares, el crédito más alto otorgado a un país latinoamericano hasta entonces. Las consecuencias serían pagadas por el pueblo trabajador.

La inflación, la reducción de salarios y la paulatina decadencia de la industria redundarían en una redistribución regresiva del ingreso. Eran los antiguos dueños de la Argentina decididos a retrotraer las conquistas logradas por el colectivo. La destrucción del Estado implicaba desactivar el sistema institucional que daba protección a vastos sectores de la sociedad. Lo mismo en el plano de lo cultural, donde no se convalidó iniciativa alguna para propiciar el progreso social. Las perspectivas promovidas por organizaciones comunitarias no fueron alcanzadas; todo lo contrario. En materia de planificación físico-deportiva se congelaron las instancias democráticas y participativas.

Una de las primeras medidas de la dictadura fue la intervención de las organizaciones deportivas y la toma de su control directivo. El coronel Antonio Rodríguez, a cargo de la Secretaría de Deporte, envió una tajante directiva a todas las federaciones: “Comunico a ustedes que en ejercicio de las facultades conferidas por la Junta Militar ha sido designado a cargo de la Confederación Argentina de Deportes el señor Miguel Ángel Bruno. Desde ahora reconocerán y respetarán dicha autoridad, acatando todas las medidas u órdenes que el señor Miguel A. Bruno les imparta”. El mismo coronel Rodríguez no tardó en desplazar al titular del Comité Olímpico Argentino, Pablo Cagnasso, un tirador que supo brillar en épocas del peronismo.

En esta nueva etapa se prohibió la realización de manifestaciones deportivas populares, para obturar la participación colectiva. Fue así como se dejó de organizar los Campeonatos Infantiles Evita y Juveniles Argentina Potencia y se vedaron otras modalidades de competencia, como las carreras callejeras.

Los clubes se transformaron en refugios de prácticas democráticas, siendo de las pocas organizaciones que soportaron los embates de la censura. Advertida de esta situación, la dictadura implementó dispositivos de control instalando playones deportivos en zonas urbanas. Estos espacios fueron creados con la intención de vigilar la participación de la comunidad. “El golpe militar de 1976 –dice Jorge Becerra–, fuertemente influenciado por una ideología militarista, además temeroso de la capacidad del pueblo para construir su propio destino, combatió de forma despiadada a las organizaciones libres del pueblo. A los clubes, una de ellas, los cerró y los abandonó poniéndoles a la par la construcción de polideportivos dirigidos por el estado”.

Estas instancias de control se daban en un contexto signado por el terrorismo de Estado. Muchos integrantes de la comunidad deportiva fueron víctimas de grupos parapoliciales, como el caso de Miguel Venancio Sánchez. Este atleta tucumano, militante peronista en una unidad básica de Berazategui, fue secuestrado el 8 de enero de 1978. Días antes había corrido la mítica prueba de San Silvestre. Miguel competía defendiendo los colores de Independiente de Avellaneda, bajo la dirección de Osvaldo Suárez, ex atleta que también fue perseguido y castigado por el antiperonismo.

El libro *Deporte, desaparecidos y dictadura*, de Gustavo Veiga, hace una pormenorizada investigación sobre el tema. Uno de los casos que el autor describe es el de los *rugbiers* desaparecidos de La Plata Rugby Club. Al menos diecisiete jugadores de esta institución fueron secuestrados. Entre ellos, Santiago Sánchez Viamonte, Hernán Roca, Otilio Pascua, Mariano Montequín y Pablo Balut. Si bien otros clubes sufrieron desapariciones, La Plata R. C. sufrió el mayor número de víctimas. Raúl Barandarian, integrante del primer equipo de aquellos años, encuentra una explicación atinada al respecto: “Siem-

pre me pregunto por qué fue el único club que sufrió esto, en un porcentaje mayor que otros. Cuando nosotros empezamos a jugar en los años setenta y pico, éramos egresados del Colegio Nacional, que depende de la Universidad de La Plata. Y entre los jugadores desaparecidos creo que no hay estudiantes de escuelas privadas. Nosotros crecimos en la educación pública. Después fuimos a las facultades del Estado. Todos militamos”.

Junto a los mencionados, en la lista de treinta y cinco atletas desaparecidos se encuentran Daniel Shapira (tenis), Alejandra Acosta (hockey), Gisela Tenenbaum (nadadora) y Eduardo Requena (futbolista).

En el área educativa la formación docente se adecuó a las perspectivas de orden que se imponían desde los altos mandos. Las reglas se endurecieron (ingreso de alumnos al establecimiento, presencia, disciplina), situación que también se vio reflejada en las asignaturas de la currícula. La educación física se basa en la uniformidad, el “orden” y el disciplinamiento de los cuerpos. En la inauguración del Mundial de Fútbol de 1978 se pudo ver la participación de mil setecientos estudiantes practicando una serie de movimientos de manera sincronizada y ordenada, a tono con la perspectiva educativa, pero, también, con las circunstancias. Las directivas originadas por una tendencia militarista contrastaban con el espíritu de la Ley del Deporte. Precisamente, en el primer artículo de la legislación quedaba establecido como uno de sus principales objetivos la “promoción de una conciencia nacional de los valores de la educación física y del deporte y la implantación de las condiciones que permitan el acceso a la práctica de los deportes de todos los habitantes del país, y en especial de los niños y jóvenes, considerando a la recreación como auténtico medio de equilibrio y estabilidad social”.

En este clima de violencia y represión, la participación democrática fue imposible. Resulta evidente que la reglamentación de la Ley del Deporte no fue realizada. El espíritu plural y colectivo que emanaba de ella no pudo ser plasmado en la práctica. Se intentó encubrir la intervención militar en las federaciones aparentando supuestas condiciones “democráticas”. Ocurrió con la Confederación Argentina de Básquetbol,

formando por “consenso” una lista de unidad cuyo presidente fue su interventor, el coronel (R) Héctor Campodónico. Algo similar sucedió con el Comité Olímpico Argentino con Antonio Rodríguez.

El avance de las corporaciones es otro de los elementos que permiten comprender el escenario. El mundo deportivo está asistiendo al cambio de cuadros dirigentes, quienes se transforman en servidores de estas multinacionales. El progreso de las comunicaciones y las relaciones político-económicas confluyen para crear un nuevo marco; el deporte se convierte en una plataforma comercial. Esto no significa que anteriormente no haya existido una industria en este ámbito. Sin embargo, en esta etapa se monta la estructura necesaria para generar integralmente el negocio. La piedra de toque consiste en la penetración de *lobbistas* en los comités deportivos, no ya como actores secundarios sino como socios. Uno de los promotores de estas transformaciones es nada menos que el magnate Horst Dassler, de la firma Adidas, creador de una red comercial decidida a incursionar en el circuito. Precisamente, para el Mundial de Fútbol Argentina 78 estrenó el programa de patrocinio denominado *Intersoccer*, que apuntaba a comercializar derechos televisivos y radiofónicos, como también los de publicidad. La empresa Societé Monégasque de Promotion Internationale (SMPI), la comercializadora de los derechos, firmó con Coca Cola un contrato millonario para auspiciar este y otros certámenes, inaugurando una modalidad que durará hasta estos tiempos: el mundo de las marcas asociando su imagen con el deporte. En este mismo movimiento podemos comprender el avance de las corporaciones deportivas sobre las políticas de Estado de las naciones. En nuestro medio, la Confederación Argentina de Deportes pierde su rol protagónico en favor del Comité Olímpico Argentino, cuyo papel como brazo vernáculo del Comité Olímpico Internacional no podemos soslayar.

La cúpula militar organizó el Mundial con una serie de finalidades. Una cuestión fue la necesidad de crear una estrategia para contrarrestar el repudio general por las graves violaciones a los derechos humanos que se estaban cometiendo. Por otro lado, las grandes erogaciones de dinero resultaron una buena oportunidad para que funcionarios

se enriquecieran ilícitamente. El certamen costó más de quinientos millones de dólares, cifra que superó siete veces lo estipulado.

Las nuevas perspectivas del deporte espectáculo coincidían con el perfil ideológico de los gobernantes. En muy poco tiempo, el almirante Carlos Alberto Lacoste se transformaría en vicepresidente de la Federación Internacional de Fútbol Asociación (FIFA), cargo que seguiría ocupando aun en tiempos de democracia. El gobierno militar, muy propenso a intervenir las federaciones y asociaciones, debió abstenerse de esta posibilidad en el caso de la Asociación del Fútbol Argentino (AFA), ya que los estatutos de la FIFA determinaban que las asociaciones afiliadas debían tener autonomía. Esa es la razón por la cual Alfredo Cantilo continuó al frente de la entidad madre del fútbol argentino, si bien el marino Carlos Lacoste tuvo el poder real en las sombras.

Cuando el mismo Lacoste es designado al frente del Ministerio de Acción Social, le ofrece la Subsecretaría de Deporte y Recreación a Santiago Leyden. “La subsecretaría –sostenía el presidente de Ferro– tiene programas en marcha y está bien organizada. Nuestra obligación será la de continuar adelante con este programa e intensificarlo en las áreas que uno entiende que merecen una aceleración”. Su apuesta era transportar el modelo deportivo de su institución al plano nacional. Sin embargo, su gestión duró un año y no tuvo mejoras significativas. Era evidente que no existía una planificación que apuntara a insertar el deporte en la comunidad. Los polideportivos –al fin y al cabo, caballito de batalla de la dictadura– se encontraban en estado de deterioro, una prueba de que no se habían cumplido ni siquiera las propias metas.

Un nuevo horizonte

La dictadura militar provocó la etapa más aciaga de la historia argentina. Los secuestros y la desaparición forzada de personas diezmaron generaciones. Las condiciones económicas y sociales llevaron a un punto límite, lastimando duramente el bolsillo del trabajador. La deuda externa se había acrecentado vertiginosamente y con ella la sumisión a los organismos financieros. Luego de la derrota de Malvinas (1982)

la vuelta a la vida democrática resultaba cada vez más alcanzable.

El 30 de octubre de 1983 la fórmula radical encabezada por Raúl Alfonsín obtuvo el 51,7%, superando a Ítalo Luder, del Partido Justicialista, que apenas cosechó el 40%. El 10 de diciembre de 1983 se inauguró un período democrático con miles de argentinos festejando en las calles.

El nuevo gobierno asumía con la promesa de consagrar derechos y garantías democráticas. Si bien existían numerosas demandas, luego de tantos años de dictadura, el horizonte era vislumbrado con optimismo. La crisis económica acarreaba una serie de conflictos sociales que requerían ser atendidos con urgencia.

En este marco las expectativas para que la Ley del Deporte fuera puesta en práctica no eran pocas. La discusión de un modelo demandaba la reincorporación de las conquistas arrancadas por el régimen militar. Los valores socialdemócratas del doctor Raúl Alfonsín permitían albergar esperanzas. Apenas electo presidente, le concedió una entrevista a la revista *El Gráfico*; allí delineó sus primeras ideas con respecto al ámbito deportivo. “La prioridad será el deporte en las escuelas y colegios antes que el profesional, pues éste tiene su problemática propia y aquí la cuestión es que haya un acceso directo y razonado del niño a la actividad. Y esto solamente se logra promoviendo torneos, pero de ninguna manera cayendo en demagogias ni costos faraónicos. Simplemente hay que aprovechar todos los recursos que poseen hoy”.

El gobierno radical ratificó a la Secretaría de Deporte de la Nación, dependiente del Ministerio de Acción Social, como organismo rector de la actividad. Nombró titular a Rodolfo O'Reilly, ex jugador de rugby e integrante de *Los Pumas*, quien, desde su lugar, intentó oxigenar a las organizaciones deportivas que habían sido intervenidas por la dictadura. De hecho, en las elecciones del Comité Olímpico Argentino apoyó la candidatura del dirigente Horacio Caride, quien se presentaba como oposición al coronel Antonio Rodríguez.

El objetivo era que la secretaría funcionara en estrecha colaboración con otros ministerios, como el de Educación y el de Salud Pú-

blica. Como producto de su política destinada a las bases, O'Reilly lanza el programa Deporte con Todos, destinado a promover juegos barriales entre los sectores de las clases más bajas. Si bien demandó una importante inversión del presupuesto, tuvo un éxito relativo.

A pesar de las reiteradas promesas, la Ley del Deporte no pudo ser efectivizada en la práctica. Dirigentes, deportistas y militantes deportivos presionaron para lograr su reglamentación. En el Parlamento, los senadores Alberto Rodríguez Saá y Liliana Gurdulich insistieron para que se diera pasos firmes en este sentido. A su vez, los integrantes de la Liga Justicialista del Deporte cumplieron un papel muy importante difundiendo y promoviendo acciones. Esta agrupación había surgido en los primeros meses de 1974, cuando el general Perón disertó ante las organizaciones juveniles. “Éramos los mismos que nos juntamos luego de aquel encuentro de Perón con las organizaciones juveniles en septiembre del '73, cuando escuchamos en su discurso que para formarse como dirigente había que ir a los clubes. Nosotros nos juntábamos y seguíamos esa línea”, contó Víctor Lupo. Estos hombres y mujeres tuvieron un protagonismo importante a lo largo de estas décadas.

En este marco el gobierno nacional designó como asesor al licenciado Alfredo Aguirre, experto en política deportiva, para trabajar en la tan ansiada reglamentación. En la comunidad deportiva se generó una conciencia colectiva convencida de que era el momento de hacer cumplir la ley. Esto se vio plasmado en los órdenes provincial y municipal, con el impulso de leyes y ordenanzas que contribuyeron a crear el clima propicio. Esto sucedió en La Pampa (Ley 858/86), Chubut (Ley 3419/86), Jujuy (Ley 4222/86), Tucumán (Ley 5870/88), Entre Ríos (Ley 8347/90), Santa Fe (Ley 10.554/90), Ciudad de Buenos Aires (Ordenanza N° 45.506/90) y Misiones (Ley 2973/92). También, mediante la Ordenanza N° 6142/96, se creó en la ciudad de Rosario el Consejo Municipal del Deporte (CoMuDe). Quizás el caso emblemático fue el de la provincia de Santa Cruz, que en 1974 aprobó la Ley 1036 y no pudo reglamentarla hasta 1988. Un camino similar al de la legislación madre.

Un breve despertar

El gobierno alfonsinista no pudo resolver la tremenda crisis social que azotaba al país. La política económica sufrió sucesivos golpes de mercado, derivando en una hiperinflación que hizo mella en la clase trabajadora. El ministro de Obras y Servicios Públicos de la Nación, Rodolfo Terragno, intentó llevar adelante un proceso de privatizaciones, pero no tuvo la fuerza necesaria. El descontento popular derivó en un conflicto que bordeó el estallido. Los saqueos le asestaron un duro golpe a una administración que transitaba sus últimos días. Las corporaciones económicas habían decidido que el radicalismo ya no era funcional a sus intereses.

La situación le resultó propicia para el candidato del justicialismo, Carlos Menen. El riojano apeló al 'salariazó' y la 'revolución productiva' como consignas de campaña. Estas banderas se oponían a las del candidato radical Eduardo Angeloz, de tono conservador. En las elecciones presidenciales del 14 de mayo de 1989 el partido justicialista obtuvo el 47,49% de los sufragios, consagrando a su postulante como presidente electo de los argentinos.

Pero, lejos de realizarse el ansiado cambio de modelo, el neoliberalismo arreció con virulencia. Las medidas centrales del gobierno tuvieron que ver con el achicamiento del Estado, la apertura de importaciones, la destrucción de la industria nacional y la consecuente desocupación. Este plan fue monitoreado por los organismos foráneos y ejecutado por hombres adoctrinados en Washington. A pesar de ello, durante los primeros días de gobierno las expectativas fueron muy grandes. A contramano de lo que ocurriría en otros ámbitos, en el deportivo se logró implementar una verdadera política nacional.

La conducción del deporte fue llevada adelante por militantes peronistas. Se trataba de un grupo de dirigentes, deportistas y periodistas que fueron parte de los procesos históricos de la Argentina. Muchos habían vivido la época dorada del deporte y algunos otros se formaron en tiempos de la resistencia. Los clubes de barrio habían sido lugares de contención cuando no hubo democracia. Es decir, las or-

ganizaciones libres del pueblo, que fueron importantes en tiempos de repliegue, también tenían que serlo en el momento de desplegar la cultura peronista del deporte.

Resurge entonces una concepción sobre el sentido de la actividad deportiva: lo es en la medida en que es practicada por las mayorías. Este es el momento en que los verdaderos actores de la comunidad se organizan y promueven las directivas generales del deporte nacional. El mandato es llevado adelante por un secretario que, al menos en ese momento, entendió la filosofía del peronismo. “Nosotros –decía Fernando Galmarini– concebimos al hombre integralmente: debe ser espiritualmente fuerte, capaz de vencer a la adversidad, debe tener vocación de solidaridad, y todas estas condiciones las da el deporte; pero además, tiene que ser intelectualmente capaz de observar el mundo que lo rodea para asimilar sus enseñanzas”.

La aplicación de la Ley del Deporte se produjo con la llegada del menemismo. El 13 de noviembre de 1989 fue reglamentada a través del Decreto Nacional N^o 1237. Había sido una promesa de campaña, sobre todo para los militantes de las organizaciones deportivas peronistas. De hecho, muchos de los funcionarios que la pondrían en marcha provenían de esta vertiente.

Una de las particularidades de esta etapa es que la Secretaría de Deporte fue elevada a rango ministerial. Este dato no es menor si se tiene en cuenta que la asignación de recursos no debía pasar por el Ministerio de Bienestar Social (como ocurría hasta ese momento), sino que su ejecución se producía sin ningún tipo de intermediación.

Galmarini había fijado los lineamientos de la gestión apenas asumió la cartera: “nuestra meta más importante y toda nuestra ‘polenta’ la vamos a poner en la concreción del cumplimiento de la Ley del Deporte. Es un compromiso que debemos asumir. Queremos que la culminación de nuestra tarea sea formar el Consejo Nacional del Deporte, los Consejos Provinciales, y aspiramos a que cada una de las mil ochocientas municipalidades que tiene el país tenga su Consejo Municipal del Deporte”. Víctor Lupo, integrante de la Liga Justicialista del Deporte, fue su subsecretario. Desde la secretaría se pusieron

en marcha todos los mecanismos para efectivizar la ley.

En agosto de 1990, a través de la Resolución N^o 1323, se puso en funcionamiento el CoNaDe. La primera reunión se produjo el 26 de septiembre de 1990, contando con la participación de representantes de todas las regiones: Luis Alberto Vázquez, de Capital, por la Primera Región; Marcos Pastorini, de Buenos Aires, por la Segunda; Horacio González, de La Pampa, por la Tercera; Jorge Luis Quiroga, de Mendoza, por la Cuarta; Guillermo Alfredo Nikodem, de Entre Ríos, por la Quinta; Laurelio Benigno Cari, de Jujuy, por la Sexta; Ángel Manuel Campos de Chaco por la Séptima y Eduardo Nicolás Bernal de Chubut por la Octava. Por el Consejo de Coordinación estaban Guillermo Marconi y el profesor Rubén Campos Muros; por la Confederación Argentina de Deportes, Fernando Aren; por el Comité Olímpico, el coronel Antonio Rodríguez y por la Asociación de Entidades Profesionales, Julio Grondona. Todos los representantes participaron en carácter “*ad-honorem*”. También se mantuvieron contactos con las Fuerzas Armadas y con la CGT para que tuvieran su lugar.

El CoNaDe tuvo como objetivo ser la conducción de la política deportiva nacional. Se lo hizo con la periodicidad suficiente como para decidir sobre la planificación, las metas y los objetivos del deporte argentino. Muchos de los integrantes del organismo tenían una larga militancia en la dirigencia. “Nos tenían preparado todo el material ingresado que precisaba tratamiento y se repartían los expedientes, según las comisiones internas, con los que durante dos días elaborábamos las propuestas al plenario, donde luego se debatían, aprobaban, modificaban o rechazaban de acuerdo al consenso y votación en caso de necesidad, para ejecución final o prosecución del trámite según corresponda”, dice el dirigente Eduardo Bernal.

Se crearon los Consejos Regionales con los representantes de las provincias de todo el país. Sus integrantes fueron elegidos en los Consejos Provinciales, tal como lo establecía la reglamentación. Dichas conformaciones se realizaron en simultáneo logrando una estructura organizada y articulada entre todos los organismos.

En el marco de lo previsto en la legislación se utilizaron los re-

cursos provenientes del Fondo Nacional del Deporte, siendo la recaudación del ProDe uno de los aportes principales. En el Presupuesto aprobado en 1990 se asignaron seis mil quinientos millones de pesos, utilizándose en gastos tales como deporte comunitario, deporte federado, deporte educativo, además de administración, promoción, viáticos y pasajes.

Durante los últimos meses de 1989 se discutió intensamente respecto del armado de la estructura nacional. En este proceso se experimentaron avances; uno de ellos fue la organización de competencias masivas. Los Campeonatos Evita volvieron a disputarse en abril de 1991, contando con la participación de chicos de todo el país. A su vez se desarrollaron los Campeonatos Intercolegiales, en un intento por recuperar su esencia. De esta manera, se buscaba intensificar la vinculación del deporte con la institución escolar. Se organizaron otros dentro del sistema educativo, como los Juegos Universitarios.

También se apuntó a contribuir a la unidad latinoamericana organizando certámenes con otras naciones. En este marco, se realizaron los Juegos del Mercosur, los Juegos Trasandinos y los “Primeros Juegos de la Araucanía”, certamen argentino-chileno que contó con la participación de mil ochocientos jóvenes.

En la alta competencia se implementó un plan tendiente a formar atletas de primer nivel. En este sentido, se trazó el programa de entrenamiento Rumbo a Mar del Plata 1995, destinado a la preparación de deportistas con vistas a los Juegos Deportivos Panamericanos que se disputarían en la ciudad balnearia. Para ello se firmó un convenio con el Ministerio de Cuba para que entrenadores de la isla pudieran preparar a nuestros deportistas. La remodelación del Centro de Alto Rendimiento Deportivo (CenARD) era necesaria para cumplir con estos objetivos. Se transformó en un predio con todas las comodidades: una pista sintética de atletismo, un gimnasio, estadio cubierto, canchas de tenis, una cancha de césped sintético, además de lugares de alojamiento.

Los primeros resultados se vieron en los Juegos Panamericanos disputados en La Habana (1991), donde la delegación nacional obtu-

vo 11 preseas de oro, 17 de plata y 30 de bronce, sumando 58 medallas. De esa forma terminó en la sexta ubicación, superando la actuación de los Juegos de Indianápolis (1987).

En este periodo también se pudo realizar el Campeonato Mundial de Básquet Argentina 90. El certamen peligró debido a divergencias entre los dirigentes de Buenos Aires y del interior, por lo cual el Estado nacional debió asumir el compromiso. Se creó el Comité Ejecutivo Mundial de Básquetbol Argentina (CEMBA 90), a cargo del ingeniero Jorge Aníbal Becerra, quien debió afrontar presiones por parte de distintos sectores respecto de temas como la innecesaria construcción de estadios. En este sentido, se tuvo el coraje de no ceder ante las presiones y se decidió remodelar los estadios Luna Park (donde se jugó la rueda final), de Gimnasia de Villa Ballester, de la Universidad Tecnológica Nacional de Santa Fe, de Newell's Old Boys de Rosario y el Provincial de Salta. El campeonato se solventó con los contratos de publicidad y televisión, arrojando superávit al finalizar el balance económico.

Más allá de que se venía desarrollando una política deportiva democrática y federal, hubo dos hechos que sirvieron de argumentos para determinar el final de la gestión. Por un lado, los malos resultados conseguidos en los Juegos Olímpicos de Barcelona (1992), donde se obtuvo nada más que una medalla de bronce (tenis). La otra fue la omisión en la lista oficial de la delegación argentina de la atleta Ana María Comaschi. Este hecho produjo entredichos entre el COA y la Secretaría de Deporte.

A pesar de estas circunstancias, no es posible soslayar el tinte ideológico con que se venía perfilando el programa del gobierno nacional. Las recetas confeccionadas por los organismos financieros iban a contramano de una política soberana e independiente. El achicamiento del Estado se podía reflejar en el cercenamiento de instancias participativas. En este contexto, el proyecto autónomo y democrático resultaba un contrasentido. El avance de las corporaciones en el mundo del deporte demandaba otro tipo de perspectivas, en momentos en los que comenzaban a desembarcar proyectos privatiza-

dores y/o gerenciadore a nuestro país.

Desde inicios de los ochenta empresarios argentinos intentaron incursionar en el ámbito deportivo visualizando la faceta económica. El básquet había logrado exitosamente conformar la Liga Nacional, aunque dejando en el camino a una infinidad de clubes que no pudieron adaptarse al formato. Sin embargo, para expandir el espectro, se necesitaba de apoyo político. El presidente Menem supo modificar su directiva inicial y adhirió al modelo instaurado desde las corporaciones deportivas. “No hay nada que hacerle, al deporte de hoy no lo pueden mantener los hinchas o los socios con una pequeña cuota, sino que necesita de un manejo empresarial, aquí y en el mundo. Como lo es en Italia, como lo es en Alemania, ¡o como lo es en Japón! Los grandes equipos japoneses de fútbol están sostenidos por empresas, si no, no pueden funcionar”, señala el mandatario.

Más que en los malos resultados en el certamen olímpico, las verdaderas razones de la remoción de funcionarios las debemos buscar en el modelo. El gobierno justicialista provoca una ruptura ideológica con su histórica política deportiva y promueve un cambio de paradigma. El profesor Livio Forneris es el encargado de llevarlo adelante, asumiendo la Secretaría de Deporte en noviembre de 1992. El nuevo funcionario había sido congresista en La Rioja cuando se discutió el proyecto de la Ley del Deporte, en 1973. Sin embargo, y a pesar de este antecedente, terminó de manera abrupta con el esquema de conducción colectiva.

Se suspendieron las actividades del CoNaDe aduciendo el exceso presupuestario para el funcionamiento de dicho organismo. Este argumento resultaba insostenible y ocultaba el principal objetivo: las determinaciones sobre planificación, infraestructura y becas quedarían en manos de la secretaria. Esta decisión no hacía otra cosa que quebrar la espina dorsal del proyecto político-deportivo del peronismo. Con la concreción del CoNaDe se había consumado la idea de la Comunidad Organizada; esto es, organizaciones libres del pueblo accionando por medio del Estado en la defensa de intereses comunes. Al clausurar este Parlamento se dejaba de conducir la comunidad de-

portiva por medio de sus cuadros directivos, dejando el terreno libre para las corporaciones internacionales. La articulación entre entes distritales, cuyo trabajo por parte de los militantes fue muy costoso, se fue desintegrando lentamente. Los Consejos Regionales y Municipales se debilitaron al dejar de ser parte integrante de las decisiones a nivel nacional.

Una de las consecuencias del cambio de política fue el incumplimiento de las decisiones tomadas en el ámbito parlamentario. Un ejemplo de ello es que dejaron de construirse Centros de Mediano Rendimiento en distintos puntos del país.

Durante esta etapa se realizaron los XII Juegos Deportivos Panamericanos en Mar del Plata, con una notable participación de los argentinos. La preparación de los atletas durante los años anteriores rindió sus frutos a nivel individual y colectivo. Se lograron buenas actuaciones en básquet, vóley, fútbol, hockey sobre césped, boxeo, patín, karate, judo, taekwondo y remo, entre otros. En total se consiguieron 159 medallas: 40 de oro, 45 de plata y 74 de bronce. De esta manera se ubicó en la cuarta posición en el medallero general, detrás de los Estados Unidos, Cuba y Canadá. La delegación nacional logró una brillante *performance*.

El manejo del presupuesto durante la gestión Forneris fue fuertemente cuestionado por dirigentes deportivos; no sólo por su discrecionalidad, sino por su poca claridad. Haciendo uso de los recursos provenientes del Fondo Nacional del Deporte, se otorgaron subsidios y becas de modo irregular. El hecho llegó a la Justicia, que procesó y embargó al riojano por doce millones de pesos.

El final de esta gestión se produjo en agosto de 1996, luego de la discreta participación de la delegación argentina en los Juegos Olímpicos de Atlanta (1996), donde se obtuvieron dos medallas de plata y una de bronce. Con estos pobres resultados, y asediado por distintas denuncias, Forneris se vio obligado a renunciar. Al dejar su puesto afirmó que se lamentaba por no haber logrado acercar el deporte al empresariado. Después de todo, se trataba de un síntoma de la época.

Hugo Porta fue designado al frente de la Secretaría de Deporte,

en lo que puede considerarse el tercer ciclo de la gestión menemista en esta área. El ex *rugbier* asumió la cartera en medio de una crisis política, social y económica. El presupuesto manejado fue considerablemente inferior al de los años anteriores. En el primer año de su ciclo contó con veintiséis millones de pesos, casi la mitad del presupuesto otorgado a comienzos del gobierno menemista.

Lejos de rectificar el rumbo que se venía desarrollando, hubo una política continuista. Porta modificó el perfil de la gestión clarificando las cuentas y teniendo un trato directo con los deportistas. El recorte en importantes áreas del Estado también llegó al deporte, debiendo manejarse de manera austera. El nuevo ministro ideó una estructura de planificación y asignación presupuestaria obviando la participación de los representantes del deporte a través del CoNaDe.

El ex deportista adoptó la postura de incorporar a colaboradores “profesionales”, más cercana al mundo de las finanzas que al ámbito específico que le tocaba conducir. Porta nombró como subsecretario a Juan José Gilli, doctor graduado en Ciencias Económicas. Los diarios de la época remarcaron que su formación y su experiencia no estaban vinculadas al deporte. El objetivo tenía que ver, más que nada, con encontrar un “orden” desde lo presupuestario.

En este escenario, el neoliberalismo creyó oportuno instalar un proyecto privatizador del fútbol profesional. Ya se habían realizado algunos intentos durante la década de los ochenta que naufragaron rápidamente. Mauricio Macri tuvo varios emprendimientos a través del grupo SOCMA; todos terminaron fracasando. Sin embargo, en julio de 1999 impulsó como presidente de Boca una modificación en el estatuto para abrir la posibilidad de las sociedades anónimas. La propuesta fue rechazada por casi la totalidad de los dirigentes. Dicha intención tenía el aval político, que ya venía promoviendo un proyecto de ley en el Congreso. El autor era, paradójicamente, Fernando Galmarini, diputado del Partido Justicialista: “Las sociedades anónimas son más fuertemente fiscalizadas que las civiles, en las que nadie es responsable de nada, donde el balance es aprobado por cincuenta socios cuando figuran cinco mil. Esta no es la historia de nuestro fútbol. Yo estoy se-

guro de que esta ley contempla el futuro del fútbol, en un mes o en cinco años, pero es algo que en el siglo que viene va a ser cotidiano”.

Las condiciones político-económicas habían diseñado esquemas culturales que tuvieron su reflejo en el entramado social. El Estado dejó de tener un rol preponderante en lo institucional, dejando de ser garante de derechos básicos. En este contexto, las organizaciones libres del pueblo tuvieron una función importante ante la inminente destrucción del tejido social.

Los clubes barriales fueron los únicos espacios de contención para vastos sectores de la comunidad. Cumplieron una función vital en los barrios y pueblos de todo el país, aunque no pudieron evitar que millones de argentinos cayeran en la pobreza. Dejó de ser el espacio de encuentro cultural y deportivo para hacer frente a las problemáticas imperantes. En algunos casos se transformaron en merenderos, comedores comunitarios o “clubes del trueque”.

Como correlato surgieron nuevos lugares deportivo-comunitarios con fines lucrativos. Estamos hablando de las canchas de paddle y fútbol 5, así como a la proliferación de gimnasios. Éstos comenzaron funcionando en lugares céntricos de la metrópoli, pero pronto se extendieron a distintos barrios, sobre todo del conurbano bonaerense. Dichos emprendimientos tienen como objetivo la rentabilidad, por lo que se genera una interacción distinta a la de cualquier club o asociación civil. Este fenómeno impactó de lleno en la cultura popular; el sujeto que podía organizarse y constituir su identidad en una institución se transformaba en consumidor de un entretenimiento en un sitio que no le pertenecía.

En medio de la crisis

En octubre de 1999 Fernando de la Rúa resulta presidente electo ganando los comicios con una coalición política denominada La Alianza. Gana la contienda electoral sobre Eduardo Duhalde, quien era visto como la continuidad del gobierno anterior. El panorama heredado luego de una década de menemato resultaba preocupante.

El proceso de desindustrialización y el achicamiento del Estado

generaron una hecatombe social. La desocupación y la pobreza fueron señales suficientes como para tomar medidas urgentes. Sin embargo, las nuevas autoridades profundizaron la crisis optando por la continuidad del modelo. En el plano de la planificación deportiva se podría afirmar lo mismo.

La organización del deporte carecía de órganos democráticos y de una política nacional clara, y tenía un presupuesto bajo. Hugo Porta había terminado su gestión anhelando acercar inversores para el desarrollo de la actividad. Había manejado la secretaría en medio de una crisis económica evidente, razón por la cual las metas buscadas no podían ser ambiciosas. Esta y otras actitudes les simpatizaban a las nuevas autoridades, y por eso se le ofreció continuar en el cargo. Sin embargo, el ex *rugbier* desistió, pues se encontraba en tratativas para trabajar en la Internacional Sports and Leisure (ISL) Latinoamérica.

En noviembre de 1999 se designó como secretario de Deporte de la Nación a Marcelo Garrafo, a través del Decreto 25/1999. Se decidió quitar el rango ministerial a la cartera y hacerla depender del Ministerio de Acción Social.

Esta gestión asumió una política deportiva liberal, consecuente con los lineamientos que favorecen el proyecto de las multinacionales del deporte. La estrategia de la secretaría se basó en apoyar a los deportistas con mejores posibilidades de sobresalir en la alta competencia, afirmando que era más efectivo respaldar posibles talentos que apoyar a las federaciones. Es legítimo señalar que el presupuesto fue uno de los más bajos de los últimos años. En ese sentido, la administración de los programas a realizar era dificultosa. Sin embargo, se trataba de un argumento que Garrafo sostenía para afirmar que venía a “cortar con esta cultura de que las provincias vengan a golpear la puerta para pedir plata”.

El funcionario desconocía la existencia del CoNaDe como órgano plural y democrático para decidir la política deportiva. En una entrevista concedida al sitio *web efdeportes.com*, en julio de 2000, Garrafo expresó su desconocimiento respecto del tema. “Sin ser un especialista en leyes, en primer lugar, la ley tiene un espíritu, y además es-

tá compuesta de unos incisos y, digamos, una letra chica, que tengo entendido que en muchos de esos incisos es una ley que es anticuada hoy por hoy, y que está creo que desde el año '74 en vigencia, con lo cual del año '74 al año 2000 seguramente habrá cosas que están, digamos, fáciles de ser modificadas y cambiadas". Garrafo no sólo desconocía el espíritu de la ley, sino también la larga lucha de los hombres y mujeres que bregaron para hacerla efectiva.

La secretaría intentó apoyar certámenes que ya se venían realizando, como los Juegos Trasandinos, los Regionales, los de la Araucanía y los Bi-nacionales. Sin embargo, los problemas de financiamiento eran evidentes: se había lanzado un proyecto de escuelas deportivas por las provincias, pero al poco tiempo no hubo recursos para concretarlo. Los dirigentes provinciales le recriminaron a Garrafo hasta el final de su gestión la falta de fomento del deporte a nivel masivo. Así fue como algunos se agruparon en el Foro Justicialista del Deporte, con el objetivo de demandar solución a las principales necesidades.

Marcelo Garrafo renunció al cargo de secretario de Deporte y Recreación el 30 de marzo de 2001, ante la falta de presupuesto y la imposibilidad de cumplir con sus objetivos. El país vivía una de las peores crisis de su historia y se encontraba al borde del abismo. El ministro de Economía, Domingo Cavallo, llevó adelante el plan de ajuste apadrinado por los organismos financieros. Eran los últimos meses de un gobierno que profundizó las políticas neoliberales del menemismo. El 19 y el 20 de diciembre de 2001 se produjo el estallido social; la represión policial dejó como saldo casi cuarenta muertos y más de cien heridos. De esa forma se iría Fernando De la Rúa, después de dos años de desgobierno. Le sucederían cuatro presidentes en poco más de una semana: Ramón Puerta, Adolfo Rodríguez Saá, Eduardo Duhalde y Eduardo Duhalde.

CAPÍTULO X



“El deporte es un instrumento fundamental en el proceso de cambio social para la Argentina. La idea es tener el mayor nivel de apoyo y el menor nivel de incumplimiento, para que el deporte sea una política de Estado”.

Néstor Kirchner, julio de 2004

La campaña presidencial de 2003 se realizó en medio de un gran descontento popular. La política neoliberal dejó un país quebrado, con alarmantes índices de desocupación, pobreza e indigencia. El Estado se encontraba desmantelado y sin capacidad para asistir a los sectores más postergados. Las asimetrías sociales se acrecentaron de manera exponencial y no hubo un sistema institucional capaz de dar res-

puestas. Fue entonces cuando las organizaciones libres del pueblo debieron ocupar este vacío.

La clase trabajadora resistió como pudo la destrucción del tejido social, originando experiencias conmovedoras. El protagonismo en las calles de los movimientos sociales destruyó el esquema de gobernabilidad que se pretendía imponer. La masacre del Puente Pueyrredón, donde el accionar represivo se cargó las vidas de Maximiliano Kosteki y Darío Santillán, obligó al presidente Eduardo Duhalde a convocar a elecciones antes de lo previsto.

La contienda electoral se presentaba sin dirigentes viables para modificar el rumbo. Es en este contexto donde Néstor Kirchner aparece como aspirante a ejercer la Presidencia. Su figura es casi desconocida, viene desde el Sur con un proyecto aún difuso para el votante medio.

El 27 de abril de 2003, en la primera vuelta eleccionaria, el Frente para la Victoria del santacruceño obtuvo el 22,24% de los votos, secundando al Frente por la Lealtad del Carlos Menen, quien cosechó el 24,45%. Así las cosas, el balotaje dejaba al ex presidente ante un escenario de derrota segura.

La declinación del riojano se produjo unos días después de la primera vuelta. No exponerse a una caída estrepitosa fue la razón por la cual no quiso cumplir con el compromiso institucional. Este hecho ungió automáticamente a Kirchner como presidente, aunque con una baja cantidad de sufragios. En aquel escenario, no era un dato menor; “asumí con mayor porcentaje de desocupados que de votos”, supo decir tiempo más tarde.

El domingo 25 de mayo de 2003 Néstor Carlos Kirchner asumió la Presidencia en un país que demandaba soluciones inmediatas. Su discurso fue una declaración de principios que sentó las bases de un nuevo horizonte. Para afrontar una de las peores crisis de la historia el objetivo era recomponer el aparato productivo, fortalecer el Estado, asistir a los sectores más desfavorecidos. “Sabemos que el mercado organiza económicamente, pero no articula socialmente; debemos hacer que el Estado ponga igualdad allí donde el mercado excluye y

abandona”, dijo el presidente. Era necesario construir no solamente una política económica, sino también una nueva trama cultural. “Es el Estado —continuó diciendo— el que debe actuar como el gran reparador de desigualdades sociales en un trabajo permanente de inclusión y creando oportunidades a partir del fortalecimiento de la posibilidad de acceso a la educación, a la salud y la vivienda, promoviendo el progreso social basado en el trabajo y el esfuerzo de cada uno”.

El proyecto de país se puso en marcha, ante la incredulidad de la mayoría de los argentinos. Las primeras señales enviadas desde el Ejecutivo indicaban que el discurso y los hechos concretos se daban en un plano de correlación.

En paralelo con estas circunstancias, la necesidad de implementar una política deportiva era impostergable. Durante décadas se desarrolló una planificación de sesgo claramente liberal. El despegue de las multinacionales deportivas a nivel global coincidía con el modelo ideado por las sucesivas administraciones. Dicha apuesta consistía en conformar un grupo de elite para obtener logros en competencias internacionales. La idea de mensurar el éxito o fracaso del deporte argentino en base a los campeonatos o medallas ganados atravesó los tiempos, llegando hasta después de 2001.

El capital simbólico construido por la maquinaria comercial hizo posible la asociación entre el deporte y el espectáculo, de tal manera que la actividad es más admirada que experimentada. No sólo se trata de las organizaciones internacionales deportivas, sino de toda la estructura que las sostiene: *lobbistas*, empresas, medios de comunicación.

En el mundo, los índices de sedentarismo arrojan cifras alarmantes. La Organización Mundial de la Salud lo define como uno de los principales factores de riesgo. En 2000 la Secretaría de Turismo y Deporte realizó estudios que indicaron que el 60% de los varones y el 75% de las mujeres de 25 a más de 70 años no practicaron actividades físicas. La inequidad de género reveló que no se trataba de una problemática de coyuntura, sino todo lo contrario.

Luego de largas décadas sin un proyecto nacional, la situación era desoladora. Los dos pilares sobre los que se debió asentar la po-

lítica deportiva –los clubes barriales y el sistema escolar– tenían problemas estructurales.

En el sistema educativo la escasez de horas para hacer actividades físicas se sumaba a la falta de espacio en los establecimientos. Sin duda, esto era producto de políticas que no tenían contemplado el desarrollo integral del sujeto. Por otra parte, los clubes de barrio debieron relegar a un segundo plano su rol como formadores deportivos. Otras necesidades, básicamente asistenciales, corrieron el eje de su función. Al cobrar una dimensión simbólica diferente a la práctica física y deportiva, los clubes dejaron de ser centrales en el proyecto institucional.

El panorama era bien complejo. Era necesario no solo lograr mayores recursos económicos –que, de hecho, eran magros–, sino también encarar un proceso de enculturación, a fin de reinsertar la cultura física como hábito de la comunidad. Dicho propósito no sólo implicaba hacer masiva la actividad, sino, además, revertir el significado del deporte.

Se trata de una batalla cultural que, en esencia, es política. De manera subrepticia, lentamente, la comunidad comenzaba a rearmarse. Las organizaciones deportivas reactivaron las inquietudes y demandas de amplios sectores de la sociedad. Este proceso no se produjo sin dificultades. El neoliberalismo continuaría influenciando en el imaginario de la comunidad y de sus instituciones durante mucho tiempo.

El desafío, una vez más, era reconstituir el CoNaDe como herramienta de construcción colectiva para decidir una política nacional. Lo demandaban los distintos actores del espectro, pero también lo reclamaba el ideario peronista. Al fin y al cabo, se trataba del cumplimiento de una parte medular de la Ley del Deporte. A partir de esta perspectiva se estaba en condiciones de llevar adelante una política deportiva inclusiva.

La gestión de Néstor Kirchner valoró el deporte con una perspectiva distinta a la de etapas anteriores: como un eslabón más en la construcción de un proyecto de inclusión, garante de derechos y ge-

nerador de instancias democratizadoras. El Estado, a partir de sus instituciones, impulsó medidas para apuntalar la actividad. Una de ellas tuvo que ver con la decisión de escindir la cartera de Turismo y Deporte, convirtiéndola en dos secretarías, a través del Decreto 686/2003.

Roberto Perfumo asumió el cargo de secretario por el breve lapso de diez meses. Durante su gestión debió solucionar problemas de infraestructura y planificar la logística para la participación argentina en los Juegos Olímpicos de Atenas (2004). Renunció treinta y cinco días antes de este evento debido a algunos inconvenientes. Uno de ellos fue la electrocución del luchador Mauricio Cabello en el CenARD.

El lugar del *Mariscal* fue ocupado por Claudio Morresi, quien se venía desempeñando como subsecretario de Desarrollo y Fomento Deportivo. Ya desde esta función tuvo una visión clara sobre sus responsabilidades. “Quiero aportar a la construcción de un país distinto, articulando políticas con sectores de la salud, la educación y la acción social para darles la posibilidad a miles de niños y jóvenes de tener una vida mejor”, expresó el ex futbolista de Huracán y River Plate.

Comienza una etapa

El flamante titular es un hombre vinculado al deporte que tiene un profundo compromiso social. Su hermano, Norberto Julio, fue un militante desaparecido por la dictadura militar. Claudio Morresi es un ferviente defensor de los derechos humanos y con vocación de dirigencia. Con esta perspectiva asumió el desafío de recomponer el ideario de la cultura física.

El gobierno nacional instruyó a la secretaría para poner en marcha un cambio de paradigma, prescindiendo de la lógica basada en la exclusiva formación de atletas de elite.

En ese momento prácticamente no existían programas para fomentar la actividad deportiva en la comunidad. Se debieron construir las herramientas en simultáneo con el hacer mismo, recurriendo al ingenio y el esfuerzo. Con la creación del área de Deporte Social se trazaron los primeros movimientos hacia una planificación integral. Al

frente estuvo el subsecretario de Deporte, Marcelo Chames. “El Deporte Social en la secretaría no existía. Lo único parecido eran las escuelas deportivas, donde se apoyaba económicamente a las provincias. A partir de nuestra gestión le dimos contenido”, afirmó Chames.

Se desarrollaron programas con capacidad de convocatoria masiva. Entre ellos, los Juegos Nacionales Evita, emblemático certamen que aglutinó a miles de jóvenes de todo el país. Desde 2001 se venían jugando en once provincias, con la participación de más de cien mil chicos. A partir de la gestión de Néstor Kirchner comenzaron a federalizarse, incrementando la cantidad de deportes: fútbol 11, atletismo, hándbol, básquetbol, vóleibol y ajedrez. En 2006 la Secretaría de Deporte firmó un convenio con la cartera de Cultura y se agregaron disciplinas artísticas y culturales, a fin de promover el desarrollo integral del sujeto. La expectativa suscitada en distintos pueblos del interior provocó la generación de pertenencia e identidad. De alguna manera, se volvían a reeditar los mismos sentimientos de décadas anteriores, cuando los Campeonatos Evita eran símbolo de una patria inclusiva.

Además de esta competición se realizaron otras iniciativas. Uno de los aciertos fue apoyar a las organizaciones libres del pueblo. Era prioritario recuperar esta célula vital para el desarrollo deportivo-comunitario, luego de tantos años de olvido. En 2005 se sanciona la Ley 26.069, que crea el Programa Deportivo Barrial, cuyo objeto es “fomentar y facilitar las prácticas deportivas a través del apoyo y fortalecimiento de entidades”. En estos años miles de argentinos comienzan a reorganizarse en distintos tipos de instituciones, sociedades de fomento y asociaciones civiles, tomando un rol protagónico en el crecimiento de los barrios. Esta ley busca, además, el incentivo a la práctica deportiva, así como el mejoramiento de las condiciones de infraestructura.

Pero el trabajo que venían haciendo estas entidades no alcanzaba para cubrir las necesidades. La crisis social estaba latente en los primeros años del gobierno peronista. En las grandes urbes la miseria y la desocupación aún no estaban resueltas. A raíz de esta situación se implementó uno de los programas más revolucionarios de los

últimos tiempos: los Promotores Deportivos, dirigido a jóvenes de entre 18 y 24 años, que recibían capacitación por parte de equipos multidisciplinares (preparadores físicos, trabajadores sociales, sociólogos). En centenares de barrios de todo el país estos jóvenes orientaron deportiva y formativamente a miles de chicos. De esta manera, dichos lugares se llenaron de actividades deportivas y culturales, promovidas y protagonizadas por sus propios integrantes.

La secretaría supo trabajar en conjunto con otras áreas de gobierno. El 1 de agosto de 2005 se inauguró en el CenARD la Escuela de Educación Media N^o 3 con el apoyo del Ministerio de Educación. La institución estaba orientada a deportistas con proyección, y compuesta por treinta y cuatro estudiantes de las provincias de Buenos Aires, Chaco, Corrientes, Córdoba, Santiago del Estero y Tierra del Fuego. El emprendimiento iba en consonancia con la Ley de Educación Nacional (26.026), que dispone la promoción de la actividad deportiva. “Con la nueva Ley Nacional de Educación, la Educación Física, el Deporte y la Recreación se han dado los primeros pasos para recuperar el espacio perdido en el contenido de la Ley Federal de Educación sancionada en la década de los noventa, donde habían desaparecido como factor educativo coadyuvante a la formación integral de nuestros niños/niñas y jóvenes”, dice Fernando Rodríguez Facal.

Del deporte de base al de representación

La política deportiva del kirchnerismo comenzaba a dar sus primeros pasos. Las competencias que congregaban a millares de adolescentes se transformaron en masivos, siendo a la vez una importante fuente de talentos. Iniciativas como los Juegos Evita generaron la promoción de decenas de jóvenes; allí, muchos técnicos se sorprendieron con el potencial de atletas surgidos de provincias como Corrientes, Misiones, Chubut, Santa Fe o Córdoba. Era una inmensa oportunidad para continuar profundizando el trabajo que se venía realizando.

La secretaría tuvo la decisión de fomentar deportes individuales que no estaban instalados culturalmente. A las provincias se las ins-

tó a impulsar actividades como el judo, el taekwondo, el tiro y la natación. Este compromiso iba de la mano con el apoyo al deporte de representación nacional. “En el país —decía Claudio Morresi— hay 78 federaciones y 35 deportes de invierno y verano. Hay muchos deportes en los que tenemos menos federados que hace cincuenta años; tenemos que reconstruir todo esto”.

Las federaciones comenzaron a percibir un incremento en la cantidad de deportistas. Sus integrantes ya no provenían sólo de las clases acomodadas, sino también de las clases medias bajas. Esta señal es advertida por el Estado nacional, que pugna por mayor calidad democrática al interior de éstas. En el deporte argentino algunas federaciones estaban gobernadas por un séquito de dirigentes vinculados con el pasado oscuro. El COA resulta ilustrativo en este sentido.

En mayo de 2005 Julio Cassanello ganó las elecciones en el comité ante Mario Moccia y Fernando Aren. Una vez más, había fracasado el intento de oxigenar la organización. Cassanello estuvo vinculado a la dictadura militar, siendo intendente de Quilmes durante aquel período. Los constantes escraches públicos en repudio a sus antecedentes lo obligaron a renunciar al cargo en 2008.

La Secretaría de Deporte implementó un “modelo de gestión en red con organismos públicos y privados afines al sector”. Entre los más importantes estaban la Confederación Argentina de Deportes (CAD), el Comité Olímpico Argentino (COA) y el Comité Paralímpico Argentino (CPA). La representación nacional irá encontrando una estructura organizativa y logística. Dicha circunstancia no sucederá inmediatamente, sino que se irá avanzando de manera paulatina.

El primer evento importante en la etapa kirchnerista fueron los XIV Juegos Deportivos Panamericanos, disputados en Santo Domingo (2003). Néstor Kirchner despidió al representativo nacional en Casa de Gobierno con el apoyo de todo un país. “Veo en sus rostros la cara de miles y miles de chicos que estarán representados por ustedes, que ponen todo por el deporte”, afirmó el presidente. El estado general del deporte nacional era el reflejo de décadas de políticas neoliberales en las que la inversión social fue considerada un gasto. El apo-

yo a los atletas había sido prácticamente nulo, ya fuese por la falta de becas o de infraestructura.

La delegación estuvo integrada por 367 atletas que compitieron en 35 deportes. Argentina se ubicó en el séptimo puesto, con 63 medallas (16 de oro, 20 de plata y 27 de bronce). La diferencia con los Estados Unidos, Cuba o Canadá era abismal; cincuenta años antes nuestro país fue potencia deportiva. En estos juegos la *performance* estuvo por debajo de la realizada en Winnipeg (1999), cuando había conseguido 72 medallas. Sin embargo, aparecieron muchos deportistas que mostrarían su potencial en futuras competencias. Un claro ejemplo de ello sería la natación, con las medallas logradas por José Meolans y Georgina Bardach. También se destacaron el hockey sobre césped (femenino y masculino), el ciclismo y el lanzamiento de martillo, entre otros.

Otra de las competencias que debió ser afrontada con celeridad fueron los Juegos Olímpicos de Atenas (2004). La delegación nacional fue integrada por 152 atletas; 46 eran mujeres. Se participó en veinte deportes, algunos de ellos profesionales y con buenas expectativas (fútbol, básquet, tenis). El hockey sobre césped venía teniendo buenos rendimientos y contaba con amplias posibilidades de obtener medallas. Algunas esperanzas estaban depositadas en deportistas como Carlos Espínola (yachting), Daniela Krukower (judo), José Meolans (natación) o Juan Curuchet y Walter Pérez (ciclismo).

Estos Juegos fueron sumamente auspiciosos para la delegación argentina. Después de cincuenta y dos años se pudo ganar dos medallas de oro, merced a los títulos obtenidos en fútbol y básquetbol. Las cuatro restantes fueron de bronce, en natación, hockey sobre césped, tenis y vela.

La Selección Nacional de Fútbol consiguió la presea dorada por primera vez en la historia. El elenco albiceleste, dirigido por Marcelo Bielsa, derrotó en la final a Paraguay (1-0) terminando, de esta manera, con una racha adversa. Por otra parte, la segunda Generación Dorada del básquet pudo obtener el oro de la mano de Emanuel Ginóbili e importantes valores. Este gran equipo supo dejar en el camino nada

menos que a los Estados Unidos y superó en la final a Italia (84-69).

La nadadora Georgina Bardach fue otra de las grandes satisfacciones, consiguiendo el bronce en los 400 metros medley con un tiempo de 4:37:51. De esa manera logró bajar diecisiete segundos su propia marca, cuando había competido en los Juegos de Sydney (2000) a la edad de 17 años.

El buen rendimiento de *Las Leonas* fue confirmado con una presea bronceada merced al tercer puesto logrado. En su formación había jugadoras de los quilates de Vanina Oneto, Cecilia Rognoni, Magdalena Aicega y Luciana Aimar.

La dupla Carlos Espínola y Santiago Lange obtuvo la tercera colocación en Vela (Clase Tornado), quedando detrás de los austriacos y los estadounidenses.

Las medallas de bronce, además de los diplomas olímpicos, evidenciaban las condiciones de nuestros deportistas. Para potenciar el rendimiento se necesitaba planificar de manera integral el sistema de representación nacional. Pero, más allá de planificaciones futuras, el balance de este certamen fue positivo. “Estamos contentos –decía Claudio Morresi–, porque se ayudó a que en medio de los Juegos Olímpicos el pueblo argentino estuviera feliz, por esas dos medallas doradas. A todos nos alegró lograr la mejor *performance* en cincuenta años. Al deporte siembre se le cuestionó su escasa vinculación con la sociedad o con las luchas de los pueblos. Creo que eso empezó a variar”.

En 2006 el presupuesto del área llegó a 62 millones de pesos. Este aumento se vio reflejado en el otorgamiento de becas, la creación de obras y el mejoramiento de la infraestructura vigente. En esta etapa se reacondicionó el CenARD, cuyas instalaciones estaban prácticamente destruidas. Se construyó una pista de atletismo, se refaccionó el hotel para albergar a los deportistas y se adquirieron aparatos de medicina deportiva y de antidoping, entre otras mejoras. En ese mismo año se organizaron los Juegos Odesur, evento que reúne a los mejores atletas de Sudamérica. Georgina Bardach fue la más destacada del certamen, ganando cinco medallas de oro, una de plata y otra de bronce. El elenco nacional tuvo una brillante actuación,

resultando primero en el medallero general, con 107 preseas doradas, 96 de plata y 93 de bronce. Dicha edición resultó ser emblemática, ya que en 2002 la Argentina desistió de ser país anfitrión debido a la tremenda crisis económica que la azotaba. En aquella oportunidad se había designado a Córdoba como sede de la competencia. Lejos de ser un dato anecdótico, este hecho refleja que el proyecto nacional había redefinido su agenda de prioridades. Una vez más, el deporte podía ser el espejo de una sociedad que comenzaba a reconquistar sus derechos.

Etapa de profundización

El gobierno de Néstor Kirchner logró torcer el destino de la historia. Aunque asumió con una escasa cantidad de sufragios, supo conducir un proceso de transformación. En cuatro años logró reindustrializar el país, fortalecer el Estado, reducir el desempleo y bajar los índices de pobreza e indigencia. Comenzó a resolver el tema de la deuda externa, renegociándola con una considerable quita; y canceló la deuda con el FMI, en un claro acto de soberanía nacional.

Otra de las conquistas fue la política de derechos humanos, que incluyó la anulación de las leyes de impunidad y reactivó los juicios contra los represores.

A todos estos logros les debemos agregar que se revalorizó la política, significándola como la única herramienta para transformar la realidad. En estos años se constituyó una militancia que abrazó la causa popular.

En este contexto se realizaron las elecciones presidenciales del 28 de octubre de 2007. En ellas, la fórmula Cristina Fernández-Julio Cobos (Frente para la Victoria) obtiene el 45,29% y triunfa sin necesidad de ir a balotaje. Lo secundó el espacio pseudoprogresista (concretamente de derecha) Coalición Cívica, de Elisa Carrió-Rubén Giustiniani, con el 23,04%. La derrota no sólo sería de la oposición política, sino también de las corporaciones mediáticas, encabezadas por el Grupo Clarín.

Cristina confirmará y profundizará el rumbo iniciado por Néstor Kirchner, lo cual generará la reacción de sectores que se negaban a ceder parte de sus cuantiosas ganancias. Las patronales agropecuarias son un claro ejemplo, particularmente interesadas en no pagar retenciones. A partir de este conflicto (que desembocará en la defección de Julio Cobos), el proyecto nacional y popular será claramente identificado por sus adherentes y opositores.

Dicha confrontación ideológica acentuó el debate sobre lo cultural. El kirchnerismo vino a democratizar todos los espacios, haciendo protagonista al pueblo movilizado. Las organizaciones libres del pueblo encontraron el contexto propicio para ser parte de la transformación; en adelante, serían fundamentales en el proceso histórico/político. El Estado nacional convalidó una serie de reivindicaciones que, en muchos casos, fueron resistidas por el *establishment*. La creación de la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual resulta un caso, siendo democrática, plural y antimonopólica en su esencia. El proyecto se basó en una propuesta realizada por la Coalición por una Radio-difusión Democrática. Al Parlamento llegó con algunas modificaciones, pero conservó sus principales puntos. Su aprobación fue largamente festejada por toda la ciudadanía.

En el área que nos toca se apuntó a formar una cultura deportiva. Si bien había mucho por hacer, se habían logrado importantes avances; después de muchas décadas el Estado nacional intervenía con políticas activas.

La presidenta de la Nación firmó el Decreto 30/2007, por medio del cual la Secretaría de Deporte dejó de funcionar en la órbita de la Jefatura de Ministros y pasó a depender del Ministerio de Desarrollo Social, a cargo de la licenciada Alicia Kirchner. “La actividad física, el deporte y la recreación son excelentes medios para contribuir con la educación, la salud, la capacidad productiva y el desarrollo social en todo el territorio. Es responsabilidad del Ministerio de Desarrollo Social, a través de la Secretaría de Deporte, promover una política social de derecho, más justa y de equidad territorial que contribuya estruc-

turalmente con el desarrollo humano en todo el territorio, y en esta dirección la actividad física, el deporte y la recreación deben cumplir su importante misión”, señaló la ministra.

En esta nueva etapa se trazó el Plan Estratégico 2008-2012, cuyo objetivo fue seguir reconstruyendo este ámbito. El 24 de octubre de 2008 se realizó la presentación en el Hotel Hermitage de Mar del Plata, en coincidencia con el cierre de los Juegos Nacionales Evita. En aquella oportunidad, la presidenta Cristina Fernández encabezó el acto. “Entendemos la necesidad de darles más recursos y más de nuestro esfuerzo a todos los jóvenes deportistas argentinos. El Plan Nacional de Deporte para nosotros es una política de Estado. Queremos una juventud que tome al deporte como un modo de vida. Los convoco a seguir adelante por esta Argentina que se merece el esfuerzo de todos nosotros”, dijo la mandataria.

El Plan Estratégico contempló tres áreas concretas, *Deporte social, Desarrollo deportivo y Deporte federado y de representación nacional*, que fueron desarrolladas a través de planes operativos y garantizando herramientas de inclusión democráticas.

El *Deporte social* seguía siendo un eje prioritario para profundizar la política deportiva. Para lograrlo se trabajó en conjunto con entes públicos y deportivos y con organizaciones libres del pueblo. El Plan Nacional incluyó una serie de programas, entre los que se destacaron los Juegos Nacionales Evita y los proyectos Nuestro Club; Argentina, Nuestra Cancha; Deporte Universitario y de Formación de Promotores Deportivos. Éstos, al igual que el resto, iban dirigidos a un sector específico de la sociedad con el objetivo de procurar la participación comunitaria.

Los Juegos Nacionales Evita fueron ratificados como instrumento para acercar a la mayor cantidad de argentinos. Por iniciativa del diputado Genaro Collantes se creó la Ley 26.462, que los instituyó como competencia de carácter anual. En su segundo artículo señala como objetivo general “la promoción de actividades de formación deportiva en las provincias, sus municipios y Ciudad Autónoma de Buenos Aires, las que serán acompañadas de otras complementarias que

estimulen la cultura y la salud; y se llevarán a cabo en centros de iniciación deportiva creados o a crearse dentro de las entidades educativas, centros comunitarios o clubes de jurisdicción nacional, provincial o municipal”. A su vez, se consigna que los gastos para la realización de la competencia deben estar previstos anualmente en el Proyecto de Ley del Presupuesto General de Gastos de la Administración Pública. La participación de estos juegos se fue incrementando de manera notable. En 2007 más de un millón de jóvenes formaron parte, incorporándose la categoría sub-18.

En el desarrollo de esta competencia los funcionarios se encuentran con distintas realidades. Cada lugar, cada pueblo, tiene una problemática diferente. Los emblemáticos juegos resultaron importantes para integrar deportivamente a miles de pibes de todo el país. “Venían los compañeros –sostiene Marcelo Chames– con la idea de sostener los Evita. Nosotros le dimos la entidad que merecía y fuimos creciendo exponencialmente... Se trabajó mucho, con Claudio Morresi recorrimos provincias todas las semanas”.

Otro de los emprendimientos en los que la secretaría hizo hincapié fue el programa Nuestro Club. Surgió en 2004 para brindar asesoramiento, capacitación y apoyo económico a más de cinco mil clubes y organizaciones deportivas. En esta iniciativa se encontraba el reconocimiento del ideario peronista a los clubes de barrio. En esta misma línea se lanzó Argentina, Nuestra Cancha, proyecto destinado a la realización de actividades físicas y recreativas para los sectores más postergados. Se trató de una medida pensada para fomentar el deporte y la actividad física en barrios humildes, propiciando la participación comunitaria. Fue llevado a cabo por docentes y estudiantes, promoviendo la participación de niños, adolescentes y mayores en distintos espacios públicos.

También se trabajó mucho con deportistas y aficionados con capacidades diferentes. Para este fin se creó un programa que contempló distintos proyectos para personas con discapacidad intelectual, motriz, visual y con parálisis cerebral. La finalidad era promover la actividad para un sector de la sociedad que fue históricamente olvida-

da. Esta incentivación haría posible que muchos jóvenes participaran en competencias nacionales e internacionales.

El segundo eje del Plan Estratégico fue el de *Desarrollo deportivo*. Esta área es de gran importancia porque funciona como articulador de una política deportiva integral. Constituye el eslabón que une la formación de base y el alto rendimiento. “El Programa de Desarrollo –afirmaba Claudio Morresi– tiene la misión de servir de nexo entre el deporte social y el de representación nacional. Los jóvenes talentos detectados en los programas deportivos sociales o en las actividades de clubes y municipios son encaminados a través de estos programas hacia instancias que por su especificidad les permitan desarrollar su potencial individual, mediante el entrenamiento a cargo de especialistas en cada disciplina”.

Se pusieron en práctica tres programas que apuntaron, concretamente, a seleccionar jóvenes, apoyarlos y potenciar sus condiciones. Estos son los de Desarrollo Deportivo (construcción de centros deportivos, creación de certámenes y selección de promesas), de Desarrollo Deportivo de Escuela Media (para los estudiantes secundarios) y de Gestión del Conocimiento Aplicado al Desarrollo Deportivo (dedicado a perfeccionar, capacitar e investigar sobre este ítem).

En dos años se construyeron treinta centros deportivos para desarrollar atletas de diez deportes diferentes. Dichas instalaciones fueron utilizadas por jóvenes seleccionados por el programa de detección de talentos. Gracias a este trabajo pudo surgir una interesante cantidad de promesas. En distintos puntos del territorio nacional había potencial; el caso emblemático es Braian Toledo. Fue descubierto a temprana edad compitiendo en lanzamiento de jabalina en los Torneos Juveniles Bonaerenses. La Secretaría de Deporte becó al joven atleta y a su entrenador, Gustavo Osorio, para encaminar el trabajo hacia la alta competencia. En poco tiempo, logró ser multicampeón nacional. En 2008, participando en los Juegos Nacionales Evita en la categoría sub-18, obtuvo el récord de 81,40 metros, logrando la mejor marca nacional lanzando con un implemento de 600 gramos. “Soñé durante mucho tiempo superar los 80 metros, era un objetivo que nos planteamos

con mi entrenador y al fin se me dio, en los Juegos Evita y con el apoyo de todo el país”, dijo el oriundo de Marcos Paz. En 2009 obtuvo el tercer lugar en el Mundial Sub-16 de la IAAF, lanzando 73,44 metros. Un año después alcanzó los 89,34 metros en Mar del Plata, teniendo su mejor marca con una jabalina de 700 gramos. El rendimiento de Toledo fue confirmado en los Juegos Olímpicos de la Juventud de Singapur (2010), cuando consiguió la medalla de oro.

En este evento se produjo, precisamente, la aparición de deportistas que la secretaría seleccionó y becó. Se tuvieron buenas *performances* en equipos de conjunto y de manera individual. En total se consiguieron seis medallas: una de oro, dos de plata y tres de bronce. Estaba claro que existían muchos ejemplos como los de Toledo, y el Estado estaba presente.

Con el tercer eje, *Deporte federado y representación nacional*, se termina de conformar la política deportiva del Estado argentino. Fue dirigido a apuntalar a la alta competencia, y así obtener logros deportivos. Al igual que en la etapa anterior, implementó el modelo de gestión en red con entes deportivos públicos y privados. En esta área, el deporte federado tuvo vital importancia, porque de él surgieron valores de primer nivel.

Entre sus objetivos principales se encontraban contribuir a una mejor *performance* de los deportistas, asistir a las delegaciones nacionales en las competencias, promover el fortalecimiento de las instituciones y mejorar la infraestructura necesaria de acuerdo con las exigencias competitivas. Con respecto a este último, el Programa de Representación Nacional preveía la creación de Centros Regionales de Alto Rendimiento en la Patagonia, el NEA, Cuyo y el NOA, con la finalidad de ir reduciendo las diferencias entre las distintas regiones del país. En este mismo sentido se comenzó a becar a jóvenes atletas de entre 14 y 18 años.

La expectativa puesta en los Juegos Panamericanos de Río (2007) era revertir la declinación que se había producido en la edición anterior. Luego de los juegos disputados en Mar del Plata (2005), la ubicación en el medallero fue en retroceso. La esperanza estaba en

los deportes individuales, como el atletismo, la natación o la gimnasia. En los últimos años se habían otorgado más de seiscientas becas para deportistas de distintas disciplinas. Sin embargo, no se pudo detener la caída tan temida.

La delegación nacional que viajó a Río de Janeiro obtuvo la séptima ubicación. Se consiguieron 11 medallas de oro, 15 de plata y 33 de bronce. Se trató de la peor *performance* en la historia de este certamen. Sólo hubo buenos rendimientos en el tenis, el hockey y el ciclismo; la dupla Walter Pérez-Juan Curuchet logró el oro en Madison masculina, como anticipo a los Juegos Olímpicos de Beijing (2008).

La evaluación realizada luego de la participación panamericana fue negativa. El aumento de presupuesto y los programas llevados adelante no habían sido suficientes para mejorar la actuación en los medalleros. Sin embargo, era evidente que luego de muchas décadas existía una política cuyos vectores principales apuntaban a sostener el círculo entre deporte de base, desarrollo deportivo y alta competencia. Los Juegos Olímpicos de Beijing (2008) eran una nueva prueba para medir el nivel competitivo de nuestros atletas.

Al evento viajaron 138 deportistas para participar en diecinueve deportes. A pesar de las críticas de parte del periodismo deportivo, se logró mantener la cantidad de medallas de la anterior cita olímpica. Se obtuvieron seis medallas, producto de dos preseas doradas y cuatro de bronce.

La dupla Juan Curuchet-Walter Pérez dio la nota sobresaliente de la delegación argentina y logró el oro en la prueba Madison de ciclismo. Supo prevalecer sobre dos duros rivales, los españoles y los rusos. La victoria tuvo un sabor especial para Curuchet, ya que pudo conseguirla a los 43 años, siendo su sexta participación en esta competencia. Luego de las premiaciones supo decir emocionado: “Este es un hermoso mensaje para toda la juventud, para que nunca bajen los brazos”.

La otra medalla de oro la consiguió el fútbol, por segunda vez consecutiva. Dirigido por Sergio Batista, se conformó un gran equipo con jugadores como Javier Mascherano, Ángel Di María, Sergio Agüero, Juan Román Riquelme y Lionel Messi. En la final venció a Nigeria

por 1-0; en semifinales había derrotado a Brasil 3-0.

Las restantes medallas fueron de bronce. Una de ellas la logró el equipo de básquetbol, que obtuvo el tercer puesto al vencer a Lituania (87-75). La segunda Generación Dorada, con todas sus estrellas, tuvo un desempeño irregular en el certamen y chocó en semifinales con el poderoso equipo estadounidense. Por su parte, *Las Leonas* volvieron a repetir podio, luego de Sydney (2000) y Atenas (2004). Esta generación de talentos ya había logrado, entre otras cosas, que miles de jóvenes de todo el país se inicien en este deporte.

En vela (clase Tornado) Carlos Espínola y Santiago Lange ganaron el bronce, detrás de España y Australia, amplios favoritos de la competencia. El correntino Carlos Mauricio *Camau* Espínola, ganador de su cuarta medalla en esta competencia, dejaría la actividad para iniciar su carrera directiva.

En judo Paula Pareto se coronó con un bronce en la categoría menores de 40 kilos. Era la primera medalla en la historia de este deporte y el debut olímpico de la deportista nacida en San Fernando. La judoca estaba becada por la secretaría, al igual que muchos otros valores. No se trataba de una ayuda puntual, sino de un plan general para ampliar el espectro. “Cristina me dijo que iba a haber apoyo, que me iba a apoyar en todo lo que pueda, tanto a mí como al resto de los deportistas, y no me pareció que tengamos que hablar demasiado porque se la vio muy concentrada y muy atenta ya desde un principio con ese tema, y convencida de que lo iba a hacer”, dijo Pareto. En este sentido, existían proyectos para crear nuevas fuentes de financiamiento para el deporte nacional.

Para la participación de las delegaciones nacionales en competencias internacionales la Secretaría de Deporte debió trabajar con el Comité Olímpico Argentino. Desde la vuelta a la democracia su relación con el Estado fue compleja. La necesidad de oxigenarla chocó con la estructura de esta organización, filial de una poderosa multinacional.

En junio de 2009 Gerardo Werthein gana las elecciones en el COA, terminando con la etapa castrense. El flamante presidente es un

empresario vinculado a múltiples negocios que incursionó en la dirigencia deportiva a través de la Federación Ecuestre. Fue quien impulsó el proyecto para crear el Ente Nacional de Alto Rendimiento Deportivo (ENARD), cuya finalidad era recaudar fondos para el deporte de alta competencia. Se trata de un organismo mixto que se financia, básicamente, con un impuesto del 1% en las facturas de la telefonía celular. Su directorio está compuesto por representantes de la Secretaría de Deporte y el COA. En su primer artículo señala que está “destinado a gestionar y coordinar apoyos económicos específicos para la implementación y desarrollo de las políticas de alto rendimiento”. Tiene, entre sus principales funciones, asignar becas a deportistas, complementar subsidios para que asistan a eventos internacionales y solventar honorarios, así como la posibilidad de implementar distintos planes, programas y proyectos. La ley del ENARD (26.573) fue promulgada el 21 de diciembre de 2009.

El COA pudo remozarse a partir de estas iniciativas. Sin duda, significó una apertura democrática de un ente que durante años estuvo cooptado por el círculo militar. Sin embargo, no escapa a su dependencia del Comité Olímpico Internacional (COI). Werthein incorporó los “principios” de esta multinacional, dedicada a hacer del deporte un gran negocio. Siendo buen relacionista, logró ser elegido en 2010 miembro permanente de la organización. Desde este lugar supo proyectarse directivamente representando, en todo momento, los intereses de aquéllos.

El COA no responde a políticas nacionales ni, mucho menos, populares. Forma parte de la estructura institucional de una multinacional deportiva, cuyas convicciones están asociadas a la *cultura podio*. En este sentido, el gobierno nacional no advirtió la peligrosidad del ente. Le cedió protagonismo cuando lo más atinado hubiera sido retacearle poder de decisión. Quedan para el debate los efectos nocivos que implica su excesiva influencia en el deporte de representación nacional.

Desde el punto de vista filosófico, el COA no adhiere a la democratización de la actividad deportiva. Desde el punto de vista prácti-

co, constituye parte de la diplomacia internacional de las corporaciones. En 2012 el COI emitió un comunicado “condenando” el *spot* institucional del Estado argentino referente a los Juegos Olímpicos de Londres. En éste, el capitán de la selección de hockey masculino, Fernando Sylberberg, se encontraba entrenando en las Islas Malvinas para competir en suelo londinense. “Los Juegos Olímpicos no deben ser un foro para tratar problemas políticos y el COI lamenta cualquier uso de los Juegos con esa finalidad”, advirtió la multinacional. En la misma línea argumentativa, Gerardo Werthein afirmó: “Los Juegos Olímpicos no son una plataforma para discutir política”. Si bien sostuvo que no iba sancionar al deportista, lo cierto es que no fue parte de la delegación que viajó a dicho evento.

Por otra parte, existían dirigentes políticos que estaban consustanciados con la perspectiva de esta organización. En ese mismo año la diputada Ivana Bianchi presentó un proyecto para “reemplazar” a la Ley del Deporte, en el que se proponían cambios que redundaban en una mayor participación del Comité Olímpico Argentino. Para la conformación del CoNaDe, por ejemplo, se estipulaba la presencia de cuatro consejeros olímpicos, teniendo una presencia preponderante.

Este intento de actualización parecía estar hecho a la medida del Comité Olímpico Argentino. Hasta había un capítulo exclusivo para esta organización donde cuidaba su imagen, sus facultades y le otorgaba derechos exclusivos.

El proyecto no fue bien recibido por los legisladores, como tampoco por los dirigentes deportivos, quienes criticaron las posibles modificaciones.

El ámbito educativo

La Ley de Educación Nacional le devolvió entidad a la educación física, el deporte y la recreación en el ámbito escolar. Durante décadas esta asignatura fue relegada, merced a la perspectiva impuesta en esta área. En el precepto de los gobiernos neoliberales la ejercitación corporal no es vital en la formación integral del individuo. Dicha situación no sólo se ve reflejada en la insuficiente carga horaria sino,

también, en la falta de espacios para practicar actividades en los establecimientos.

El kirchnerismo retomó la agenda educativa aumentando el presupuesto, impulsando leyes y tomando medidas de importancia. En este periodo se logró mejorar las tasas de escolarización, construir escuelas y revitalizar la enseñanza, entre otros logros. En pocos años se pudieron resolver problemas fundamentales recuperando, de esta manera, la iniciativa. En el área de la educación física se dieron algunos avances, si bien no se los pudo profundizar.

El proyecto de jornada completa resulta importante en este sentido, cuyo objetivo es reinsertar a la educación física en las escuelas. Dicha extensión contempla mayor carga horaria y más contenidos. Se trata de una iniciativa dirigida a miles de alumnos de todo el país, contemplando sus necesidades educativas, culturales y deportivas.

La planificación de la infraestructura para llevar adelante este emprendimiento resulta fundamental ya que es necesario reacondicionar instalaciones. En mayo de 2011 el Ejecutivo Nacional anunció la construcción de once Centros de Educación Física y Extensión Escolar en la zona oeste del Gran Buenos Aires. Era parte de una política destinada a extenderse en todo el territorio nacional.

Lejos de tratarse de una circunstancia menor, podía significar un cambio revolucionario en este ámbito. Entre 2008 y 2012 la jornada extendida sólo se pudo incrementar en un 15%, no pudiendo llegar al objetivo de ampliarlo de manera significativa. En 2013, en el marco del Plan Nacional de Educación Obligatoria, se fijó la meta de llegar a 3.000 instituciones bajo esta modalidad.

A pesar de estos esfuerzos, se requería profundizar esta política para garantizar la inserción de la cultura deportiva en los estudiantes de todo el país. En esta materia, aún faltaba mucho por hacer...

Un viejo anhelo

Los avances logrados bajo el kirchnerismo eran elocuentes. Se había puesto en marcha una política deportiva luego de muchos años.

Dicho progreso no se veía cuantificado, necesariamente, en la alta competencia. Se había trazado un plan para que distintos sectores recuperaran el derecho a la práctica física y deportiva. Aun así, todavía existían cuestiones que demandaban concreción. En este sentido, el funcionamiento del Consejo Nacional del Deporte (CoNaDe) seguía siendo una materia pendiente.

Era la pieza clave de la Ley del Deporte, siendo el organismo de decisión colectivo, democrático y plural. Su puesta en marcha era un paso necesario para garantizar la participación de la comunidad deportiva.

La militancia de dirigentes y distintas organizaciones creó las condiciones para su reactivación. El 3 de noviembre de 2010, en la ciudad de Mar del Plata, se reunió el CoNaDe, presidido por el secretario de Deporte, Claudio Morresi. Asimismo, participaron los demás miembros: Francisco Irrazábal, por la Regional I; Emiliano Ojeda, por la Regional II; el licenciado Aníbal Bertón, por la Regional III; el profesor Martín Aveiro, por la Regional IV; el licenciado Medardo Ligorria, por la Regional V; Federico Abud, por la Regional VI; Raúl Bittel, por la Regional VII; Marcelo Aguirre, por la Regional VIII; Carlos María González y Oscar Incarbone, por el Consejo de Coordinación; Carlos Spironi, por la CAD; Mario Moccia, por el COA; Jorge Bosco, en representación de asociaciones y federaciones que agrupan al deporte profesional; José María Valladares, en representación del deporte para discapacitados, y el Doctor Eduardo Martino, por el deporte universitario. En aquella reunión se aprobó el Plan Nacional del Deporte 2008-2012 y se instruyó para impulsar iniciativas contra el sedentarismo, así como la realización de un censo nacional de deportistas federados y de infraestructura deportiva. Otro hecho sobresaliente fue la propuesta del presidente del Instituto de Deporte de Chaco, Raúl Bittel, de incorporar a la Asignación Universal por Hijo un canon para que los niños y adolescentes practiquen deportes en espacios deportivos.

Las reuniones del CoNaDe se realizaron con la intención de monitorear la actividad deportiva y promover proyectos. Aunque era un síntoma positivo, distaba de ser el órgano de decisión del deporte na-

cional. Sin embargo, no se trataba de un hecho definitivo. Fue el paso inicial para ampliar el horizonte. Las organizaciones libres del pueblo ingresaron al nuevo escenario impulsando procesos que, en esencia, eran culturales. A pesar de su carácter anual, el CoNaDe originó nuevas expectativas.

Este hecho refleja la construcción de un nuevo paradigma. Se crean espacios de debate y discusión. El derecho a la actividad deportiva se instala en los procesos de inclusión y genera el accionar político de la militancia. El pueblo y sus organizaciones comienzan a tener mayor protagonismo.

La hora de los clubes

La situación de los clubes en esta etapa es de reacomodamiento. Los embates del neoliberalismo habían dejado un panorama difícil de revertir. En algunos casos, las instituciones perdieron masa societaria debido a razones económicas. En otros, fueron apropiadas por particulares, que las utilizaron como reductos para realizar negocios. Luego de 2003 se fueron reorganizando de acuerdo con sus características y necesidades. Entre las principales falencias se encontraban la falta de recursos y de mantenimiento de instalaciones, además de dificultades administrativas. Un puñado de dirigentes visualizaron que esta problemática era común a todos, y se fueron convocando.

El 8 de agosto de 2007 se conformó la Unión de Clubes de Barrio de Avellaneda (UCB). Había surgido con la intención de evitar la desaparición del Club Regatas (el más antiguo de la ciudad). Con el tiempo constituyeron un cuerpo capaz de sintetizar necesidades y objetivos concretos. A la par, cientos de instituciones se fueron agrupando localmente, sobre todo en los principales distritos del Gran Buenos Aires, enclavadas en barrios populosos, habitados generalmente por la clase trabajadora. Así nacieron, bajo denominaciones similares, organizaciones integradas por cuadros de distintas vertientes que confluyeron en un programa de acción.

El Estado nacional retomó las banderas del pensamiento peronista y entendió el rol de las organizaciones libres del pueblo en la so-

ciudad. Se trabajó en conjunto con los gobiernos comunales, dando lugar a iniciativas beneficiosas para la comunidad. Con fondos del erario público los clubes obtuvieron subsidios para refacciones, trabajos de pintura, construcción de piletas, colocación de techos, entre otras mejoras. Un ejemplo de ello es el programa Alentar, firmado entre la UCB de Avellaneda y el municipio. Asimismo, se crearon competencias deportivas donde miles de chicos tuvieron la posibilidad de ser parte.

Los pasos hacia una formación nacional se fue dando de manera natural. En agosto de 2013 se realizó el Primer Congreso Regional, al que asistieron dirigentes de Avellaneda, Lanús, Quilmes, Lomas de Zamora, La Matanza, Almirante Brown, Escobar, Vicente López y la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Gustavo López, subsecretario General de la Presidencia, sintetizó el propósito del Estado Nacional: “Ahora viene la etapa de la sintonía fina, donde las políticas municipales se conviertan en políticas públicas, y para eso hay que hacer leyes provinciales y nacionales estudiando de abajo hacia arriba la construcción de una nueva era para los clubes”.

La Unión de Clubes de Barrio se fue extendiendo a todas las provincias hasta convertirse en una organización nacional. El trabajo realizado por las distintas delegaciones le fue otorgando una identidad propia, con principios y demandas puntuales.

Estos requerimientos coincidieron en la intención de crear una Ley Nacional de Clubes de Barrio. Dicho proyecto contempló iniciativas tales como tarifa social de los servicios básicos (luz, agua y gas), registro nacional de clubes, asistencia jurídica, presupuesto participativo para realización de obras, derecho a la propiedad e inembargabilidad de bienes. Para confeccionarla se realizaron más de cincuenta foros en todo el país y tuvo el acompañamiento de los dirigentes del Frente para la Victoria.

El proyecto fue llevado al Parlamento con el apoyo de buena parte del arco político. Desde su banca, el diputado Edgardo Depetri sintetizó lúcidamente el rol de los clubes en su alocución en el Congreso: “Son instituciones fundamentales que resurgieron con fuerza por-

que volvió la organización popular y permite canalizar las energías positivas de una sociedad que ha vuelto a creer. Hoy los clubes están sostenidos por militancia social en todo el territorio nacional, y fundamentalmente por miles y miles de jóvenes que han vuelto a los clubes y están protagonizando y participando en cientos de actividades a lo largo y ancho del territorio nacional”.

El 17 de diciembre de 2014 fue sancionada la Ley N° 27.098, en lo que constituye el reconocimiento de los clubes de barrio como organizaciones fundamentales en la constitución de una sociedad íntegra. En adelante, serían éstas quienes encabezarían el camino hacia una democracia más participativa.

Una pérdida que despertó a millones de corazones

El 27 de octubre de 2010 falleció el ex presidente Néstor Carlos Kirchner. En medio de una gran congoja popular, los argentinos salen a las calles para expresar profundo dolor. Distintos sectores llenan la Plaza de Mayo y las inmediaciones en una jornada signada por una gran tristeza. Ni siquiera la oposición política y mediática pudo silenciar el fenómeno político que se desató.

El “Flaco” logró recuperar el sentido de la política, entendiéndola como herramienta de transformación. Condujo un proceso en el que se lograron importantes derechos sociales, y donde la participación popular fue fundamental.

Bajo su gestión, la práctica física y deportiva tuvo presencia a través de la secretaría. El trabajo se fue orientando de acuerdo con el contexto y las posibilidades. En un principio, hubo que asentar las bases de una política deportiva que no existía. Por eso es que los cambios no fueron inmediatos, porque se debió trabajar desde los cimientos para crear un nuevo paradigma.

Los integrantes de la comunidad deportiva sintieron la pérdida de Kirchner. Muchos de ellos habían compartido experiencias en estos años de reconstrucción. En el trato cotidiano con el santacruceño, dirigentes, deportistas y funcionarios fueron comprendiendo que el proyecto de país incluía al club, al barrio, a los espacios de expresiones

culturales. Esta es la razón por la cual muchos cuadros militantes provienen de este ámbito. “Kirchner –dice Claudio Morresi– tuvo la inmensa visión político-estratégica de tomar al deporte como una herramienta más para el desarrollo humano. Empezó a darle cada vez más presupuesto al deporte. Trabajamos con las provincias en la organización de los Juegos Evita, en el apoyo a los clubes de barrio, que estaban en una situación de gran crisis, producto de esa política económica de aquellos tiempos. Ahí fue el Estado con lo que nos encontramos y rápidamente nos pusimos a trabajar”.

La militancia (deportiva y no deportiva) recogió su bandera y la hizo propia. En pocos años había logrado que multitudes se volvieran a enamorar de la política y participaran en todos los ámbitos de la vida nacional. Quedaba claro que el kirchnerismo estaba sostenido por millones de argentinos.

El *establishment* quedó atrapado en su propia estrategia electoral. Los monopolios mediáticos y casi toda la oposición habían jugado sus fichas a destruir la imagen de Kirchner. Su probable candidatura presidencial había provocado el ataque permanente a su figura. Se lo acusó de manera mendaz sobre su accionar como dirigente. El discurso político-mediático perdió sentido, sobre todo cuando la reivindicación del proyecto de país se expresaba en las calles.

La profundización del proyecto

Con la desaparición física del ex presidente, Cristina Fernández aparecía naturalmente como candidata para asumir un nuevo mandato. El país, que hasta algunos años antes había estado sometido por la crisis, tuvo avances importantes. El aumento de salario a los trabajadores provocó un alza en el consumo. Las políticas proteccionistas en relación con el sector industrial contribuyeron a generar miles de puestos de trabajo. Los argentinos comenzaron a vacacionar, accedieron a su primer automóvil, pudieron comprar su lote de terreno o construir una vivienda. Eran todos síntomas de una Argentina pujante. Tal como dice Norberto Galasso, es un proceso que se encuentra en sintonía con la comunidad organizada, impulsada por el general Perón.

Se trataba de un proyecto que tenía una perspectiva latinoamericana, y promovía la unidad de los gobiernos populares de la región. Que defendía la integridad y soberanía de los pueblos. Que no se arrojaba ante los imperialismos ni, mucho menos, ante los poderes económicos.

Este Gobierno, con esta cosmovisión, gobernó durante dos períodos con el apoyo de las distintas franjas de la sociedad.

Ante este panorama el Frente para la Victoria contaba con amplias chances para las elecciones presidenciales de 2011. Las primarias abiertas simultáneas y obligatorias (PASO) habían arrojado cifras contundentes a favor de la Presidenta. Dicho resultado fue ratificado el 23 de octubre, cuando la fórmula Cristina Fernández-Amado Boudou obtuvo el 54%, superando por casi cuarenta puntos a quien se colocó en la segunda posición, el binomio Hermes Binner - Norma Mastrandini (el Frente Amplio Progresista). La derrota de la oposición en su conjunto (a derecha e izquierda) no dejaba lugar a dudas.

El desafío de este periodo fue avanzar en la conquista de nuevos derechos. No se trataba de una tarea sencilla, debido a las presiones por parte de los grupos de poder: oligarquía, grandes empresarios, corporaciones mediáticas. La polarización, por cuya causa muchos se rasgaron las vestiduras, no era otra cosa que la confrontación de dos proyectos diferentes. Por un lado, un proyecto nacional, garante de derechos sociales y democráticos. Por otro, uno antinacional, liberal en lo económico y conservador en lo político.

En el horizonte se preveía una dura confrontación con poderes omnímodos, resueltos a no resignar beneficios. Cristina había planteado el momento de aplicar “sintonía fina” para gobernar en adelante. Ésta consistía en identificar las problemáticas que impedían continuar el proceso de transformación. Básicamente, tenía que ver con mejorar la situación del segmento con menores recursos; dentro de éste se encontraban miles de jóvenes. Era imprescindible asegurar la educación, la cultura y el deporte para constituir sujetos íntegros, con valores y potencialidades.

La Secretaría de Deporte ratificó el rumbo iniciado en 2003. Al igual que otros ámbitos del gobierno nacional, consolidó su dirección, profundizando sus políticas y articulándolas con las de otras áreas del Estado. En este sentido, resulta relevante el Plan Nacional de Deporte Social 2013-2016, como documento que interpreta los nuevos tiempos.

El kirchnerismo, según este documento, entiende al deporte, la actividad física y la recreación como elementos vitales para el desarrollo humano, tratando de incorporarlos como hábitos de la sociedad. El Estado debe ser garante de estos derechos, ya sea promoviendo la participación comunitaria o apuntalando el trabajo de las instituciones del sector.

Se trata de una continuidad destinada a fortalecer un punto nodal de la política deportiva. Esto se tradujo en la profundización de programas, la mayoría de los cuales ya se venía realizando. La franja infanto-juvenil tuvo la oportunidad de acceder a este derecho por medio de distintos proyectos, como jornadas físico-deportivas y de recreación. Los adultos podían competir, por ejemplo, en los Juegos Nacionales Evita o en el proyecto Deporte y Adultos Mayores.

El área educativa estuvo cubierta por el Programa Nacional Deporte y Educación. Entre tantos proyectos estaba el de los Juegos Sudamericanos Escolares, con la participación de niños y niñas de 12, 13 y 14 años. Otro fue el correspondiente a la educación terciaria, a través de los Juegos Nacionales Universitarios, destinados a estudiantes de todo el país.

Dentro del Plan de Deporte Social resulta relevante destacar el Programa Nacional de Actividad Física y Deporte Adaptado, dirigido a personas con distintas patologías (diabetes, obesidad, problemas cardíacos) y capacidades diferentes.

Otro proyectos de gran importancia fue Líderes Deportivos Comunitarios, de similares características al denominado Promotores Deportivos, destinado a jóvenes pertenecientes a comunidades en situación de vulnerabilidad. Su objetivo era formar referentes para la realización de experiencias deportivas en su propio territorio. El programa logró expandirse en distintos barrios de la Ciudad Autónoma y

Gran Buenos Aires, así como en otras provincias argentinas.

En esta etapa se intentó seguir fortaleciendo el trabajo de las entidades barriales, que habían sido fundamentales en el sostenimiento de la actividad deportivo-cultural de la comunidad. En este caso, el surgimiento de las ligas deportivas contribuyó al desarrollo de los clubes y sus instituciones intermedias. Este programa buscaba fortalecer a las ligas barriales integrándolas en red y dándoles asesoramiento y apoyo económico. Esta experiencia comenzó en el conurbano bonaerense con el objetivo de expandirse en todo el territorio nacional. “El deporte, la actividad física y la recreación –dice el Subsecretario de Planeamiento y Gestión Deportiva Luis Vivona– son herramientas fundamentales para el desarrollo integral de todos. Por eso, desde el Estado nacional, como pregonan la presidenta Cristina Fernández, la ministra Alicia Kirchner y el secretario de Deporte Claudio Morresi, trabajamos para que todas las personas y comunidades, en cada rincón del país, tengan las mismas oportunidades para acceder a estos derechos”.

El apoyo a las instituciones barriales fue complementado con otros emprendimientos dentro de esta área, como el Programa Nacional de Clubes y el Programa Nacional de Instituciones Sociales del Deporte.

En este mismo sentido, no se puede dejar de mencionar la inmensa cantidad de obras que se realizaron en todo el país. La infraestructura levantada no sólo tenía que ver con el alto y mediano rendimiento. Se construyeron polideportivos, centros recreativos y playones deportivos, que permitieron el acceso de miles de personas, convirtiéndose en espacios de apropiación comunitaria por parte de jóvenes, adultos y mayores. En este sentido, resulta emblemática la reinauguración en septiembre de 2014 del Centro Recreativo de Ezeiza, un predio creado durante el primer gobierno peronista que durante décadas estuvo prácticamente abandonado. Otra de las grandes obras fue el Polideportivo La Patriada, en Florencio Varela. Sus instalaciones son colmadas todos los días por vecinos de esta populosa localidad, con gran impacto en su calidad de vida.

Estas políticas implementadas para el deporte social generaron

la aparición de jóvenes con gran proyección. La secretaría apostó a la incorporación de profesores y técnicos que formaron a miles de deportistas en distintas disciplinas. Gracias a los programas de captación de talentos, un grupo importante de jóvenes pudo insertarse en el circuito federado. Los centros de mediano rendimiento se diseminaron por todo el país, siendo un eslabón importante en la estrategia de planificación.

Comenzaba a funcionar la articulación entre deporte social, desarrollo deportivo y alto rendimiento. El trabajo de la Secretaría de Deporte, sumado a la contribución del ENARD, hizo posible la inserción de jóvenes deportistas en las distintas delegaciones nacionales.

Los Panamericanos de Guadalajara (2011) evidenciaron una mejor *performance* con respecto a los anteriores juegos, disputados en Brasil. Los 486 deportistas argentinos contaron con el apoyo del Estado y tuvieron una buena actuación, obteniendo 75 medallas (21 de oro, 19 de plata y 35 de bronce). Hubo brillantes actuaciones en remo, vela, esquí acuático, hándbol, hockey sobre césped, pelota vasca y judo, entre otros. Se creció en muchos deportes y aparecieron valores con buena proyección. Según el director nacional técnico deportivo, Osvaldo Arsenio, se estaban logrando importantes resultados. “El atleta Braian Toledo, surgido de los Juegos Evita, y los medallistas en tiro y lucha Alex Suligoy y Luz Vázquez, provenientes de la Escuela Media del CenARD, son muy fuertes indicios de acciones que no se agotarán tan sólo en la anécdota estadística sino que sientan bases perdurables para continuar acentuando una evolución que piensa el éxito competitivo como una de las consecuencias naturales de la inclusión social y el desarrollo deportivo”, afirman Julio Boccalatte y Marcos González Cezer.

Los Juegos Olímpicos de Londres (2012) constituían una importante prueba para testear la evolución del deporte de representación. La delegación nacional estuvo conformada por 137 deportistas, 41 de los cuales fueron mujeres. La *performance* estuvo dentro de lo esperado, cosechándose cuatro medallas, una de oro, una de plata y dos de bronce. La presea dorada fue conquistada por el correntino Sebas-

tián Crismanich, en taekwondo. En el encuentro final superó al español Nicolás García Hemme, en un combate muy disputado. Se trató del primer oro individual luego de la conquistada por el maratonista Delfo Cabrera, también en Londres (1948). La medalla de plata fue ganada por el equipo de hockey femenino al perder en la final con Holanda (0-2). Una vez más, *Las Leonas* tuvieron un rendimiento notable con jugadoras de la talla de Luciana Aymar, Noel Barrionuevo, Rosario Luchetti, Delfina Merino y Carla Rebecchi, entre otras. El entrenador fue Carlos “Chapa” Retegui, quien, un año más tarde, ocuparía en la secretaría el cargo de director nacional de Deporte Social. Los regatistas Juan De la Fuente y Lucas Calabrese consiguieron la medalla de bronce en la Clase 470, detrás de los australianos y británicos. Juan Martín Del Potro (tenis), la preseña restante.

El balance realizado por los funcionarios argentinos dejó un saldo positivo. A los podios conseguidos se sumaban los diez diplomas olímpicos en judo, atletismo, remo, gimnasia artística, tenis, boxeo, básquet, vóley y canotaje. Se produjo un avance muy importante en deportes que tenían una presencia prácticamente nula en eventos de este tipo. Atletas como Federico Molinari (gimnasia artística) o Emanuel Lucenti (judo) comenzaban a demostrar su talento con el apoyo estatal.

En las tres Olimpiadas que se disputaron durante el periodo kirchnerista se consiguieron 16 medallas, siendo el ciclo más exitoso en sesenta años. Aún había cuestiones por mejorar, pero era indudable que se habían logrado resultados positivos.

En julio de 2013 el Comité Olímpico Internacional designó a Buenos Aires como sede para los Juegos Olímpicos de la Juventud (2018). La candidatura fue un trabajo conjunto entre el gobierno nacional, la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y el COA. Entre los principales atractivos se planificó la creación de un corredor olímpico, reeditando una idea surgida en los noventa, cuando Buenos Aires se postuló para la organización de los Juegos Olímpicos de 2004.

Para el Estado nacional los Juegos de la Juventud fueron tomados como una oportunidad para seguir promoviendo jóvenes valores a través de competencias como los Juegos Nacionales Evita, que ve-

nían convocando a más de un millón de chicos y chicas de todo el país.

En febrero de 2014 terminó la gestión de Claudio Morresi al frente de la Secretaría de Deporte. A lo largo de nueve años y medio se consiguieron importantes avances. En el ámbito del deporte social se implementaron programas que produjeron gran impacto en distintos sectores. Por ello se trabajó en conjunto con organismos públicos, federaciones, instituciones barriales y sectores educativos.

El lugar dejado por Morresi fue ocupado por Carlos Mauricio Espínola, *Camau*, el deportista argentino que, junto con Luciana Aymar, más medallas olímpicas ha conseguido. Su carrera política se había iniciado en 2009, cuando fue intendente de la ciudad de Corrientes. Al asumir como titular de la cartera deportiva refirmó su compromiso de ratificar el rumbo que se venía teniendo. “Vamos a continuar el trabajo que se venía desarrollando en la anterior gestión. Seguiremos avanzando en el crecimiento del deporte en todo el país, como lo plantea la Presidenta”.

Bajo la gestión de *Camau* se disputaron los Juegos Panamericanos de Toronto (2015). La delegación nacional obtuvo el séptimo puesto, merced a las 74 medallas logradas: 15 de oro, 29 de plata y 31 de bronce. Se tuvieron buenas participaciones en hockey sobre césped, vela, remo, patinaje, karate, judo, natación y vóley, entre otros. En este último caso, deslumbró la actuación del equipo masculino, bajo la conducción de Julio Velasco. La *performance* albiceleste pudo haber sido mejor de haberse incluido deportes como pelota paleta, que habrían garantizado medallas doradas.

El balance de este certamen arrojó puntos positivos y negativos. Si bien muchos jóvenes deportistas pudieron lograr podios, las expectativas por el rendimiento global habían dejado planteadas algunas interrogantes. “Argentina igualó la cosecha obtenida en 2011 en los Juegos de Guadalajara (México). Había tres objetivos para esta competición: pasar las ochenta preseas conseguidas en tierra azteca en 1955, lograr mayor cantidad de doradas que cuatro años antes y quedar por encima de Colombia en el medallero final. Si bien ninguno de los tres se cum-

plió, es para destacar el aumento de plateadas y de las finales disputadas por representantes nacionales que estuvieron muy cerca de dar vuelta la historia”, afirmó el sitio *www.deportes.infonews.com*.

EI ONDAF

Una dificultad con que se encontraba la dirección deportiva estatal era la falta de información en algunos aspectos para resolver problemáticas. Se necesitaba cuantificar datos para avanzar en políticas públicas y detectar necesidades. El Observatorio Nacional de Deporte y Actividad Física (ONDAF) vino a responder esta requisitoria.

El 3 de febrero de 2014 la presidenta Cristina Fernández de Kirchner firma el decreto 125/2014, dando creación al ente. Sus fundamentos principales eran elaborar un censo nacional de instalaciones deportivas, promover la información, comunicación y concientización respecto del deporte y la actividad física como herramientas de inclusión, proponer instrumentos de accesibilidad para el deporte comunitario, impulsar mecanismos de recolección de datos y estadística actualizada para sistematizar la información y articular convenios con distintos organismos estatales. Asumieron Claudio Morresi como secretario y Marcelo Chames como subsecretario, y encararon el arduo trabajo desde el principio.

El observatorio se orientó bajo la perspectiva de promover el conocimiento y la socialización de saberes a partir del trabajo conjunto del Estado, la comunidad científica y las instituciones deportivas. En poco tiempo se recolectaron trabajos de rigurosidad científica. Uno de los más importantes fue la Encuesta Nacional de Actividad Física y Deportiva (ENAFyD), realizada en conjunto por la Secretaría de Deporte, el Ministerio de Salud y el Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC). Abarcó una muestra de 34.732 personas, mayores de 18 años, de ambos sexos, que vivían en ciudades con una población mayor a cinco mil habitantes. Entre otros datos de relevancia, el sondeo arrojó que el 70,7% de los encuestados que no completaron sus estudios primarios no realizó ninguna actividad en treinta días. Este tipo de investigaciones permite visualizar las principales problemáticas

y focalizarlas para proponer soluciones. “El ONDAF –señala Caludio Morresi– nace con la idea de juntar información y trabajar en forma fluida con otras áreas de Estado. En el año y pico que estuvimos, firmamos convenios con el INDEC para buscar información. En un país tan grande y con grandes diferencias sociales no es fácil”.

En 2013 la Tercera Encuesta Nacional de Factores de Riego indicó que el 54,7% de los argentinos tenía una actividad física baja. En el mismo estudio se observó que las mujeres y mayores de 65 años arrojaban índices de inactividad superiores al 57%. Era evidente que aun había mucho por hacer y que el ONDAF resultaba necesario para planificar políticas activas.

Este observatorio también trabajó de manera ardua en un anhelo de buena parte de la comunidad deportiva: la actualización de la Ley del Deporte.

Actualización de la Ley del Deporte

Luego de más de una década de trabajo se habían realizado importantes logros. La comunidad no sólo había crecido en número, sino también en masa crítica. En el transcurso de los acontecimientos surgieron nuevos enfoques que abrieron otro horizonte. Junto a viejos militantes peronistas se encontraban dirigentes que habían surgido con la crisis social de 2001. Unos y otros confluyeron en la necesidad de actualizar la Ley del Deporte.

A diferencia de otras ocasiones, esta iniciativa era una expresión popular. No se trataba de cambiar una legislación por “anticuada”, tal como dijeron algunos dirigentes políticos. Tampoco era una aventura de sectores vinculados a las multinacionales del deporte, como había sucedido algunos años antes. Se trataba de amoldar la ley a los nuevos tiempos, manteniendo sus principios. El proyecto fue impulsado por el diputado del Frente para la Victoria Mauricio Gómez Bull. La propuesta se apoyó en algunos ejes que significaron un paso adelante.

Uno de los principales puntos fue la creación de un ente autárquico, el Instituto Nacional del Deporte y la Actividad Física, en reemplazo de la Secretaría de Deporte. Este cambio no es algo menor, si-

no que resulta central en la participación en las decisiones de la política nacional de todos los sectores. Por medio de este organismo se amplía la posibilidad de garantizar un marco democrático, plural y federal. Se encuentra en una misma línea con el funcionamiento del CoNaDe, que mantiene los objetivos de la ley original.

Otro ítem es la reforma de los estatutos de las asociaciones civiles deportivas, incorporando cupos femenino, juvenil, para minorías políticas y otras formas de representatividad. De esta manera se aseguraba la oxigenación en las comisiones directivas de clubes, asociaciones, federaciones y confederaciones.

Otra de las propuestas fue el reconocimiento de nuevas manifestaciones del deporte, atendiendo a sectores que venían pidiendo su debida identificación. Estas nuevas formas comprenden los ámbitos comunitario y social, universitario, educativo, laboral, alto rendimiento y adaptado.

En paralelo a la actualización también se conformó el proyecto de ley del Ente Nacional de Desarrollo Deportivo (ENaDeD). En su artículo primero se estableció “el asesoramiento y apoyo económico para el desarrollo de la infraestructura deportiva; y en lo social incluyendo, mediante la Asignación Universal por Hijo en el deporte, el derecho a la práctica del deporte y la actividad física de niños, niñas y adolescentes”. Precisamente, la Asignación Universal por Deporte (AUD) contempla un canon para que los niños y adolescentes puedan practicar actividades deportivas o culturales en clubes, escuelas deportivas o polideportivos, previo pago de una cuota social. “Este proyecto, más allá de la infraestructura, y la posibilidad de que miles de niños y niñas y adolescentes continúen realizando deportes, cuenta con una herramienta que para nosotros va a ser central y seguramente revolucionaria. Y justamente es la Asignación Universal por Hijo en el Deporte. Esta herramienta va a poder volcar a más de dos millones y medio de pibes de todos los barrios de la República Argentina con lo que eso significa. Sabemos que es una medida que va a generar impacto en poco tiempo”, dijo el diputado nacional por el Frente para la Victoria, Mauricio Gómez Bull. La misma se agregaría a la Asignación Uni-

versal por Hijo (AUH), creada en octubre de 2009 a través del Decreto 1602/09 del Poder Ejecutivo Nacional.

Esta idea fue producto de la lucha de un importante sector de la dirigencia comunitaria. En 2010 el Movimiento Social del Deporte de la provincia de Mendoza (MSD) propuso a través de los legisladores José Ortigala y Carlos E. Toyama complementar la AUH “incorporando al deporte y la cultura”. Dicha propuesta también fue llevada a la provincia de Buenos Aires cuando la senadora Edda Acuña presentó un proyecto en 2010. El último antecedente fue en abril de 2004, cuando la diputada santafecina Claudia Giaccone presentó otro similar en la Cámara de Diputados de la Nación mediante el expediente 1650-D-2014.

En el proyecto del ENaDeD estaba estipulado que los recursos surgirían de un impuesto aplicado sobre las ventas de bebidas gaseosas, alcohólicas y energizantes, así como de la industria tabacalera. Esto motivó la presión de parte de *lobbistas* y agentes de este sector que querían evitar la medida. Los medios de comunicación se hicieron eco de estas empresas. La coerción se hizo evidente en los pasillos del Congreso; propios y extraños cedieron ante éstas.

Sólo se pudo sesionar en el Parlamento excluyendo este punto.

Ambos proyectos fueron debatidos a través de los foros Conectados por el Deporte. Dichos encuentros se realizaron en todo el país, con la participación de atletas, dirigentes, periodistas y aficionados. Muchas propuestas surgieron de las intervenciones de los distintos actores de la comunidad deportiva.

El 7 de octubre de 2015 se produjo el tratamiento de ambos proyectos en la Cámara de Diputados. El recinto fue colmado por decenas de militantes que ocuparon las gradas. En aquella sesión Mauricio Gómez Bull señaló la necesidad de aprobar los proyectos, al mismo tiempo que resumió el trabajo realizado a lo largo de estos años: “resulta redundante pero también inevitable resaltar la cantidad de logros que desde el gobierno nacional, primero con el presidente Néstor Kirchner y ahora con la presidenta Cristina Fernández de Kirchner. Logros no

meramente deportivos, que los ha habido y muchos, sino también logros vinculados al desarrollo y al financiamiento del deporte...”.

Se opusieron a las iniciativas diputados de UNEN-FAP-UCR, del PRO y de Compromiso Federal. Según sus argumentos, se trataba de un proyecto autoritario y antidemocrático que creaba cientos de cargos jerárquicos. En su alocución la diputada Ivana Bianchi señaló: “En este país la política está lamentablemente ligada al deporte”. En un mismo sentido, el pampeano Carlos Mac Allister utilizó una idea calcada de otros tiempos con respecto a la política deportiva del peronismo: “El kirchnerismo en doce años nunca tuvo un plan para el deporte y tampoco lo tiene ahora. Usa el deporte como una caja política de La Cábora y no como política social”.

El proyecto de actualización de la Ley del Deporte fue aprobado con 130 votos a favor y 43 en contra. El de creación del ENaDeD también fue aprobado con 138 votos a favor y 39 en contra.

El 28 de octubre sendas leyes se aprobaron en el Senado con 33 votos afirmativos y 18 negativos. El fueguino Julio Catalán Magni y la chaqueña Inés Pilatti Vergara, ambos del Frente para la Victoria, fueron fundamentales para que el deporte pudiera tener nuevas leyes.

Ambas iniciativas eran la mejor forma de terminar el periodo kirchnerista.

Néstor y Cristina Kirchner retomaron las banderas del peronismo y lograron traducirlas en la conquista de derechos. En doce años se mejoró la condición de los trabajadores, comerciantes y empresarios. Se les dio entidad a los intelectuales, los científicos y los artistas a través de políticas sociales y culturales de magnitud. La vinculación de estos sectores con la sociedad hizo patente la construcción de un nuevo tejido social.

El kirchnerismo dejó un país desendeudado, con soberanía política, con un modelo en materia de derechos humanos y con justicia social. Forzó a una redistribución del ingreso soportando los embates del *establishment*. Garantizó igualdad a través de medidas que se tradujeron en nuevos derechos: AUH, Conectar Igualdad, Progresar, creación de nuevas universidades. Formó parte fundamental en el cami-

no hacia la integración latinoamericana, enfrentando al imperialismo y sus corporaciones. Asumió el coraje de desafiar al orden económico internacional exigiendo un nuevo escenario, más justo para todos los pueblos.

El kirchnerismo revitalizó el peronismo, generando identificación en amplios sectores del campo popular. Desde lo simbólico construyó una nueva subjetividad en el pueblo, capaz de no claudicar en la defensa de sus intereses. De esta manera, la organización de distintos núcleos sociales resultó una consecuencia inevitable.

Como nunca antes en la historia argentina un ciclo político terminaba con el apoyo mayoritario del pueblo argentino. El 9 de diciembre de 2015, la presidenta Cristina Fernández realizó un acto ante una Plaza de Mayo desbordada. Allí no sólo quedaba la expresión de días felices; constituía el llamamiento a no prescindir del legado peronista en los días por venir. “Quiero decirles que si después de estos intensos doce años y medio con todos los medios de comunicación hegemónicos en contra; si después de estos doce años y medio con las principales corporaciones económicas y financieras, nacionales y internacionales, en contra; si después de doce años y medio de persecuciones y hostigamiento permanentes de lo que yo denomino el Partido Judicial; si después de todo eso, con tantas cosas en contra, pudimos hacer tanto por los argentinos, me pregunto cuánto pueden hacer los que tienen todo esto a favor”, dijo Cristina Fernández de Kirchner..

El deporte, la práctica física y la recreación fueron parte fundamental de las políticas públicas del kirchnerismo. Se encuadró en un paradigma cuyo eje central fue la inclusión.

La política deportiva tuvo como objetivo insertar esta manifestación en la comunidad. Dicha iniciativa se fue desarrollando de manera paulatina, comenzando desde los cimientos. El plan estuvo estructurado a partir de tres ejes: *deporte social*, de *desarrollo deportivo* y de *representación nacional*. En el primer anillo se intentó hacer del deporte un derecho alcanzable y real para todos los sectores de la sociedad. En el segundo, se tuvo la misión de captar talentos y desarro-

llar sus potencialidades, acortando la distancia entre la formación de base y el alto rendimiento. El tercero era, precisamente, la preparación de los deportistas de elite. Entre éstos había una estrecha relación, condición que se fue afianzando con el tiempo. El trabajo encajado con instituciones deportivas y federaciones contribuyó a fortalecer vínculos comunitarios.

Indudablemente, quedaron muchas cosas por hacer. Se le puede reprochar no haber profundizado programas de inclusión, haberles cedido cierto protagonismo a los satélites de las multinacionales deportivas o no haber llegado antes con la actualización de la Ley del Deporte. También se puede criticar que no se hayan tomado en el área educativa decisiones para acompañar la transformación. Sin embargo, es indudable que la política deportiva del kirchnerismo iniciaba el camino en clave cultural.

El trabajo llevado adelante en los barrios y en los distintos pueblos del interior produjo un cambio real y simbólico. Los jóvenes pudieron participar en los Juegos Evita, las Ligas Deportivas o formarse con el programa de Líderes Deportivos. Miles de personas pudieron acceder a polideportivos y centros recreativos a todo lo largo y ancho del país. Centenares de deportistas recibieron becas para poder formarse en el primer nivel.

Todos estos elementos son ejemplos para dar cuenta de que el kirchnerismo concibió al deporte como pieza central en la construcción cultural e identitaria de los argentinos. No se trató de otra cosa que de retomar el camino histórico del pensamiento peronista: “el Estado –dirá Juan Perón– debe asumir la responsabilidad de orientar, promover, asistir, ordenar y fiscalizar la actividad deportiva, posibilitando el acceso del Pueblo a la práctica del deporte para que éste deje de ser un privilegio para pocos para ser un derecho de todos”.

BIBLIOGRAFÍA

- Agüero, Luis Abel; Iglesias, Beatriz y Valle Milanino, Ana. "Enrique Romero Brest y los inicios de la educación física escolar. Su tiempo, su pensamiento y su obra", .
- Archetti, Eduardo P. "El deporte en Argentina (1914-1983)", Universidad de Oslo, Noruega.
- Archetti, Eduardo P. *El potrero, la pista y el ring. Las patrias del deporte argentino*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2001.
- Autores varios. "Temas del Deporte en el Contexto de la Política Nacional", Tomo N° 3, Centros de Estudios del Deporte, Buenos Aires, 2008.
- Autores varios. "Temas del Deporte en el Contexto de la Política Nacional", Tomo N° 4, Centros de Estudios del Deporte, Buenos Aires, 2009.
- Boccalatte, Julio y González Cezer. Marcos. *La década ganada del deporte amateur (2003-2015)*, Ediciones Al Arco, Buenos Aires.
- Galasso, Norberto. *Jauretche y su época*, Peña Lillo editor, Buenos Aires, 1985.
- Galasso, Norberto. *Perón, formación, ascenso y caída (1893-1955)*, Tomo I, Colihue, Buenos Aires, 2006.
- Galasso, Norberto. *Perón, exilio, resistencia, retorno y muerte (1955-1974)*, Tomo II, Colihue, Buenos Aires, 2006.
- Galimi, Fulvio. *A capa y espada. Historia de una pasión deportiva*, Ediciones Fabro, Buenos Aires, 2013.
- Herrera, Lito. "El deporte: emergente de la cultura", s/d.
- Jara, Osvaldo. "Cultura deportiva argentina. Propuestas para su restauración", Ediciones Fabro, Buenos Aires, 2014
- Jauretche, Arturo. *El medio pelo en la sociedad argentina*, Corregidor, Buenos Aires, 2008.
- Jauretche, Arturo. *Los profetas del odio y la yapa*, Corregidor, Buenos Aires, 2007.
- Lupo, Víctor *100 ídolos tucumanos, 1912-2012*, Corregidor, Buenos Aires, 2013.
- Lupo, Víctor y Del Prado, Horacio. *100 ídolos porteños 1910-1920. Deportistas de la Ciudad de Buenos Aires. Del Centenario al Bicentenario*, Corregidor, Buenos Aires, 2009.
- Lupo, Víctor. *Historia política del deporte argentino*, Corregidor, Buenos Aires, 2004.
- Mamonde, Mario Víctor. *La educación física militarizada en Argentina*, Vol. I, FaHCE, 1995.

- Martínez Estrada, Ezequiel. *¿Qué es esto?*, Editorial Lautaro, Buenos Aires, 1956.
- Pavón Pereyra, Enrique. *Perón. Preparación de una vida para el mundo (1895-1942)*, Ediciones Espiño, Buenos Aires, 1952.
- Pavón Pereyra, Enrique. *Yo Perón*, MILSA, Buenos Aires, 1993.
- Prado, Javier. *Historia del gorilismo desde 1810*, edición independiente, Trelew, 2005.
- Ramírez, Pablo. "Deporte y demagogia". *Todo es Historia* N° 345, abril de 1996.
- Rapoport, Mario y Seoane, María. *Buenos Aires, historia de una ciudad*. Tomo I, Planeta, Buenos Aires, 2007.
- Romero, Luis Alberto. *Breve historia contemporánea de la Argentina*, Fomento de la Cultura Económica, Buenos Aires, 1999.
- Sirven, Pablo. *Perón y los medios de comunicación, 1943-1955*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1984.
- Surra, Roberto. *Peronismo y cultura*, Corregidor, Buenos Aires, 2003.
- Veiga, Gustavo. *Deporte, desaparecidos y dictadura*, Ediciones Al Arco, Buenos Aires, 2010.
- VENOSA, Luis Alberto. Biografía del cinco veces campeón mundial de billar, Pedro Leopoldo Carrera (1914-1963), Buenos Aires, 2015.
- Historia de la Argentina, el auge del deporte (1949-1955)*, Editorial Sarmiento, 1992.
- Libro negro de la segunda tiranía*, Buenos Aires, 1958.

Medios gráficos

Revista *La Maga*.

El Gráfico. Año 37, N° 1884, 20 de septiembre de 1955.

El Gráfico. Año 37, N° 1889, 4 de noviembre de 1955.

El Gráfico. Año 52, N° 2.689, 20 de abril de 1971.

El Gráfico. Año 75, N° 3.874, 11 de enero de 1994.

El Laborista, 2 de septiembre de 1948.

Goles. Año 26, N° 1298, 27 de noviembre de 1973.

Mundo Deportivo. N° 194, enero de 1953.

Sólo Fútbol. Año 4, N° 211, 10 de julio de 1989.

ÍNDICE

Prólogo	7
Parte I.	
CAPÍTULO I	11
CAPÍTULO II	25
CAPÍTULO II	43
CAPÍTULO IV	53
CAPÍTULO IV	75
CAPÍTULO IV	93
CAPÍTULO VII	105
Parte II.	
CAPÍTULO VIII	107
CAPÍTULO IX	131
CAPÍTULO X	151
Bibliografía	190



El deporte es una herramienta de inclusión e implica un sinfín de valores. El deporte es vida, amistad, comunión, armonía, disciplina, alegría. El deporte es un derecho que todos tenemos. Está en nuestra constitución y nuestros gobiernos deben garantizarlo para niños, adolescentes, adultos, adultos mayores, discapacitados. Se debe procurar que el deporte sea para la totalidad de los argentinos.

Es necesario que todos lo practiquemos.

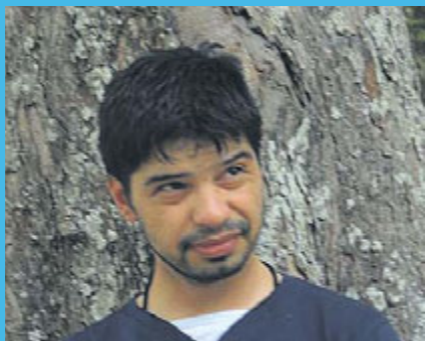
¡Movete!

CARLOS *Chapa* RETEGUI

ISBN 978-987-1367-66-5



9 789871 367665



OSVALDO ALBERTO JARA

Nació en Avellaneda el 9 de enero de 1979 y vive desde siempre en San Francisco Solano. Es docente, investigador y conferencista. Licenciado en Comunicación Social y Profesor en Comunicación Social, títulos obtenidos en la FPyCS de la UNLP. Es integrante del Movimiento Social del Deporte (MSD), peronista y militante del Proyecto Nacional, encabezado por la presidenta mandato cumplido Cristina Fernández de Kirchner. Como periodista trabajó en las emisoras radiales platenses Raíces, FM Norteña y Radio Parque de Villa Elisa, realizando su labor para programas deportivos y de interés general. En gráfica escribió en distintos medios, destacándose la colaboración en el dominical Miradas al Sur y su tarea como columnista en el blog “Galera y Bastón”, del portal de la Agencia Nacional de Noticias Telam. Dio conferencias sobre el Deporte y la política de estado en las provincias de Chaco y Buenos Aires. Actualmente integra el cuerpo docente de la cátedra 2 de Historia Social del Deporte de la FPyCS (UNLP) y es redactor de la revista digital Mundo Amateur. En 2014 escribió “Cultura deportiva Argentina. Propuestas para su restauración”.